

Édgar Rojas

# LA HERENCIA SECRETA



LA HERENCIA  
SECRETA

Édgar Rojas

Édgar Rojas

Kacarea, ©2019

WhatsApp (809)885-9854

**Ilustración de cubierta:**

Gerardo Marulanda

**Diseño y diagramación:**

[www.Kacarea.com](http://www.Kacarea.com)

Primera edición 2017marzo

Primera reimpresión, febrero de 2018

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial

de esta publicación, mediante cualquier sistema, sin previa autorización escrita de la editorial.

*A José Rafael Rojas Flórez, amigo, hermano, tío, padre. Su sombra me hizo fuerte. Su protección y apoyo forjaron mi destino.*

*A Carlos Alberto Barberi y Diego Prada, bendiciones universales por apoyar mi sueño.*

*A Stephen Hawking porque la magia del genio está en la comprensión de la belleza infinita del universo.*

*Para Elena y Daniel, mi legado por su paciencia.*

## CAPÍTULO I

El joven científico salió de la oficina privada del presidente. Atravesó los hermosos jardines de la Casa de gobierno que conducen a la calle y caminó sin rumbo hasta tropezarse con el malecón del río. Con sus manos apoyadas en la baranda de protección, dirigió la mirada hacia la superficie del agua sin verla, como si quisiera penetrarla hasta la profundidad. El ruido de una embarcación le hizo levantar la cabeza y observarla deslizarse aguas abajo mientras dejaba una huella de espuma en su trayectoria. Alcanzaba a divisar a los pasajeros de la nave, sonrientes, gozando del viaje, sin imaginar que la persona en la orilla era quien había transformado sus vidas llenas de temores, angustias y tristezas a la plenitud de felicidad que hoy podían disfrutar. El secreto, que ocultaba hasta el momento y consideraba un legado enigmático de su padre, había modificado las conductas humanas en el planeta. Sin embargo, los inesperados acontecimientos de último momento lo tenían confundido y como una tolvanera envolvían todas sus emociones. La incertidumbre de lo que se gestaba era ahora su principal preocupación.

En este momento el hombre recordó el inicio y el desarrollo de su trabajo inédito así como los acontecimientos que le habían permitido llegar a lo que tal vez se pudiera considerar como el cambio más decisivo y sublime de la civilización humana en toda su existencia.

Stephen, joven corpulento gracias a la práctica de ejercicio que había adquirido como hábito desde muy niño, vestía muy sencillo: pantalón de yin, botas color café, camiseta blanca y una gabardina negra que se extendía hasta sus rodillas y resaltaba su metro ochenta y cinco de estatura. El peine era un elemento desconocido e innecesario para él, pero aunque llevaba una cabellera rubia hasta los hombros, con solo pasarle sus dedos era suficiente para lucir bien. Una barba poblada y también de color rubio cubría su rostro y le hacía parecer como un hombre de pasados los treinta cuando en realidad rondaba los veintisiete. Su especial apariencia la complementaban unos lentes oscuros que ocultaban unos llamativos ojos azules que al quedar al descubierto dejaban ver la condición de

un hombre honesto, sincero, carismático y munífico. A pesar de sus excepcionales condiciones físicas, su inteligencia podría ser la característica más relevante de su personalidad. A su edad, era un médico y bioquímico reconocido en el mundo científico y como su padre, sentía una enorme pasión por la astronomía.

Sus méritos profesionales le habían permitido llegar al Instituto de Medicina Forense como director, donde se sumergió desde el primer momento en la investigación que adelantaba para perfeccionar el trabajo incógnito que había dejado su padre al morir y que él se veía en la obligación de culminar.

El nombramiento del guapo y joven director maravillaba y encantaba al personal femenino del Instituto, pero generaba resentimientos entre los hombres, quienes consideraban que por experiencia y conocimiento ellos debían haber ocupado ese cargo. Esta situación no le incomodaba sino que, por el contrario, facilitaba las condiciones de aislamiento que necesitaba para realizar su trabajo investigativo.

Cada día extendía su jornada laboral hasta bien entrada la noche. La soledad le permitía despejar su mente y al conversar consigo mismo encontraba e hilvanaba ideas que daban forma y moldeaban la comprensión del mensaje cifrado que su padre le había dejado como herencia.

El Instituto era una construcción centenaria cuyas paredes exteriores se encontraban tapizadas de hiedra verde y solo asomaban los espacios de las pequeñas ventanas y la enorme puerta principal. El cuarto piso, que era el último de la edificación, estaba destinado a las oficinas y laboratorio privado del director. En los momentos de pausa para retomar la inspiración que le condujera a esclarecer el confidente secreto de su padre, el científico se acercaba a la ventana y observaba silencioso. Desde allí divisaba el patio que daba a la calle y podía ver la aglomeración de personas que llegaban para confirmar, en un acto de drama espantoso, la identidad de los cuerpos, en medio de la desesperación y la angustia. Los muertos que buscaban eran sus seres queridos, todos víctimas de la violencia y el crimen. Para Stephen, las expresiones que advertía en los desafortunados parientes de los fallecidos no eran ajenas, solo le bastaba recordar el fatídico momento de la muerte de sus padres para entender el dolor y la tragedia de esas personas. Aunque su padre, un reconocido biólogo molecular, le empezó a transmitir desde muy temprana edad el amor y la pasión por la ciencia y la astronomía, jamás le comentó sobre las investigaciones científicas que desarrollaba a solas en la pequeña habitación que había habilitado como laboratorio en su propia casa. Tal vez la corta edad de Stephen no le permitía

comprender la magnitud de la obra que desarrollaba y por eso esperaba que alcanzara la madurez necesaria para poder transmitirle el secreto.

Casi todas las noches se reunía con sus padres en la pequeña sala de descanso para encender la chimenea y, a ritmo de jazz, acomodarse en un sofá en el que cabía toda la familia. Con la música sublime, el abrigo acogedor de las llamas y la voz grave del padre se creaba el entorno ideal para la lectura. Pero llegó un día en que justo cuando se disponían a disfrutar de ese momento apacible y fascinante, llamaron a la puerta de la casa. Aunque no esperaban a nadie, su madre se levantó del sofá, acomodó su vestido, alisó su cabello y acudió a recibir la inesperada visita.

En cuanto abrió la puerta, dejó escapar un grito aterrador. De un solo salto y casi por instinto, su padre lo ocultó en el armario y le pidió silencio absoluto. Stephen obedeció al pie de la letra y desde el lugar en que se encontraba pudo observar lo que estaba sucediendo en la sala. Unos hombres armados habían ingresado a la casa y traían a su madre tapándole la boca para impedirle gritar. La obligaron a sentarse en sofá junto con su padre y con una cinta que uno de los hombres sacó de su morral amordazaron a su madre y le sujetaron sus manos con el rollo de cinta alrededor sus muñecas. Entre tanto, otros dos sujetos encañonaban a su padre, forzándolo a presenciar inmóvil lo que estaba aconteciendo.

Con las palabras más soeces que Stephen jamás había escuchado en su casa, los gárrulos empezaron a interrogar al padre, preguntándole por los documentos con los resultados de la investigación científica que había desarrollado y exigiéndole la entrega inmediata de los mismos. Muy temeroso y confundido, el padre les suministró la llave y les indicó el acceso al laboratorio donde encontrarían toda la información para que se marcharan sin hacerles daño.

Desde la sala se podía oír cómo revolcaban y tiraban todo al piso, destruyendo a su paso lo que no fuera relevante para llevarse como botín. Una vez reunidos los documentos que supuestamente desvelaban el secreto, los sujetos salieron del cuarto de laboratorio con la información. Uno de ellos se ubicó frente al sofá donde yacía humillada la pareja y desenfundó un arma con silenciador con la que disparó al hombre y luego, en varias oportunidades, a la mujer. Acto seguido salieron huyendo de la casa.

Cuando estuvo seguro de que los sujetos se habían marchado, Stephen corrió desesperado a socorrer a sus padres. Vio a su madre muerta y a su padre que aún

intentaba respirar. Se aferró a él con todas las fuerzas, como en un intento de protegerlo de la muerte. Sin embargo, este solo alcanzó a decirle con voz de moribundo unas palabras incomprensibles: «El tarjetero, no le digas a nadie»; para segundos después buscar con sus ojos la mirada inerte de su esposa y morir.

Había quedado completamente solo en la tierra, pero sabiendo que en el último instante su padre le había encomendado culminar aquel trabajo tan importante al que había entregado su vida y la de su amada.

Los investigadores criminales allanaron la casa para tomar las evidencias con el fin de ubicar a los responsables y determinar las causas del escalofriante crimen. Mientras respondía a las preguntas que unos uniformados le hacían sobre los sujetos que había podido distinguir desde el escondite para elaborar los retratos hablados correspondientes, Stephen observaba cómo los hombres, vestidos con trajes blancos de pies a cabeza y con guantes que llegaban hasta los codos, recogían escrupulosamente cada elemento y lo depositaban en bolsas que sellaban y disponían ordenadas en una caja metálica. De repente, vio cómo uno de ellos extraía del gabinete central del escritorio de su padre un objeto que llamó mucho su atención. Cuando el funcionario lo depositó en la bolsa y lo elevó a la altura de sus ojos para echarle un vistazo, Stephen comprendió que se trataba de un tarjetero. Entonces, solicitó que le permitieran conservar el objeto como un recuerdo final de su padre, a lo que los hombres no podían negarse, ya que no representaba nada que pudiera considerarse determinante para la investigación. Solo era un hermoso tarjetero que contenía unas pocas tarjetas de presentación del fallecido científico.

Tiempo después, cuando Stephen lo revisó por primera vez, encontró que el tarjetero estaba elaborado en madera, con un hermoso marco y solapa en plata que permitía preservar herméticamente su contenido. El lado posterior de la madera presentaba unas finas incrustaciones de pequeñas letras en plata en las que se leía la palabra *sindéresis*. En su interior quedaban apenas cinco tarjetas de presentación. Stephen sacó una de ellas para apreciar la elaboración y la información con la que su padre se presentaba ante la sociedad científica. Contenían su nombre, su profesión como biólogo molecular y los datos de ubicación y contacto de la universidad donde trabajaba como profesor e investigador. Cada tarjeta tenía impreso un pequeño símbolo Y en color violeta en uno de sus extremos y una de ellas en la parte superior central.

Nada, excepto el símbolo y su posición en las tarjetas le mostraba a Stephen

algún indicio sobre el secreto de su padre. Sin embargo, analizó una de ellas y alcanzó a percibir algunos trazos en la parte posterior. Imaginó que podría existir algún tipo de bolígrafo que escribiera en tinta difusa o invisible; al fin y al cabo, su padre le recordaba todo el tiempo que la visión solo permite percibir el uno por ciento de todo cuanto existe alrededor, debido a que la inmensa proporción de la materia emite luz en longitudes de onda a partir del infrarrojo o del ultravioleta, dejando para la luz visible del ojo humano una exigua ilusión óptica que el cerebro interpreta y admite como la totalidad del universo.

Todo tendría que averiguarlo por su cuenta dado que el deseo de su padre había sido el de no comentar con nadie ni la existencia ni el contenido del tarjetero. Buscó una de esas luces que sirven para descubrir las marcas en los billetes que a simple vista no se pueden observar para impedir o dificultar la falsificación.

Al exponer las tarjetas a la luz ultravioleta se reveló una secuencia de fórmulas químicas y ecuaciones matemáticas en las que podría estar cifrado el fenómeno biológico que mantenía en secreto su padre.

De acuerdo con lo que averiguó, el símbolo representaba un mantra del yoga que expresa la unidad de todas las cosas y el camino hacia la parte más profunda del ser; el mensaje indicaba que el centro de estudio era la mente, pero como esta es inmaterial, tendría que ser el cerebro el lugar para desarrollar la investigación. La ubicación en cada cartón podría indicar la secuencia con la que se debería leer el lenguaje de las fórmulas y las ecuaciones.

El conocimiento y la formación temprana de Stephen no le alcanzaban para comprender lo que la inteligencia de su padre había plasmado tras años de trabajo y experiencia. No quedaba otra alternativa que estudiar si quería descifrar y cumplir el deseo postrero de su padre de continuar su legado.

Siendo efebo aún, decidió iniciar estudios de bioquímica, con resultados tan asombrosos que a los veinticinco años ya había terminado además una carrera de medicina, astrofísica y una especialización en neurociencia. Logró convertirse así en un científico de altísimo nivel, del cual sus padres se hubieran sentido muy orgullosos.

A medida que iba descubriendo las fórmulas secretas de su padre, Stephen profundizó sus conocimientos sobre la bioquímica y el funcionamiento neurológico del cerebro.

El vertiginoso prestigio alcanzado en su carrera como científico pronto hizo a Stephen merecedor de premios y de altos cargos, hasta llegar a la Dirección del

Instituto de Medicina Forense.

## CAPÍTULO II

Los avances en la investigación le permitieron a Stephen ubicar y extraer una minúscula parte del cerebro que contenía moléculas no observadas en personas fallecidas por muertes diferentes al homicidio. Este enigma presagiaba el camino hacia el descubrimiento del intrigante secreto de su padre.

Stephen pudo establecer que la causa de la muerte era determinante para la manifestación y la presencia de las extrañas moléculas. Las víctimas de homicidio las poseían, pero los demás no. Se trataba de un fenómeno inédito, pero no tan importante como para haber motivado el asesinato de sus padres.

Había llegado hasta este punto por medio de un análisis minucioso de la información contenida en las tarjetas. Faltaba la última, que exhibía el símbolo yoga de om en la parte superior central. En ella debería encontrarse la respuesta y el joven científico sentía que estaba muy cerca de lograrlo. La ansiedad y la motivación aumentaban.

Stephen recordó las palabras de su padre: «Toda acción genera una reacción. Lo que una persona hace, bueno o malo, por obra o pensamiento, a otra persona, repercute indefectiblemente, para bien o para mal, en quien ejecuta la acción». Esto, decía el padre, se debía a que la ley universal de la unidad del todo así lo establece.

Stephen había logrado reunir los elementos necesarios para caracterizar la reacción, pero no contaba con los que originaban la acción. Tenía el efecto, pero no la causa, y la única alternativa que le quedaba era buscarla en los victimarios.

Decidió entonces tomar muestras de cerebros de algunos de los criminales reconocidos que atestaban los cuartos fríos de la morgue. Cuán grande sería su sorpresa cuando pudo advertir que en estos también aparecía la misma sustancia, aunque ubicada en otra región del cerebro. En este caso, las moléculas se encontraban en una microscópica porción del cerebro reptil, mientras que en las víctimas se encontraba en una zona del cerebro límbico. Stephen consideró que la acción-reacción o causaefecto tendría la misma relación con víctima y victimario y eso demostraba por qué las moléculas solo estaban presentes en ellos y no en los muertos por otras causas.

El análisis bioquímico de las sustancias indicaba que no eran idénticas, pero presentaban un alto grado de complementariedad, lo cual confirmó al mezclar una mínima cantidad de la sustancia obtenida de los cerebros de las víctimas con una porción extraída del cerebro de los criminales. Lo que observó lo dejó estupefacto, pues se generó una reacción química violenta con aumento de la temperatura y la casi destrucción de la estructura molecular de las sustancias. Hubo una desintegración molecular, algo muy difícil de producir en un organismo vivo a no ser que se utilicen métodos radiactivos.

Stephen había descifrado el contenido en las tarjetas y esto le indicaba que la reacción química producida al poner en contacto las sustancias era lo que su padre había querido enseñarle. Sin embargo, continuaba sin entender cuál podría ser su aplicación práctica y su valor, como para que alguien matara para obtener esa información.

Durante los días siguientes buscó con ahínco en la literatura científica y en ninguna parte pudo hallar referencia alguna de las sustancias que él había aislado y caracterizado. No podía decir que él era su descubridor, porque tal vez su padre las pudo aislar y observar por primera vez. El análisis de las investigaciones realizadas en cerebros asesinos por los científicos interesados en el tema le mostró que estos intentaban encontrar la diferencia somática y psicológica, pero la mayoría llegaba a conclusiones sobre el origen genético de la patología psicológica mediante mutación de proteínas. Muchas investigaciones se basaban en la utilización de técnicas como la tomografía y escanear de resonancia magnética para comprobar diferentes formas de funcionamiento del cerebro. Otros trabajos se focalizaban en la identificación de patrones de liberación de dopamina en individuos con características psicópatas, pero al parecer a nadie se le había ocurrido, hasta el momento, auscultar el cerebro de los victimarios y comparar los cambios bioquímicos también en el cerebro de las víctimas. Es decir, todos los estudios se habían desarrollado con el fin de establecer el origen de la conducta asesina del cerebro, pero ninguna investigación contemplaba a las víctimas, por lo que el análisis comparativo siempre estaba descartado.

Debido a lo ocurrido a su padre, Stephen optó por no registrar en documentos la información sobre su investigación. Memorizaba los procedimientos y podía encontrar la molécula y aislarla sin necesidad de protocolos escritos. Lo mismo había hecho su padre, quien colmaba carpetas con datos de trabajos diferentes, pero comprimió el secreto en las cinco tarjetas que le había dejado como herencia. De ahí que los documentos que hurtaron los asesinos no contenían

nada que relacionara a su padre con las moléculas de la causa y el efecto.

Una noche, después de haber trabajado con intensidad en los asuntos propios de su cargo y sus investigaciones, llegó a su apartamento, que permanecía siempre limpio y ordenado a pesar de que vivía solo. Costeaba a una persona que mantenía todo en su lugar y con un delicioso y fresco aroma a manzana que le permitía despojarse del olor a formol y alcohol de los cadáveres y cerebros que debía manipular a diario. Como de costumbre, se quitó sus botas al entrar, las dejó junto a la puerta, se despojó del gabán y buscó una bebida en su nevera. Algo que hacía muy pocas veces era encender la televisión, pero estaba tan agotado que deseaba distraer la mente unos minutos antes de tomar el baño y meterse en la cama. Se dejó caer en el sofá para relajarse y no pensar. Intentaba alejarse del entorno y transportarse a su interior, como lo hacía en los momentos que dedicaba a la meditación, cuando alcanzó a escuchar en el noticiero un mensaje que atrajo su atención. Se informaba sobre la posible libertad, por cumplimiento de términos de algunos prisioneros considerados en extremo peligrosos. Entonces, como un ciclón que pasa fugaz por la mente, vino a su memoria la imagen de los asesinos que él había visto desde el escondite la fatídica noche en la que sin piedad segaron la vida de sus padres. Si bien la justicia los había capturado y los mantenía aún bajo prisión, lo que acababa de ver le atemorizó, pues podía presentarse la liberación de muchos criminales, incluyendo a los asesinos de sus padres.

Buscó en el bolsillo interno del gabán —que momentos antes había tirado cerca al sofá—, tomó el tarjetero de su padre, sacó las tarjetas y con lentitud las rompió una a una hasta dejar pequeños trozos indivisibles. No las necesitaba, había transcrito a su mente la información y esa era la última evidencia que alguien, diferente a él, pudiera conocer sobre las moléculas.

Miraba el tarjetero, ahora vacío, mientras en su cabeza continuaba la incógnita sobre la aplicación médica del descubrimiento. Pasó sus dedos con suavidad sobre las letras en plata incrustadas en la madera, preguntándose qué habría querido decir su padre con la marca sindéresis.

Reuniendo en su mente toda la información que poseía hasta el momento, Stephen aventuró que su padre había descubierto una forma biológica para detectar asesinos. Quien comete homicidio queda caracterizado y señalado a perpetuidad con las moléculas que lo vinculan con la muerte. La justicia podría utilizar ese conocimiento y solicitar a los forenses una prueba médica para determinar la presencia o ausencia de la molécula. Si el acusado arrojaba positivo

en la prueba se castigaría con la pena establecida y si el resultado era negativo se dejaría en libertad y se exoneraría de toda culpa. La síntesis sería la objetividad sublime y la capacidad natural de juzgar con acierto.

El cansancio lo venció y sin darse cuenta despertó a la mañana siguiente en el sofá, todavía con la televisión encendida, la ropa de la noche anterior todavía puesta y una leve sensación de triunfo porque parecía acercarse al conocimiento integral del secreto de su padre. Sin duda, se trataba de una innovación trascendental y que constituía un gran legado de la ciencia a la justicia. Desde ahora los países que aplicaban la pena de muerte no se volverían a lamentar al descubrir que el presunto asesino ejecutado era inocente.

Habría que hacer público el descubrimiento, por el beneficio social que representaba. Pero entonces, ¿por qué su padre le había dicho en el último suspiro de vida que no lo comentara con nadie? Tal vez él sí lo había hecho y por eso alguien quería robar su trabajo para aparecer como el originador de la idea.

De cualquier manera, era imprescindible para Stephen realizar una prueba *in vivo* antes de publicar la investigación. Para ello debía disponer de personas marcadas con la presencia de las moléculas; es decir, con autores de al menos un homicidio. Los únicos que él conocía y que con plena certeza debían portar el signo del crimen, eran los asesinos de sus padres.

Con extrema cautela, el joven científico realizó las averiguaciones correspondientes para dar con la ubicación de la prisión en donde se encontraban reclusos los reos que habían cambiado el rumbo de su vida. Sin embargo, el problema no era encontrarlos, sino lograr ponerlos en contacto con las moléculas y determinar la forma en que debía efectuarse la exposición, ya fuera por ingesta, táctil o por vía aérea a través de la respiración.

Stephen recordó la noticia sobre la eventual excarcelación masiva, así que se le ocurrió dirigir un oficio al jefe de las prisiones en el que manifestaba su preocupación por la posible liberación de los criminales reclusos y proponiendo la realización de exámenes psicológicos y psiquiátricos a los reclusos para garantizar comportamientos aceptables para permitir su libertad.

La solicitud del director del Instituto Forense fue favorablemente acogida por el funcionario encargado. Con la aprobación oficial, Stephen dispuso de manera inmediata del personal necesario para iniciar los trabajos en diferentes prisiones. El listado de los reclusos que serían objeto de los análisis médicos lo suministraría de manera directa el jefe de las prisiones. En dicho listado figuraban, desde luego, los siniestros bandidos que el joven científico jamás

olvidaría.

Aunque Stephen reconocía que violaba los protocolos de bioseguridad que los científicos debían acatar antes de experimentar en humanos, no tenía otra alternativa. A pesar de lo observado en las pruebas *in vitro*, como galeno que era, consideraba que no sucedería nada grave, excepto unas fuertes cefaleas y de pronto episodios de náuseas. Nada que unos analgésicos no pudieran aliviar. Conocer el verdadero alcance de su descubrimiento se hacía inaplazable, así que tendría que hacer pasar un mal momento a un grupo de criminales, lo cual no parecía tan comprometedor si consideraba que ellos habían arruinado su vida.

Stephen reunió al personal médico y científico que realizaría los exámenes, les proporcionó el material para hacer en forma eficiente las pruebas y los distribuyó por las prisiones con el fin de obtener, en el menor tiempo posible, la información que permitiera generar los diagnósticos individuales de cada criminal.

Para no levantar sospechas, la mayor parte del material estaba limpio; sin embargo, la molécula obtenida de las víctimas viajaba impregnada en los documentos que servirían para efectuar las pruebas a varios reclusos, incluidos por supuesto los criminales previamente identificados y señalados por el director. Ahora solo había que esperar los resultados.

El mismo día en que los funcionarios del Instituto Forense iniciaron los trabajos en las prisiones se produjo un alarmante hecho que los medios de comunicación difundieron por todas partes. Según las noticias, alrededor de un centenar de internos y varios oficiales de la guardia de algunos penales habían presentado unos extraños y desconocidos síntomas que de manera fulminante habían acabado con sus vidas. La situación había generado confusión y caos en los establecimientos carcelarios afectados, por lo que de manera inmediata fueron puestos en cuarentena; se suspendieron todas las visitas, sin excepción, y se anunció una exhaustiva investigación para determinar la causa del fatídico acontecimiento.

Stephen no imaginó que semejante desastre se pudiera producir por su incauta decisión. De haberlo calculado mejor, no hubiera actuado de esa manera. Por fin entendió la razón por la cual la investigación era un gran secreto para su padre. La sindéresis no era una simple herramienta forense para facilitar la aplicación de la justicia. Era la justicia misma. Implacable y categórica.

Nadie podía atribuir el evento a la presencia de los funcionarios del Instituto Forense, por lo que fue considerada como una simple y desafortunada

coincidencia. Lo sucedido le permitió a Stephen establecer que la sola presencia en el ambiente de las moléculas era suficiente para ocasionar la muerte de los homicidas. Stephen vislumbró alucinado cómo varios años después de morir su padre había obtenido justicia por su propio homicidio y el de su madre y le había dejado esa herramienta como una herencia que debería mantener en secreto por toda la eternidad. Como homenaje a sus padres, Stephen decidió denominar las moléculas como sindéresis. Ahora le esperaba un largo camino para llevar por el planeta esa justicia natural.

El precio de la demostración del poder destructor deletéreo de la molécula en el cerebro de los asesinos había sido demasiado alto. Era muy tarde y casi imposible considerar la presentación oficial del descubrimiento. Stephen podría ser acusado del delito de asesinato masivo premeditado y los resultados de su investigación solo servirían como evidencia para inculparlo de los gravísimos acontecimientos en las prisiones. Además, el mundo tendría conocimiento del secreto de su padre, lo cual podría tener consecuencias inesperadas y ominosas para la humanidad. Los medios de comunicación comenzaban a reportar a nivel mundial lo acontecido. Si bien los muertos eran personas condenadas y muy peligrosas, también habían caído personas inocentes como algunos miembros de la guardia e incluso un abogado que se ejercía su profesión en uno de los penales. A pesar de utilizar la mejor tecnología para establecer el origen de los hechos, ni el gobierno ni los organismos de investigación e inteligencia militar tenían la más cercana hipótesis sobre el agente generador de las tenebrosas muertes. Solo el personal con trajes especiales de bioseguridad para evitar el contagio podía ingresar a los sitios de los acontecimientos. Se ordenó la desinfección con sustancias capaces de eliminar desde cucarachas hasta bacterias y virus en cada rincón de los penales, tanto en el aire como en el agua.

Los muertos fueron conducidos al Instituto Forense con el fin de conceptuar de manera oficial sobre las causas de afectación y fallecimiento. En las autopsias el director del Instituto pudo observar que los cerebros habían sufrido un impacto terrible. Como si hubieran sido sometidos a un ascua de fuego, estaban calcinados.

El dictamen oficial establecido por el director daba cuenta de que no existía sustancia química identificable que hubiera podido alterar de esa manera las condiciones bioquímicas de los cerebros. Confirmó que las personas no habían ingerido o inhalado elementos desconocidos y que en ninguno de los cuerpos se habían podido determinar niveles de sustancias tóxicas diferentes a las utilizadas

por lo general por este tipo de individuos, como alucinógenos, alcohol, tabaco o medicamentos que se administraban por patologías apuntadas en el historial médico que había ingresado con cada cuerpo. La reacción bioquímica entre las sustancias de causa y efecto no revelaba ninguna evidencia. Nadie, excepto él, tenía la capacidad científica para esclarecer y confirmar lo ocurrido. Stephen estaba seguro de que pasaría mucho tiempo antes que otros pudieran acercarse a su descubrimiento.

La preocupación de Stephen por terminar convertido en un asesino le hacía temer y por eso consideraba la posibilidad de destruir en forma definitiva la sindéresis para que ni él ni nadie pudiera utilizarla jamás. Sin embargo, si actuaba de esta manera, el sacrificio y las muertes de sus padres habrían sido en vano. El conocimiento que le había heredado su padre no había sido para ajusticiar a sus asesinos, sino para emplearlo con todos los homicidas que existiesen sobre la faz de la tierra; pero para eso su padre debería haberle brindado un mecanismo de inmunidad que lo protegiera de la acción de la sindéresis.

Identificar y acercarse a los homicidas no sería una tarea fácil. Se necesitaría una especie de fantasma o superhéroe que tuviese la capacidad y la fortaleza de acudir a los lugares en guerra o introducirse en las prisiones o deambular por las calles nocturnas de las grandes urbes al encuentro de pandilleros y criminales con sus mentes perdidas bajo el efecto de las drogas. El fantasma anónimo tendría que ser él mismo. Ninguna otra persona, por más cercana que fuera, podía conocer el secreto y acompañarlo en la aventura, cuya magnitud desconocía porque ignoraba cuántos asesinos podría haber en el mundo y no sería posible determinarlo, aunque se lo propusiera.

Los organismos nacionales y extranjeros esperaban los informes forenses oficiales con gran expectativa. Copia de los mismos debían dirigirse a cada uno de los miembros del Congreso Nacional, así como a los diferentes ministerios encargados de la salud y la justicia. Se trataba de un reporte descriptivo de lo hallado en las autopsias a los muertos de la prisión. Un diagnóstico detallado de cada cuerpo con las conclusiones científicas de las posibles causas de los fallecimientos.

El director del Instituto Forense se encargó en persona no solo de revisar en detalle y firmar los informes, sino de entregarlos en sobres sellados a un asistente para que los repartiera de manera urgente en cada entidad y a cada uno de los congresistas. Estimando que el Congreso estaba integrado por personas impolutas y que su honestidad y transparencia jurídicas debían estar hechas a

prueba de todo, Stephen tomó la decisión de hacer una nueva prueba de la sindéresis. De cualquier manera, ser un asesino o dirigir una banda criminal no impedía comprar una curul y llegar al Congreso.

A los pocos días de enviados los informes a los congresistas se encendieron de nuevo las alarmas en el gobierno y en el mundo. Los medios de comunicación anunciaban la afectación de una treintena de personas en el edificio del Congreso que habrían sufrido los mismos síntomas que las personas fallecidas días atrás en algunos penales del país. Justo en el momento en que se evaluaba en el Congreso el informe del Instituto Forense que establecía las causas de las muertes en las cárceles se presentaron los síntomas en algunos Honorables Congresistas, así como en otras personas de la seguridad personal de los mismos, lo que dio como resultado el fallecimiento de todos los afectados.

Si el evento en las cárceles había generado una algarada, lo acontecido en el Congreso produjo una verdadera conmoción mundial. Ante la gravedad de la situación la prensa internacional anunció, intranquila, la existencia de algún mecanismo biológico o químico que podría estar siendo usado con fines terroristas. De manera inmediata las potencias mundiales se comunicaron con el gobierno local para solicitar información y ofrecer la ayuda científica que permitiera esclarecer, en el menor tiempo posible, las causas de los ataques ocurridos con pocos días de diferencia y que dejaban un resultado de muertes alarmante.

## CAPÍTULO III

El revuelo mundial no se hizo esperar y atrajo una avalancha de científicos expertos en reconocer y hasta producir epidemias y ataques biológicos y químicos. El mundo científico había puesto la mirada en esa aparición misteriosa, de la cual no se tenía la menor referencia en la literatura médica sobre lo que hasta el momento conocía la humanidad. Científicos extranjeros y locales se reunieron con el fin de analizar todos los aspectos que pudieran conducir al origen del problema. En dichas reuniones debía estar presente sin falta el director del Instituto Forense por tratarse del experto con el conocimiento de primera mano sobre lo sucedido a las personas fallecidas.

El grupo de científicos trabajó durante algunas semanas de manera muy intensa, tiempo en el cual pudieron intervenir los cadáveres provenientes tanto de las prisiones como del Congreso. Sin embargo, nada permitía vislumbrar las respuestas al enigmático problema. Ni el conocimiento, ni la experiencia que los caracterizaba, pues algunos de ellos eran profesores de las mejores universidades del mundo, pudieron aproximarlos al origen de la terrorífica reacción biológica del cerebro de los cuerpos analizados. Realizaron todo tipo de pruebas; incluso los estudios más complejos y que requerían instrumentos de tecnología más avanzada se llevaron a cabo en otros países. Con el paso de los días los científicos tenían más interrogantes que respuestas o conjeturas, por lo que debieron marcharse de regreso con sus dudas.

Conocedores de que el caos, el temor y la incertidumbre ganaban terreno, unos terroristas se adjudicaron los ataques y conminaron al gobierno a cumplir con unas exigencias consistentes en la liberación de todos los miembros de su organización que se encontraban en prisión y la entrega de una suma exorbitante de dinero. Anunciaban que de no cumplir lo exigido en un plazo perentorio, volverían a realizar un nuevo ataque.

Al enterarse de estos hechos Stephen se sintió muy preocupado y atrapado en una situación estrecha que no le permitía maniobrar y se tornaba cada vez más compleja y peligrosa por los actores que involucraba. Como no podía asesorarse ni comentarlo con nadie, sus decisiones eran definitivas para marcar el rumbo de

los acontecimientos. El comunicado de los terroristas generaba intranquilidad en todo el planeta, pues nada más preocupante y atemorizador que un grupo violento con un arma biológica o química tan poderosa como se había mostrado en los primeros ataques. Por lo tanto, había que encontrar una manera de prevenir y advertir al gobierno para que no cumpliera con las pretensiones de los criminales.

Stephen decidió enviar un documento anónimo que corroboraba la existencia del arma biológica y advertía de la falsedad y la imposibilidad de que los terroristas la pudieran poseer. Comunicaba de manera categórica que el instrumento se encontraba en buenas manos y sugería no acceder a los pedidos inescrupulosos de los criminales, puesto que ningún grupo terrorista tenía la más remota capacidad de ejecutar, en ningún lugar del mundo, un ataque similar. Stephen explicó que si un terrorista llegara a conocer el mecanismo descubierto y creado por él estaría huyendo a guarecerse a los confines del planeta, por cuanto la sustancia había sido concebida para atacar única y exclusivamente el cerebro de los homicidas. Indicó en el documento que para demostrar la veracidad de lo enunciado en el anónimo llevaría los casos a otras regiones del mundo en donde no sería difícil detectar grupos objetivos para efectuar nuevas demostraciones como evidencia de lo que comunicaba.

Stephen finalizaba precisando que el descubrimiento era producto de la ciencia y de una casualidad fractal. Advirtió que a partir de entonces se desencadenaría a nivel mundial una pandemia que cobraría la vida de muchas personas con un único rasgo distintivo: ser homicidas. El mecanismo inédito se denominaría a partir del momento sindéresis y era irreversible, ya que el elemento iniciador estaba creado y la naturaleza, en su propia sabiduría, se encargaría de esparcirlo por todo el planeta y, al menos por ahora, no existía un antídoto o vacuna para prevenir la reacción biológica en el cerebro de los homicidas.

Por esta época los países se reconocían por colores. Azul, Verde y Rojo lideraban el poder mundial y de la combinación aditiva de estos surgían otros tres países denominados Amarillo, Magenta y Cian. Las combinaciones podían continuar y así se originaban colores secundarios, terciarios, etc., que servían para nombrar a los demás países, los cuales asumían el nombre por afinidad política o por constituirse como colonia de cualquiera de los seis. Ninguno, de los cerca de doscientos, podía denominarse blanco o negro.

El país donde se habían presentado los ataques estaba alineado con Azul y se denominaba Cerúleo. Su presidente se encontraba muy alarmado por la situación

y reunió a los asesores nacionales y a los enviados por los gobiernos de Azul, Amarillo, Magenta y Cian. Los conminó a encontrar mecanismos y estrategias para identificar y atrapar a los culpables y evitar nuevos ataques. Los asesores no descartaban la posibilidad de que los terroristas hubieran confeccionado un arma biológica de impredecible alcance, lo cual suponía un grave escenario para la paz mundial. Liberar a los terroristas recluidos y entregar el dinero exigido sería el principio de la sumisión y equivaldría a la anarquía terrorista en el país y en todo el planeta. Las exigencias serían cada vez mayores.

Uno de los asesores proveniente de Cian propuso al presidente una estrategia para el caso de los militantes terroristas que se encontraban prisioneros. Con el aval de su gobierno, ofreció como donación una tecnología de avanzada utilizada en secreto en su país en casos especiales y mediante la cual se podría introducir en los cuerpos de los bandidos un nanochip que podría ser ingerido sin que estos lo notaran. Una vez dentro del organismo, el diminuto aparato emitiría señales susceptibles de ser registradas y monitoreadas vía satélite, incluso a cientos de kilómetros. Los nanochips se introducirían en el alimento y una vez consumidos se podría permitir la salida paulatina de los terroristas, quienes buscarían contactarse con sus secuaces, lo que facilitaría su captura o eliminación mediante bombardeo.

La idea fascinó al presidente de Cerúleo, no sabía si por lo ingeniosa o solo porque la ofrecía un gobierno extranjero, pero en todo caso la aprobó y ordenó establecer los protocolos para la liberación. Esta estrategia permitía ganar tiempo, pues el gobierno anunciaría que aceptaba la petición de los terroristas e iniciaría la liberación para luego negociar la entrega de la enorme cantidad de dinero pretendida.

Día tras día fueron liberados prisioneros con el diminuto transmisor incorporado, y tal como lo pronosticó el asesor extranjero, los expresidarios regresaron a las covachas a reunirse con los demás integrantes del siniestro grupo, lo que permitió establecer la ubicación precisa de todos los bandidos.

El presidente debería decidir con celeridad entre atacar o cercar para la posterior captura. La segunda opción pondría en riesgo la vida de muchos militares, mientras que la primera podría poner en riesgo la vida de algunos civiles. La preocupación de perder a los militares y peor aún de poner en riesgo la vida de civiles inocentes, le impedían decidirse. Sin embargo, la presión internacional y el transcurrir del tiempo para no alertar a los terroristas lo condujeron a tomar la fatídica decisión: el bombardeo.

Cientos de hombres y mujeres fueron sorprendidos por una lluvia de explosivos que arrasó con todo lo viviente, incluyendo a civiles inocentes, considerados como daño colateral de la operación. Si estaban en lo cierto en cuanto a poseer el arma biológica que había surgido hacía poco, con seguridad se habría destruido en los bombardeos y no habría sobrevivido nadie que pudiera aparecerse para cobrar el botín exigido.

Restaba entonces ubicar al autor del pasquín y descartar la posibilidad de que un psicópata hubiese utilizado el ingenio para crear algún tipo de sustancia química tan potente como para incinerar vivo y en minutos, el cerebro de un ser humano.

El gobierno de Cerúleo creó una comisión de notables científicos para estudiar lo expuesto en el anónimo y confirmar o descartar la solidez científica del mismo. Entre los seleccionados para conformar dicha comisión se encontraba el director del Instituto Forense y otra veintena de académicos y reconocidos eruditos locales y extranjeros de todos los colores. En la primera reunión, cada personaje presentaba sus pergaminos y la razón por la cual consideraba necesaria su presencia y participación en la comisión. Para Stephen esto no resultaba muy complicado pues era la persona que, hasta el momento, más relación y conocimiento había tenido sobre el tema.

Aunque había varias mujeres en la Comisión, resaltaba la presencia de una mujer negra que llamaba la atención de todos los asistentes por su hermosura y elegancia. Una frondosa cabellera ocre caía por su espalda y contrastaba con el traje blanco que llevaba puesto; sus labios gruesos descubrían unos impecables dientes blancos al sonreír y una nariz respingada y bien delineada surgía en medio de unos cautivadores ojos verdes, claros como un manantial. Se podía decir que su rostro y su cuerpo cumplían con la proporción áurea que sintetiza la perfección y la belleza.

La bella mujer se presentó como Lucine, bióloga de profesión, especialista en toxinas de guerra, algo así como productos creados y manipulados en el laboratorio, capaces de contagiar y reproducir una patología a toda una población o grupo enemigo. Trabajaba para una agencia del Servicio Secreto. Todos entendieron que la mujer no estaba allí por su belleza, sino que poseía un alto conocimiento científico, el cual serviría, sin lugar a dudas, para los propósitos que pretendía la Comisión.

Los miembros de la Comisión trabajaron con intensidad por varios días, pero no encontraban un fundamento científico que les permitiera definir alguna

veracidad en el anónimo que aseguraba poseer la sustancia amenazante. Al terminar una de las jornadas, Lucine buscó la manera de estar cerca de Stephen y aprovechó para hacer algunas preguntas con disimulo.

—Con lo analizado hasta el momento, ¿cuál es su diagnóstico sobre lo que está sucediendo? —preguntó Lucine—. ¿Tiene usted alguna teoría, hipótesis o sospecha, aunque no se haya podido valorar todavía?

Todo en Lucine era perfecto; faltaba descubrir el complemento del delicioso aroma de maderas con finos toques ácidos de su perfume, el cual contrastaba con el olor a formol que acompañaba por lo general a Stephen, quien analizaba cada respuesta o intervención que hacía para dar coherencia a sus planteamientos.

—En el Instituto que dirijo —le respondió Stephen— evaluamos la posibilidad de una afectación a nivel mitocondrial y por eso examinamos todas las muestras necesarias antes de concluir y establecer el mecanismo molecular específico que produce el descontrol celular, así como la reacción bioquímica que provoca la muerte en cuestión de minutos. Una vez logremos identificar la zona del cerebro afectada, podríamos determinar la sustancia que induce a la muerte. Por el momento hemos descartado que se trate de un virus o bacteria, pues nunca antes en la historia de la civilización humana se ha detectado un organismo con el potencial de matar a una persona en tan poco tiempo como lo hace esta esencia subrepticia; es por esta razón que me inclino por algún tipo de veneno o sustancia natural o incluso sintética con la capacidad de desencadenar la reacción en el cerebro.

—Muchas gracias, doctor Stephen —dijo Lucine, con gallarda lisura—. Ha sido muy amable al compartir su información. Puede contar conmigo, es más, incluirme en su equipo científico si es posible, para trabajar en lo que se ofrezca ya que tengo disponibilidad total para apoyarlos. Espero que mis conocimientos puedan contribuir de alguna manera a dilucidar entre todos las causas de este complejo problema.

—Por supuesto —contestó Stephen—, será un honor contar con su participación y aportes científicos, los cuales, estoy seguro, nos serán de gran utilidad, por lo que puede unirse a nuestro equipo y empezar a trabajar cuando lo considere pertinente.

Stephen sabía a la perfección que había cruzado la frontera entre lo permitido por la ciencia y la experimentación curiosa, con un resultado que tenía en alerta máxima a un país y muy preocupado al resto del mundo. No podía delatarse. Tendría que distraer y confundir a sus colegas para impedir que pudieran toparse

con su secreto.

Los servicios de inteligencia habían detenido a centenares de sospechosos de enviar el anónimo, pero ni las torturas más atroces ofrecían a los investigadores una confesión fehaciente que permitiera localizar a los creadores y organizadores de esta nueva forma de terrorismo.

Al considerar que no se habían presentado más ataques y que no parecía posible identificar a un autor del pasquín lo bastante creíble, el gobierno de Cerúleo supuso que el desaparecido grupo terrorista había sido el culpable de los ataques y las muertes en las prisiones y en el recinto del Congreso. Por lo tanto, eliminados los integrantes del grupo terrorista, podían descartarse las amenazas de ataques y la extorsión.

Cerúleo se encontraba en calma aparente. Los anuncios del gobierno en el sentido de haber controlado la situación auguraban el final de la pesadilla y todo indicaba que no se volverían a presentar casos similares. Ante tanto optimismo, Stephen decidió divulgar a nivel internacional la manifestación de la sindéresis en otras regiones del planeta, con el fin de recordarle a la humanidad que no había sido el grupo terrorista extinto quien tenía en su poder el elemento generador de los ataques y que se debía tomar con seriedad lo manifestado en el anónimo.

## CAPÍTULO IV

El Instituto Forense no había podido emitir un informe que explicara de manera científica las razones por las cuales habían ocurrido las muertes. Las presiones de todos los sectores aumentaban y Stephen no podía continuar bajo el silencio inescrutable de su secreto.

Así, para desilusión del personal femenino y el regocijo de parte del masculino, Stephen decidió renunciar al cargo de director para marcharse al exterior, donde lo esperaban para iniciar su nuevo trabajo como docente universitario. Lucine, quien se había vinculado por esos días al Instituto lamentó mucho la salida del joven científico porque sabía que sin él la investigación que habían iniciado se detendría y no se llegaría a los resultados que la comunidad científica internacional deseaba conocer.

Stephen trasladó su residencia a Magenta, en donde redactó un nuevo comunicado anónimo dirigido a un prestigioso medio de comunicación en el que anunciaba el impacto de la sustancia sobre objetivos específicos para demostrar su especificidad.

El comunicado advertía: «La humanidad asiste al descubrimiento de un mecanismo cuyo poder supera las más potentes armas de destrucción masiva desarrolladas por el hombre. Dicho mecanismo tendrá, sin embargo, fines pacíficos y no debe inquietar a los ciudadanos de bien en ningún lugar del planeta. Los individuos que portan esta recién descubierta sustancia llevan consigo una culpa criminal y la condición inexcusable de ser homicidas. Si consideramos que el mundo se ha visto afectado en tiempo reciente por las acciones brutales y demenciales de un grupo terrorista procedente de Oriente Medio, se notifica a sus integrantes que serán el objetivo inmediato de esta nueva tecnología que los ubicará y eliminará sin la más mínima contemplación. La presente comunicación se realiza además para informar que dicho mecanismo o elemento no se encuentra en este momento en poder de ninguna organización delincidental, por lo que no se presentarán amenazas, ni exigencias económicas de ninguna índole a gobiernos o estados en el planeta. El nuevo mecanismo, denominado sindéresis, será el comienzo del fin del terrorismo y la criminalidad

en el planeta».

El comunicado desafiante de Stephen no inquietó en lo más mínimo a los grupos terroristas, para quienes los discursos pacifistas de líderes, pontífices, gobernantes, patriarcas o el mismo clamor de toda la humanidad no causaban el menor efecto, al contrario, solo servían para incrementar su soberbia. Lo novedoso es que alguien por primera vez los amenazara con lo que mejor manejaban, la psicología del terrorismo. La diferencia consistía en que la sindéresis parecía poseer un tipo de inteligencia que le permitía seleccionar su objetivo sin causar efectos colaterales de ninguna índole, en términos humanos o materiales.

Lejos estaban las facciones terroristas de imaginar el destino que les esperaba, pues la sindéresis no tardaría en convertir en pavesa sus cerebros criminales, condenándolos al exterminio total y definitivo. Las víctimas regresarían en forma de sindéresis para cambiar el rumbo e imponer, por fin, el respeto por la vida entre los humanos y despejar el camino hacia la paz.

La mayor dificultad que ahora afrontaba Stephen era la de encontrar una manera de llegar al reducto donde se guarecían los sujetos para esparcir de alguna manera la sustancia y atraparlos. El acto de aproximarse para facilitar el contacto de la molécula con los terroristas era tal vez el paso más peligroso a seguir.

Stephen evaluaba las diferentes opciones para camuflar la sustancia, de tal manera que llegara con éxito a su destino. Estaba claro que no podría cumplir en persona esa misión, no solo por el peligro que representaba caer en las garras de alguno de los grupos, sino porque tendría que moverse de forma clandestina, con el fin de evitar las investigaciones y el seguimiento de las agencias de inteligencia.

Magenta había sido elegida por Stephen porque las estadísticas indicaban que era el país con el mayor número de ciudadanos que decidían incorporarse de forma voluntaria a los grupos terroristas, sobre todo de Oriente Medio. Esta podría ser una ventaja para llegar con la molécula, sin tener que llevarla él mismo.

Su aspecto le permitía a Stephen interactuar con los jóvenes, de tal manera que frecuentaba los lugares más visitados por estos como bares, discotecas, centros deportivos, etc., en busca de un confidente que le pudiera suministrar información sobre un posible candidato a engrosar las filas de algún grupo terrorista. Pero fue en la universidad donde observó a una persona cuyo comportamiento llamó su atención.

Se trataba de una alumna de primer año de sociología que asistía a la clase de neurociencia básica que Stephen ofrecía en la universidad. Se empezaban a conocer porque siempre se quedaba después de la clase para consultar y profundizar sobre conceptos de la neurociencia aplicados a la sociología. La joven, cuyo nombre era Devendra, había nacido en Magenta, pero sus padres eran oriundos de Enebro, un país de Oriente Medio influenciado por Verde que sufría los horrores de la guerra debido a que su presidente codiciaba tanto el poder que había eliminado toda forma de democracia y llevaba más de cuarenta años de tiranía, lo cual había generado el cansancio y la desesperanza de su pueblo, al tiempo que facilitado la formación de grupos que pretendían derrocarlo.

Cuando se trataba de derrocar un líder en el mundo, como sucedía en Enebro, las potencias no perdían la oportunidad para intervenir y ganarse la influencia que les permitiera dominar e imponer sus políticas. En este caso, Azul estaba interviniendo apoyado por Cian y Magenta, mientras que Rojo no lo hacía en forma directa y manifestaba su acuerdo con Verde. Al fin y al cabo, todos se encargaban de proveer armas y entrenar hombres de los bandos en conflicto, fuesen del gobierno oficial o de los insurgentes.

El afán de apropiarse de la influencia en Enebro, y de paso en la región era tan sustancial que las potencias invertían enormes cantidades del presupuesto para suministrar armas de última de tecnología y preparar física y psicológicamente a los militantes con sofisticadas técnicas, lo que producía impredecibles transformaciones en la personalidad de estos con el fin de que afrontaran la guerra sin temores y con la mayor crueldad y vehemencia posibles.

Tan eficientes habían sido las técnicas de entrenamiento y el equipamiento militar suministrado, que los insurgentes estimaban que tenían la capacidad de tomarse no solo el Estado, sino toda una inmensa región que abarcaba varios países. No obstante, los vecinos de Enebro estaban respaldados tanto por las potencias como por otros países que no permitirían de ninguna manera esa posibilidad. Azul y sus amigos habían formado y capacitado a los insurgentes con la filosofía y la estrategia del terror para apropiarse de Enebro y apoyarlos en la creación de un nuevo Estado, una vez controlaran el país.

Sin embargo, la ambición de los insurgentes los condujo a desconocer sus fronteras y así el potencial amigo que Azul había moldeado con grandes recursos se convirtió en un monstruo cruel y despiadado que llevaba el terror y la muerte a las puertas mismas de sus creadores y financiadores.

Aunque la sindéresis debería afectar en algún momento a quienes orquestaron el nacimiento del monstruo, el primer objetivo de Stephen eran los integrantes del grupo terrorista, por lo que su empeño en enviar la molécula a sus guaridas se convirtió casi en una obsesión.

Las conversaciones con Devendra después de las clases habían despertado la curiosidad de Stephen, quien empezó a buscar argumentos para corroborar sus dudas. Revisó en la biblioteca la ficha de libros consultados en los últimos meses por su alumna y en lugar de neurociencia y sociología encontró que sus lecturas eran sobre la historia de Enebro, las luchas armadas en Oriente Medio y el Libro Sagrado del dogma utilizado por los terroristas para captar seguidores devotos.

Una tarde, después de clases, Stephen esperó que Devendra se acercara y como siempre, comenzaron a dialogar sobre variados temas. Él resaltó la disciplina y apego por el dogma, algo escaso y casi extinto en la juventud moderna. Ella lo confirmó y manifestó que la razón de su devoción tenía su origen en su nombre.

Stephen no conocía el significado de su nombre, pero intuyó que se trataría de algo relacionado con el dogma; su propósito era conocer las ideas y orientaciones de la mujer respecto a los grupos terroristas, así que de manera premeditada dejó ver una revista cuya portada llamó de inmediato la atención de la joven mujer.

—¿Puedo mirar? —preguntó Devendra, luego de tomar la revista en sus manos.

Leyó en silencio el titular y buscó ampliar la información en las páginas interiores. Stephen notó en ella cierto grado de preocupación, pero permitió que la mujer expresara sus emociones.

La revista informaba que un peligroso grupo terrorista en Oriente Medio había quemado vivos a quince de sus propios integrantes que pretendían desertar de sus filas.

—¿Te parece desalmado lo que han hecho estos hombres? —preguntó Stephen.

Sin quitar la mirada de lo que estaba leyendo, Devendra se manifestó incrédula de lo que se informaba.

—Creo que el sensacionalismo del periodismo los conduce a escribir estos artículos. No puede ser cierto que ocurran este tipo acciones —dijo la mujer—. Lo que conozco, por personas que han ido a apoyar estos grupos, es que ellos intentan defender el honor de un pueblo, recuperar las tierras usurpadas y crear un estado equitativo y justo con la inclusión de la mujer como el medio principal de unidad.

Las palabras de Devendra expresaban en forma clara la simpatía que sentía por la ideología, la cual había sido inculcada de seguro con engaños, al aprovechar sus orígenes culturales y la orientación dogmática tan arraigada en su mente. No era extraño, pues muchos jóvenes, mujeres y hombres eran presa fácil de la cacería virtual y física que habían implementado los terroristas con mucho éxito, en especial en Magenta.

—No se puede desconocer —dijo Stephen— que se trata de pueblos sometidos durante muchos años a las codicias y afrentas de anarquistas corruptos, quienes asumieron el poder para quedarse en él por siempre, repartiendo pobreza, hambre y desesperanza a su gente. Las desigualdades son las semillas para este tipo de surgimientos; sin embargo, los fines nobles se pierden cuando los líderes insurgentes solo buscan tomarse el poder y remplazar al gobernante existente. Mejorar la calidad de vida y restablecer los derechos de la población no son sus prioridades. La fuerza, la violencia y la muerte son las únicas herramientas y políticas que manejan y aplican a la perfección.

La confianza que se había generado entre ellos le permitió a Devendra confesar el deseo que tenía de ir, por un corto tiempo, a conocer la situación que se vivía en Enebro. Quería verlo con sus propios ojos y llevar algo de ayuda, si le era posible.

Stephen no dudó en ofrecer unos recursos, que aunque pocos, servirían como aporte para financiar algunas ayudas para el sufrido pueblo de Enebro. Devendra no esperaba ese detalle altruista de parte de su profesor y confidente, así que acordaron reunirse antes del viaje para hacer la entrega de la contribución.

Era una mañana fresca de primavera. Stephen acudió a la cita antes del viaje, tal como habían acordado con Devendra. Esperaba con paciencia su llegada en la cafetería, desde donde divisaba la calle y podía ver todo el panorama. Veía a la gente caminar, intranquila y ansiosa, como si algo o alguien acechara en todo momento. No reflejaban felicidad en sus rostros. Mientras miraba a la calle, disfrutaba de un café, cuyo agradable aroma invadía su cerebro; por un instante pensó que un mecanismo similar al de la percepción del olor debía ocurrirle a los criminales, justo al momento del contacto con la sindéresis; sin embargo, ningún asesino sobreviviría para describirlo.

A lo lejos vio venir a la joven mujer. Era fácil distinguirla pues siempre traía sobre su cabeza una pañoleta negra, por lo que no conocía el color ni el aspecto de su cabello. Con su andar rápido de pasos firmes y cadenciosos llegó a la mesa donde Stephen la esperaba.

Devendra era una mujer menuda de mediana estatura y aunque no usaba maquillaje, su rostro permanecía iluminado por una tersa frescura. A pesar de la lobreguez del viaje que le esperaba, se le notaba tranquila, convencida y decidida a realizarlo.

Una vez enterado de los avances en los preparativos del viaje, Stephen sacó de debajo de la mesa una pequeña caja de cartón que hasta el momento había mantenido sobre sus piernas con discreción, la destapó y descubrió un libro.

—Te deseo la mejor de las suertes —dijo Stephen—. Este es el Libro Sagrado del dogma oficial en Enebro. Úsalo, porque en él encontrarás la paz en los momentos de angustia, la reflexión en los momentos de caos, la iluminación en las confusiones del miedo. El libro es muy especial, no lo pierdas nunca de vista, pues deberás regresar con él. Es la compañía que te protegerá de muchos peligros y fortalecerá tu espíritu. Mantener a tu lado el libro será como acompañarse de un ejército de ángeles que irán contigo a realizar esta aventura.

Stephen sacó de su gabán un fajo de billetes que había tomado de los pocos ahorros que poseía y lo entregó como contribución a la causa de las gentes necesitadas de Enebro, que era el motivo principal del viaje de la joven mujer. Ella lo tomó con aprecio y agradecimiento.

Aunque Devendra tenía su propio Libro Sagrado, le pareció muy especial el que le obsequiaba su amigo, pues había entendido, por las muchas conversaciones que habían sostenido, que Stephen era agnóstico. Ahora veía que, por el contrario, era un hombre bastante espiritual.

—Lo llevaré y lo cuidaré —dijo Devendra, al tomarlo contra su pecho—. Con la palabra sagrada en mis manos estaré protegida de todo peligro.

Devendra se marchó. Podría ser el último encuentro, pero transportaba en sus manos el que podría ser su seguro de libertad. Ella no sabía que sería testigo de sucesos que la naturaleza se había encargado de avivar para acabar con el terror, conquistar la prevalencia de la razón sobre el ego humano y descubrir el verdadero sentido de la convivencia fraternal en el planeta. El Libro Sagrado había sido cargado con una dosis de sindéresis capaz de fundir el cerebro de miles de homicidas y parricidas, sin importar el bando o grupo al que pertenecieran, ni el rango que ostentaran dentro de él.

Con la ayuda desconocida por Devendra se lograría instalar la sindéresis en el núcleo mismo de los asentamientos criminales. Ahora era cuestión de esperar la expansión, la cual serviría para demostrarle al mundo la transcendencia global del nuevo modelo biológico. Stephen consideraba que a partir de los contagios

que se produjeran con la presencia de Devendra en su destino, se popularizaría el conocimiento sobre el alcance exterminador de la deletérea sustancia.

## CAPÍTULO V

Días después del viaje de Devendra, la situación a nivel mundial se complicó debido a las noticias sobre la muerte de cientos de terroristas por ataques fulminantes a sus cerebros. Esto confirmaba la veracidad del comunicado anónimo que advertía por igual su cumplimiento a los gobiernos del mundo y a los grupos terroristas. Por primera vez las organizaciones criminales en esa región del planeta se sentían en verdad amenazadas, pues ahora algo invisible y mortífero las eliminaba de manera tenebrosa. De las burlas al comunicado anónimo pasaron a la desesperación y la impotencia. Las sobrevivientes al ataque invisible, en su mayoría mujeres prisioneras, habían acudido a las autoridades oficiales para relatar los acontecimientos en los campamentos de los terroristas. Nadie podía dar crédito a lo que ellas describían, ya que lograr tal número de bajas sin un bombardeo aéreo o un enfrentamiento armado era casi imposible. El gobierno de Enebro ordenó primero una inspección aérea para confirmar la información y una vez corroborada, con gran entusiasmo y despliegue se organizó el traslado de un escuadrón militar terrestre para oficializar las bajas y arreglar lo concerniente al reconocimiento y la disposición de los cadáveres.

Cuando los militares regulares llegaron al lugar del siniestro, se encontraron con una muy desagradable sorpresa. Como si se tratara de una emboscada, la mayoría de los miembros del escuadrón empezaron a sentir los síntomas y minutos después fallecieron por la acción de la sindéresis. De inmediato se ordenó la retirada del personal militar sobreviviente y toda la zona afectada se puso en cuarentena hasta conformar una comisión especial que investigara y evaluara lo acontecido.

Azul, Verde y Rojo desconfiaban entre sí y no descartaban que alguno hubiese sido el generador de la tragedia, pues en ocasiones anteriores así había sido, cuando crearon y probaron en la humanidad irracionales armas biológicas y químicas que acabaron con millones de vidas en todo el planeta, además de causar enfermedades que perduraron por generaciones. En esta ocasión decidieron convocar a una reunión de extrema urgencia. Consideraban que las bajas en las filas terroristas era algo que beneficiaba a todos, pero lo acontecido

con los militares empañaba cualquier posibilidad de agradecer al héroe anónimo la creación del arma mortal, y además quedaba demostrado que el fantasma invisible de la sindéresis podía aparecer en cualquier parte. Se temía una epidemia de incalculables consecuencias.

Para algunos, el miasma no era otra cosa que un arma biológica creada por Azul con el fin de tomar el control y la influencia en Enebro y de paso en todo el vecindario; sin embargo, el presidente de este país afirmaba no tener la más mínima idea del origen de las muertes, aunque le complacían de todas maneras las bajas terroristas.

La desconfianza continuaba entre los mandatarios de Azul, Verde y Rojo, pero ninguno aportaba ideas concretas para enfrentar la situación. Tomaron entonces la decisión de cerrar todas las fronteras e implementar medidas muy rigurosas para controlar el movimiento transnacional de la población con el fin de prevenir posibles contagios. Así mismo, decidieron conformar una comisión científica para enviarla a Enebro y obtener las evidencias que facilitarían el inicio inmediato de los estudios e investigaciones y determinar con exactitud la causa de las muertes.

Azul, Verde y Rojo empezaban a estar de acuerdo en que el comunicado anónimo que había advertido del ataque era válido y creíble. También estaban de acuerdo en que lo que fuera que se había descubierto o inventado, no podía estar en poder de ningún grupo terrorista del planeta, porque sería el causante de la destrucción total. Stephen había logrado su cometido de llamar la atención mundial sobre la sindéresis.

Ubicar al autor del comunicado anónimo se convirtió en prioridad de todos los gobiernos del mundo. Había que encontrarlo a cualquier precio, por lo que decidieron conformar un fondo y ofrecer una multimillonaria recompensa a quien se presentara con la información que permitiera proteger a la humanidad de una pandemia sin precedentes en la historia. La suma de dinero recaudada podría llamar la atención del imaginativo y afortunado científico y persuadirlo de reclamar la fortuna que lo convertiría en uno de los hombres más ricos del mundo.

Si bien los gobiernos se encontraban muy preocupados, no eran los únicos. Los afectados en forma directa eran los terroristas y criminales más peligrosos, como narcos traficantes, hombres armados y mafias de toda naturaleza. Cualquiera que fuese la actividad criminal que desarrollaran, los unía un rasgo distintivo: eran homicidas.

El poder criminal de uno solo de esos grupos le permitía disponer de grandes recursos producto de sus lóbregas actividades. El potencial de riqueza de la unión de varios de ellos podría equipararse al de un Estado legítimamente constituido. Entendiéndolo así, diferentes grupos criminales de todo el mundo planearon una cumbre secreta en algún lugar del planeta a donde pudieran acudir sin ser detectados. A pesar de las dificultades de movilización, lograron reunirse unos veinte representantes de los grupos más temidos por la sociedad mundial, responsables de acabar con miles de personas ya sea por homicidio directo o por el efecto de las sustancias que traficaban. Con ayuda de traductores en distintos idiomas, debatieron sobre la grave situación que les amenazaba y determinaron, al igual que lo habían hecho los gobiernos, la necesidad perentoria de encontrar al creador de semejante monstruosidad. De lograrlo, no solo se zanjaría el peligro sobre sus vidas, sino que podrían generar un mecanismo de extorsión a todos los estados del planeta. Para conseguirlo, dispusieron la recolección de una suma de dinero que superaba incluso la que habían logrado reunir en el fondo común los gobiernos mundiales. La misión era encontrar al autor de la amenaza, antes que a nadie.

Stephen se convirtió así en el hombre más buscado del mundo, y a pesar de las ciclópeas sumas de dinero ofrecidas por revelar su identidad, mantuvo su anonimato y redobló sus precauciones para continuar con su plan. Aunque cada vez con mayor intranquilidad debido al alcance global que tomaban los acontecimientos.

La comunidad científica fue convocada para establecer las causas de las enigmáticas muertes. Stephen fue uno de los elegidos.

Él y tres expertos más: un reconocido neurocientífico, un experto inmunopatólogo y una famosa bióloga molecular fueron designados para viajar a Enebro y recoger las pruebas científicas que permitieran dilucidar lo acontecido con los terroristas y los militares en esa región del planeta. Visitar un lugar tan hostil resultaba muy peligroso para un extranjero y sobre todo para una mujer, como le había advertido a su alumna Devendra antes de partir. Ahora era su turno y debía estar preparado para lo peor. Stephen imprimió sus tarjetas personales, las embadurnó en sindéresis y las guardó con meticulosidad en el tarjetero de su padre. Estas podrían significar su seguro de vida en caso de encontrarse a los terroristas en el camino.

## CAPÍTULO VI

El primer impacto para el equipo de científicos lo constituyó la llegada a un aeropuerto destruido, gris y desvalijado. Los desastres de la guerra se evidenciaban por doquier. La pobreza estaba presente en cada rincón, por lo que el ambiente era triste, melancólico y caótico. El sitio se encontraba plagado de militares que vigilaban con recelo y escudriñaban las pertenencias de cuanto pasajero se les ocurría abordar.

Un militar de aspecto gárrulo, con mostacho y cejas muy pobladas, que vestía un uniforme camuflado tipo desierto se acercó al grupo de científicos con paso firme y una seria mirada que no desentonaba con el ambiente, puesto que nadie sonreía alrededor. La tensión gobernaba y no había espacio para la amabilidad o la cordialidad. Lo único que los científicos querían era salir cuanto antes del aeropuerto, sin imaginar que afuera las condiciones eran todavía peores.

Luego de un brevísimo saludo, el militar invitó a los miembros del grupo a acompañarlo hacia a un estrecho salón, en donde la falta de aire acondicionado parecía ahogar a los impresionados pasajeros. En un idioma con marcado acento, pero comprensible, les dio algunas recomendaciones.

—Damas y caballeros, acaban de llegar a mi ciudad — dijo el hombre con una voz que retumbó en el ambiente—. A partir de este momento, cada uno de ustedes está bajo mi responsabilidad. Su seguridad y custodia dependen de mí. Por lo tanto, deberán cumplir a cabalidad mis recomendaciones. Ninguno podrá tomar por iniciativa propia decisiones en cuanto al desplazamiento; es decir, se harán solo los recorridos previstos en el plan y siempre estarán acompañados de algunos de mis hombres. Este no es un viaje de placer, además de que lo poco que teníamos para mostrar a los turistas ha sido destruido por las acciones de la guerra. No podrán consumir alimentos o bebidas diferentes a las que nosotros les suministraremos. Deberán permitirnos revisar todas sus pertenencias, incluidos los equipos para el desarrollo de su trabajo científico. Las muestras o elementos que requieran para su trabajo serán autorizadas con anterioridad por nuestro personal técnico respectivo. Siempre nos movilizaremos en vehículos blindados y escoltados. Las comunicaciones les serán permitidas y facilitaremos

los medios que requieran para tal fin. Al terminar, el militar se mostró dispuesto a responder las inquietudes que pudiera tener algún miembro del grupo; sin embargo, fue tal la vehemencia con la que comunicó la información, que todos coincidieron en que las indicaciones habían sido bastante claras.

El grupo de científicos fue conducido a un hotel que en otra época había sido visitado por grandes personajes, reconocido en su momento como uno de los más lujosos de la región y que ahora apenas brindaba unos modestos servicios. Las habitaciones no contaban con aire acondicionado; en su lugar había un viejo ventilador que no ayudaba mucho a sofocar el calor ya que por seguridad había una orden perentoria de mantener las ventanas y persianas cerradas. El calor era tan agobiante que obligaba a levantarse a media noche para tomar una ducha y regresar a la cama con el cuerpo húmedo.

El primer día de salida al campo se organizó muy temprano. Había que partir al despuntar el alba para aprovechar al máximo las horas con las temperaturas más bajas. Al mediodía era imposible desarrollar una actividad al aire libre, incluso a la sombra.

La caravana condujo al grupo de científicos hasta un lugar cercano al campamento donde se habían presentado las muertes de los terroristas y los militares del Ejército regular. El equipo de científicos debía continuar por su cuenta hasta el sitio donde estaban los cadáveres pues los miembros de la escolta tenían temor de sufrir el contagio. La escena que encontraron los científicos era horripilante. Cuerpos en descomposición por todas partes, aferrados a las armas que habían usado para asesinar a sus víctimas, las mismas que habían regresado para ajusticiarlos.

Instalaron una carpa e improvisaron un laboratorio. Se enfundaron en trajes herméticos para la protección contra biomoléculas, gérmenes o patógenos, y bajo un calor inclemente tomaron muestras de los cadáveres, dispersos por una amplia zona del campamento. Luego cubrieron con calcinita todos los cuerpos. El equipo de científicos trabajó más de 48 horas sin descanso; solo había una oportunidad para estar en ese lugar y obtener lo necesario, pues no había autorización para regresar ya que todo sería incinerado luego de su retirada.

En la noche, el desierto se tornaba diferente, soplaban un viento tibio que borraba de la mente el espantoso calor del día y permitía que las ideas volvieran a fluir.

—Esto es una verdadera desdicha —dijo el inmunopatólogo—. No es posible, por ahora, establecer la verdadera causa de esta tragedia. Tenemos una

responsabilidad enorme que nos obliga a trabajar y encontrar las causas de este mal. No podemos permitir que esta situación se extienda al resto del planeta. Si no actuamos rápido, podría superar las peores epidemias y pandemias que haya sufrido la civilización humana en toda su historia.

—Encontrar la solución —dijo la única mujer que acompañaba al grupo— representará sin duda un gran alivio para la humanidad. Estoy segura de que esta no será la causa de la desaparición de la especie humana. Debemos aportar todo nuestro conocimiento para determinar la causa que origina estas terribles muertes, pero en lo que me corresponde, debo confesar que no tengo, por el momento, una idea o hipótesis para definir lo que he observado en este desierto.

Las personas que integraban el equipo poseían un elevado conocimiento científico y no resultaba fácil para Stephen opinar y mantener la coherencia de sus teorías, como hasta el momento lo había logrado. Sin embargo, la desesperanza y desilusión que observaba en sus colegas le hacían sentir a veces un fuerte deseo de divulgar su secreto. No obstante, las últimas palabras de su padre, la incertidumbre de la reacción tanto en la comunidad científica como en los gobiernos del mundo y el uso impredecible que podría darse a su descubrimiento, le impedían destaparse con la información.

Seguros de haber recogido el material necesario para continuar la investigación, muy temprano en la madrugada el grupo de científicos se dispuso a regresar al sitio donde los esperaba la escolta de la caravana para iniciar el viaje de regreso hacia el hotel que, aunque no era el mejor en cuanto a comodidad, les permitiría tomar un baño y recuperar el sueño de dos noches continuas sin dormir.

Había transcurrido poco más de una hora de viaje y todos habían caído vencidos por el sueño. De repente, una fuerte explosión se sintió en el vehículo en que viajaban, elevándolo del suelo y haciéndolo girar por el aire. Eso fue lo que la mayoría alcanzó a percibir, pues lo que sucedió después nadie lo pudo recordar.

Cuando Stephen recobró el conocimiento, un calor sofocante le quemaba la piel de su rostro y sentía los labios resecaos, como si por varios días no hubiese probado líquido. Un golpe de agua sobre su cara le hizo despertar y refrescarse por un instante. Pudo abrir sus ojos y se encontró inmobilizado, con el cuerpo muy adolorido, como si le hubiesen propinado una tremenda paliza. Con lentitud intentó analizar el entorno, pero un fuerte dolor de cabeza le impidió comprender con claridad lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Dos hombres sujetaron a Stephen por los brazos y lo levantaron del piso

donde se encontraba tirado. Cuando estuvo de pie, pudo apreciar todo el entorno y sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Todas las reacciones de miedo que puede generar un organismo humano se juntaron en él en ese momento. Habían sido capturados por los terroristas.

Pudo ver un gran número de hombres armados y a sus compañeros tirados inmóviles en el piso, asegurados de pies y manos como él, por lo que asumió que estaban vivos aún. Mientras pensaba y trataba de asumir la pavorosa realidad, se le acercó un hombre y le ofreció un poco de agua. Sintió un gran alivio al tragar y poder refrescar su garganta. Pronto entendió que el motivo de refrescarlo era facilitarle el habla y prepararlo para un intenso interrogatorio.

Un hombre alto de contextura fuerte, con la cabeza cubierta por un pasamontaña negro que solo dejaba ver los ojos azules y las cejas muy pobladas, empezó a interrogarlo en el idioma de Stephen, que hablaba a la perfección y sin acento. No se trataba de un habitante de la región.

—Debo informarle —dijo el individuo— que no toleramos las mentiras y no estamos dispuestos a oír tonterías. Aquí ejecutamos sin demoras a quienes no deseen cooperar, así que usted decide cómo lo debemos tratar. Dígame su nombre, nacionalidad, edad, profesión, religión que profesa y el asunto por el cual se encontraba en la caravana.

Intimidado por el hombre, Stephen le suministró todos los datos que le exigió. Le explicó que él y sus compañeros conformaban un grupo enviado por la comunidad científica mundial para determinar la causa de las muertes ocurridas en esos días y poder iniciar los trabajos de investigación tendientes a establecer el origen de la epidemia y buscar la cura correspondiente.

La información generó curiosidad en el siniestro personaje que lo interrogaba, pues para ellos se trataba de un arma biológica creada y utilizada en contra de la organización; sin embargo, por la explicación de Stephen, entendió que la respuesta podría estar en las muestras y en el análisis que se hiciera de las mismas.

Al darse cuenta de que tenía un gran potencial en su poder, el interrogador consideró que sería posible realizar la investigación en su terreno y aprovechar las circunstancias para exigir una fuerte suma de dinero por la liberación de los científicos. De esta manera, obtendría la cura para la peste y mucho dinero por el rescate.

Encontrar la cura contra la epidemia les permitiría despreocuparse por encontrar al autor anónimo de la amenaza y evitarse la enorme inversión que habían acordado con los demás grupos mafiosos y terroristas del planeta. Esa era

la llave que necesitaban para delinquir sin la preocupación de ser alcanzados por algún virus invisible e incurable. El poder que les podría conceder una vacuna sería inconmensurable. Todos los gobiernos del mundo tendrían que arrodillarse para implorar clemencia y muchos negociarían su protección por medio de la entrega de gran parte de sus riquezas y territorios para no ser afectados.

Stephen explicó a su captor que las condiciones del campamento no hacían posible desarrollar un trabajo técnico adecuado; que la única manera sería permitirle a él y a su equipo científico avanzar con las muestras hacia su destino. Su trabajo consistía en encontrar la cura para la humanidad; es decir, para todos, sin distinción de razas o credos. Detener la expansión de la epidemia incluiría la protección de la vida de cada paciente, sin dejar por fuera a los combatientes de grupos irregulares. Stephen se comprometió a desarrollar la vacuna y regresar con ella para suministrarla a todos los integrantes del grupo.

En medio del diálogo otro integrante del grupo se acercó al encapuchado interrogador y le enseñó una información que contenía en un dispositivo electrónico portátil.

—Empezamos bien —dijo el hombre—. Al revisar sus antecedentes, podemos comprobar que usted es quien dice ser, al igual que sus compañeros. Esto no les servirá de mucho, ya que las únicas vidas que nos interesa salvar son las nuestras. Ustedes son muy importantes para nosotros en este momento pues podemos imponer unas excelentes condiciones para su liberación, pero regresar a su país con vida depende del ingenio que tengan para hacer el trabajo aquí y obtener la cura, que nosotros nos encargaremos de patentar.

Estaba claro que los terroristas tenían un interés muy grande en poseer la cura. Esto daba la esperanza a Stephen de contar con algo de tiempo para pensar en la manera de escapar. Por el momento, debía obedecer cada orden que le dieran.

Los hombres procedieron a desnudar por completo a Stephen y le pusieron una especie de pijama color naranja que contrastaba con los trajes negros que llevaban la mayoría de los integrantes del grupo terrorista. El encapuchado le advirtió que le concedería un tiempo prudencial para obtener la vacuna, de lo contrario enviarían a sus países un video en donde quedarían grabadas sus ejecuciones.

Stephen admitió que los hombres estaban trastornados psicológicamente y que esa modificación del pensamiento la habían concebido y maquinado Azul y sus aliados, como parte de las estrategias de guerra para desestabilizar y derrocar el gobierno de Enebro. La amenaza de ejecución que le hacían no era para

atemorizarlo. De no entregarles lo que exigían, los matarían sin la menor contemplación.

Los terroristas habían sido entrenados para perder cualquier sentimiento de compasión. Les borraron de sus mentes la idea de hermandad y les mostraron un mundo hostil, donde no era posible medrar, pues siempre habría alguien detrás de su tierra, su alimento, sus mujeres y la única solución para evitarlo era golpear primero y con toda contundencia. Fueron enviados a la guerra en nombre de Dios y esa lucha se convirtió en el único propósito de sus vidas.

En esas circunstancias, Stephen no podría explicarles a los terroristas que había nacido algo parecido a una singularidad del universo. La sindéresis era tan implacable como ellos, pero su accionar era justificado y no permitía barreras u obstáculos. Encontrar una vacuna o antídoto era tan improbable como superar la velocidad de la luz.

Al evocar la sindéresis, Stephen recordó que poseía la manera de recobrar su libertad y la de sus compañeros; pero lo habían despojado de su ropa y no tenía la menor idea de adonde podría haber ido a parar su tarjetero. Era su seguro de vida y encontrarlo sería la salvación.

Los captores le suministraron a Stephen un poco de agua. Esta vez la sensación en su boca al contacto con el líquido le pareció increíble. No recordaba haber sentido nunca tal agrado al calmar la sed. La sensación lo llevó mucho más allá del agrado, como si hubiera bebido en un estado del sueño denominado «fase». Deseó estar de verdad en un sueño y despertar en su cama para olvidar esta pesadilla.

Por desgracia, la pesadilla era realidad y ahora Stephen pensaba en sus compañeros. No los había visto y le preocupaba quedarse solo en manos de los despiadados terroristas. La única estrategia que tenía, por el momento, era obedecer y tratar de ganar su confianza, si es que en ese entorno podía existir ya que la desconfianza era uno de los principios básicos de supervivencia de esa organización.

Stephen fue conducido a una cueva muy bien camuflada en una de las pequeñas montañas de arena que se forman en el desierto y construida para evitar ser vista desde el aire, estrategia aprendida justo de quienes hoy los perseguían.

Dentro de la cueva había unas antorchas para romper la oscuridad, pero no había muebles de ninguna índole. Unas telas o tapetes en el piso permitían acomodarse sentados a sus ocupantes. En un extremo del habitáculo había un espacio con cojines en el que se encontraba sentado un hombre vestido en traje militar y tenía, como la mayoría, el rostro cubierto con una bufanda enroscada alrededor de su cabeza. Debido a lo tenue de la luz, era imposible ver sus ojos. El hombre empezó a hablar y lo hacía en la lengua local, por lo que el individuo de la capucha negra que había interrogado a Stephen traducía lo que decía el enigmático personaje, quien al parecer era jefe del campamento, dada la protección que le brindaban guardas armados dentro y fuera de la cueva.

De un empujón acercaron a Stephen adonde se encontraba sentado en posición de loto el supuesto jefe y con un golpe de culata en sus piernas lo obligaron a caer de rodillas frente al sujeto. Acercaron las antorchas y la luz le permitió ver con claridad el brillo de los ojos del líder. Stephen sintió el terror calar sus huesos. Estaba frente al soberano de la muerte, quien decidía con autonomía quién podía vivir y quién debía ser asesinado de la manera que él dispusiera. Como un juez omnipotente y sin escuchar razones o permitir defensa alguna, el individuo podía, con solo mover un dedo, condenar a la muerte de la forma más horripilante que se le pudiera ocurrir.

El traductor le transmitió al jefe la información que había logrado obtener del interrogatorio a Stephen. De nuevo, le exigieron informar con toda la veracidad sobre los pormenores de la misión que estaban cumpliendo en esa región y el propósito de tomar las muestras a los cadáveres. Stephen repitió que habían venido con el fin exclusivo de investigar las causas de las muertes ocurridas en el campamento donde tomaron las muestras. No existía ningún propósito adicional al de recolectar las muestras con fines científicos para observar los patrones de afectación en los cerebros de los muertos y regresar para trabajar en encontrar la cura o antídoto para la enfermedad.

A través del traductor, el líder preguntó si ya se conocía, con algún grado de certeza, el origen de la peste.

—Hemos considerado desarrollar la única teoría de la que disponemos en la actualidad —dijo Stephen—, en el sentido de admitir que una molécula extraña ataca los cerebros de personas que de alguna u otra manera han tenido relación

con el homicidio. Un autor anónimo lo advirtió, y anunció que la sustancia se manifestaría en esta región como en realidad ha ocurrido. Nuestro trabajo consiste en ubicar la sustancia y encontrar la manera química o biológica de neutralizar el efecto y de esta manera evitar más muertes.

El líder se tomó la cabeza entre en sus manos y luego de unos instantes eternos de silencio, preguntó sobre las medidas de protección que podrían tomar de manera inmediata para evitar una posible infección. Stephen solo atinó a pedir lo mismo que le había pedido al encapuchado, es decir, que le entregaran las muestras y les permitieran continuar el viaje, para iniciar de manera inmediata los trabajos en procura de alguna especie de vacuna. Mientras tanto, se debían utilizar trajes y máscaras de protección, aunque no garantizarían la inmunidad por mucho tiempo.

—Su planteamiento es muy grave —le tradujeron a Stephen—. La cuota mínima de iniciación para pertenecer a este grupo es de tres asesinatos. Si la teoría resulta cierta, significaría el fin de nuestra organización, algo que no podemos permitir de ninguna manera. Por desgracia, para usted también hay malas noticias, pues debo informarle que de sus compañeros solo ha sobrevivido la hembra, que no tendría por qué efectuar este tipo de trabajo, propio de los hombres. Aunque sobrevivir para ella no será una bendición. Mis hombres se divertirán un poco, por lo que su situación puede empeorar. O sea que usted se encuentra prácticamente solo y no estoy seguro de que pueda realizar el trabajo de investigación sin la colaboración de sus colegas.

Aunque Stephen era una persona fuerte en términos emocionales y físicos, sintió que el piso se hundía a sus pies. De no haber sido porque se encontraba tirado de rodillas en el suelo, de seguro se habría desmayado. Estaba perdido y el tarjetero, que era su esperanza de salvación, podría estar muy lejos, con seguridad en el lugar donde había ocurrido el atentado. Los hombres en la cueva percibían el temor en el rostro del científico y parecían disfrutarlo.

—Con seguridad usted no ha cometido homicidio — preguntó el traductor.

—Por supuesto que no —dijo Stephen con vehemencia—. No he tomado un arma y ni siquiera estuve en el servicio militar en mi país.

—Eso no es bueno —afirmó el encapuchado—. Si el virus, bacteria o lo que sea que provoca las muertes, llegase a este campamento, usted y su compañera serían las únicas personas que saldrían ilesas del ataque. Debemos estar todos en las mismas condiciones.

El sujeto hizo una señal con su mano y de inmediato aparecieron en la entrada

de la cueva dos hombres que traían por los brazos a la mujer. Estaba irreconocible, en muy mal estado, casi desnuda y con sangre por todo el cuerpo. Le faltaba el aliento incluso para levantar la cabeza. La arrojaron al piso y se desplomó justo al lado donde yacía de rodillas Stephen. De inmediato, un hombre se acercó y cortó las ligaduras que ataban las manos del científico, lo que este aprovechó para quitar el cabello que cubría el rostro de su compañera y verificar si estaba consciente. El hombre le enseñó enseguida el inmenso cuchillo con que le había liberado las manos y le indicó que lo tomara y golpeará con fortaleza el cuello de la mujer hasta desprenderle la cabeza.

En ese instante, el tiempo pareció detenerse y como si de pronto su espíritu se hubiera separado del cuerpo, Stephen creyó que podía elevarse y ver todo desde arriba. Sus sentidos se agudizaron a tal grado que pudo percibir con intensidad el olor apestoso del sudor de los hombres, el latido acelerado de su corazón, la sensación de dolor de la mujer y hasta la angustia y la desesperación que él mismo soportaba. No podía creer que se encontrara ante semejante acto de horror. No comprendía cómo era posible que en un grupo de humanos no hubiese al menos uno que pensara de manera razonable y pudiera detener esa atrocidad. Miró a todos a su alrededor y con pánico extremo comprobó que pertenecían al mundo de la muerte, no existía en ninguno de ellos el más mínimo asomo de lástima o compasión, por el contrario, disfrutaban y se deleitaban con la escena.

Antes de tomar el enorme cuchillo con ambas manos, Stephen abrazó a su colega y lloró sobre ella. Luego, intentó disuadir por última vez a los hombres, advirtiéndoles al traductor que una vez se ejecutara la orden, se perdería toda posibilidad de ser los dueños privilegiados de la preciada vacuna. Los sujetos evaluaron el comentario por unos instantes. El encapuchado y su jefe cruzaron unas breves palabras y determinaron que la idea de poseer el material biológico era más importante que matar a una mujer, lo cual podría hacerse de todas formas después, incluso contando para ese momento con la protección que les proporcionaría la cura.

Viendo que había generado incertidumbre en el grupo, Stephen agregó que, en caso de presentarse el contacto con la molécula o virus, ni siquiera él tendría el tiempo necesario para trabajar y encontrar la salvación, con lo que la probabilidad de morir estaba garantizada para todos. Pero en cambio, si le permitían trabajar junto con su colega, él encontraría el recurso y todos estarían protegidos. Así la organización rebelde se vería fortalecida y con la posesión de

un arma que facilitaría de manera automática la creación del Estado soberano que tanto anhelaban.

Los argumentos parecieron convencer y entonces se produjo el milagro. Retiraron el cuchillo y le permitieron mantener con vida a la mujer para que participara en el trabajo, que se debía desarrollar en el menor tiempo posible. De lo contrario, Stephen debía terminar la ejecución interrumpida y luego los hombres lo ejecutarían a él.

Stephen sintió que volvía a nacer cuando lo evacuaron de la cueva junto con la mujer, que continuaba en estado inconsciente, al punto que ni se enteró que había estado al filo de la muerte a manos de su propio compañero.

Quitaron la poca ropa que le quedaba a la mujer y le pusieron un pijama anaranjado como el que le habían puesto a Stephen. Los condujeron a una carpa improvisada y les entregaron un botiquín, agua y algunos alimentos. Necesitaban recuperarse con rapidez para iniciar el trabajo exigido por los terroristas.

Stephen comenzó la curación de las heridas que su colega tenía por todo el cuerpo. Recordó cuando la vio por primera vez en la reunión donde se anunció su participación en el equipo de científicos que viajarían a Enebro. Su nombre era Nazomi y para la delegación fue muy agradable contar con la compañía de la hermosa mujer. Había nacido en Amarillo, pero creció y vivió en Cian. Sus orígenes se adivinaban por el pliegue epicántico de sus ojos, que reflejaban una mirada intelectual, y en el pelo negro, totalmente lacio, que le caía hasta los hombros.

Las lesiones del cuerpo sanarían en pocos días; sin embargo, las heridas más graves y profundas habían quedado en su alma. Stephen pudo ver las huellas de la violencia y el ultraje hasta la lasitud de la mujer.

Los actos cometidos por estos hombres reflejaban el estado más primitivo de la mente humana y la humillación más aberrante para una mujer. Cuando curó sus heridas, Stephen la protegió de nuevo con el traje de prisionera color naranja y se acostó junto a ella, que no paraba de llorar, hasta que el dolor y la fatiga los vencieron y cayeron en un sueño del que hubieran deseado no despertar.

Un fuerte golpe en el abdomen despertó de forma abrupta a Stephen. Un militante lo había sacudido con el fusil y se disponía a hacerlo de nuevo, pero su agilidad le permitió levantarse de un solo impulso. Lo sacaron y lo condujeron otra vez a la cueva del comandante, que esperaba con tranquilidad mientras tomaba una taza de té.

—Has perdido un día durmiendo —dijo el encapuchado—. El tiempo que te

concedimos es inmodificable. Esperamos que se hayan recuperado y puedan iniciar ahora mismo el trabajo. Les permitimos descansar, pero no creemos que lo puedan volver a hacer hasta tanto no entreguen la tarea y veamos la vacuna prometida.

—De acuerdo —respondió Stephen—. Empezaremos de manera inmediata. Indíqueme el sitio de trabajo y haré el listado de elementos requeridos para aislar y probar algunos componentes químicos. Puede que haya dificultades para encontrar algunas de las cosas que necesitamos, pero hay que garantizarlas. La doctora Nazomi me asistirá en la tarea, por lo que le solicito privacidad para adelantar sin contratiempos nuestro trabajo.

Stephen suministró una larga lista de compuestos químicos y elementos de laboratorio básicos para iniciar el trabajo. Además, y dado que las muestras recolectadas antes del atentado podrían haberse deteriorado, requirió algunos cuerpos para la obtención de muestras comparativas. Mientras llegaban los elementos solicitados, obligaron a Stephen a seleccionar y recoger los cadáveres que necesitaba para obtener nuevas muestras. Todos eran de personas muertas a manos de los terroristas y no por la acción de la sindéresis.

No obstante haber trabajado mucho tiempo en la morgue del Instituto de Medicina Forense, Stephen no pudo evitar las náuseas ante la aterradora visión. Mujeres, hombres, niñas y niños, la mayoría decapitados, producto de un festejo macabro y demencial de personas con la supuesta y firme convicción de formar un Estado justo, igualitario y de garantías para los derechos humanos. ¿Cuál podría ser la situación de las mujeres en una sociedad gobernada por este tipo de sujetos, donde ni siquiera la propia madre podía contar con el respeto y la compasión de sus hijos combatientes, ya que algunas de ellas se encontraban en la pila de cadáveres, asesinadas por los amigos combatientes con la complacencia y participación de los propios hijos?

Para no cargar los cuerpos, Stephen escogió algunas de las cabezas decapitadas esparcidas en el arrume de cadáveres —al fin y al cabo, lo que necesitaba eran los cerebros—, con la esperanza de encontrar en ellos la sindéresis y con suerte enfrentar a los terroristas, que los superaban en número a él y a su colega. Era la única y última oportunidad que tendría. Le favorecía el hecho que nadie sospechaba, ni siquiera Nazomi, del verdadero propósito de utilizar los cadáveres.

Stephen llevó las cabezas al lugar habilitado como laboratorio provisional y se dispuso a iniciar la trepanación de los cráneos. El tiempo se agotaba y debía

obtener la sindéresis para salir con vida de la situación en que se encontraban. Sin embargo, las condiciones precarias del lugar y la carencia de los instrumentos y sustancias requeridas le hacían dudar de poder aislar las moléculas con las cuales podría enfrentar el ejército de terroristas que aguardaba por ellos.

Antes de iniciar el trabajo, revisó el estado de salud de Nazomi. No había tenido una buena recuperación, no probaba alimento y apenas bebía para aliviar su garganta reseca. Stephen la animaba y consolaba; para poder huir, ella debía recuperar las fuerzas y mantenerse atenta para cuando se presentara el momento de escapar. Unos pocos días de trabajo podrían ser suficientes para obtener algún producto que les permitiera pensar en la fuga. Stephen no estaba dispuesto a entregar su vida y la de Nazomi sin dar la lucha, pero lo harían sin armas, solo con lo único que ambos poseían: el conocimiento.

El protocolo para la localización y extracción de la molécula en el cerebro de los cadáveres estaba bastante claro en la mente de Stephen, así que se dispuso a intervenir uno de los cráneos, al parecer de una mujer entrada en años. Su rostro y su cabeza presentaban señales de golpes contundentes y brutales. Cuando se disponía a romper la cabeza con la mini sierra, un hombre irrumpió en el habitáculo y le apuntó con su fusil, impidiendo realizar la operación. No alcanzó a modular palabra cuando entró al lugar el comandante encapuchado que servía como traductor, reconocible con facilidad no solo por su corpulencia, sino por la manilla en forma de cordón de oro que usaba en su mano derecha, la misma que utilizó para encajarle un golpe al intruso, con tal fuerza que lo sacó de la carpa y lo mandó a volar por los aires.

—Puede continuar con su trabajo —dijo el encapuchado—. No volverá a presentarse esta situación. Hasta que cumplan la misión tendrán todas las garantías de seguridad, incluso de sujetos como este. Esa cabeza pertenecía a su madre, que intentó alejarlo de nuestras filas y llevárselo para evitar el reclutamiento. Él mismo nos informó de las intenciones de la anciana, por lo que nos vimos en la necesidad de ejecutarla. La política nuestra es que vale más un soldado activo en nuestras filas que una anciana que trata de evitarlo.

—Tienen todos los elementos que han solicitado —agregó el terrorista—. Esperamos que le alcance el tiempo concedido por nuestro jefe y sepa aprovechar la piadosa oportunidad que les ha otorgado.

—Por supuesto, señor —respondió Stephen—. No descansaremos hasta lograr el objetivo. Esperamos no tener más interrupciones y que la próxima vez que nos veamos le pueda tener excelentes noticias.

Stephen separó los cerebros y comenzó a obtener las moléculas. Debía realizar el procedimiento muy rápido, antes de que Nazomi se recobrara y pudiese observarlo. La sindéresis debería aparecer de la nada y ella no podía intuir que había sido él quien desataría los acontecimientos que tendrían lugar más adelante.

Mientras Nazomi se recuperaba, Stephen trabajó sin descanso. Se sentía muy agotado, pero sabía que no podía perder un solo minuto. Quedarse dormido podría significar el fracaso de la misión y casi con seguridad, la ejecución de ambos.

Faltaba poco para cumplirse el plazo concedido para la entrega de la vacuna. Stephen estaba seguro de que era imposible conseguirla, y aún si dispusiera del conocimiento para hacerlo, no tenía la menor intención de producirla; por el contrario, observaba con gran entusiasmo el lento surgimiento de la sustancia milagrosa. De lograr esparcirla en el campamento obtendría un resultado que a cualquier ejército regular del planeta le significaría miles de millones de dólares conseguir; aunque en este caso no había sido gratis, de todas maneras, pues la sindéresis se había obtenido gracias a las valientes mujeres que habían ofrecido sus vidas al enfrentar a centenares de salvajes rufianes. Su coraza de madres y la espada de la razón, únicas armas con las que contaban, resultaron ser insuficientes para detener la barbarie, incluso de sus propios hijos, quienes ciegos por la tergiversación de los dogmas no solo las denunciaron y entregaron a sus cómplices, sino que participaron en la horripilante orgía del asesinato. Pero ahora estas mujeres regresaban en su forma molecular esencial para hacer justicia y vengar sus muertes sin sentido, enviando a todos los criminales del mundo el mensaje sobre la llegada al planeta de la sindéresis de las víctimas.

## CAPÍTULO VII

Con la molécula en su poder, Stephen sentía como si acudieran en su ayuda decenas de tanques de artillería pesada, la caballería, unidades de infantería, aviones, misiles y cuanto artilugio se utiliza en la guerra para enfrentar a los desalmados terroristas que le esperaban al otro lado del toldo donde se encontraba prisionero.

Stephen depositó las moléculas en un pequeño recipiente de los que había solicitado en la lista de elementos, tan pequeño que al cerrar su puño quedaba oculto. En ese momento entendió cómo la energía de una pequeña cantidad de átomos tenía el poder de destruir toda una ciudad. Estas moléculas, casi invisibles, tenían a su vez el poder de destruir el cerebro de miles de asesinos. Solo necesitaba reunirlos, destapar el receptáculo y esperar unos pocos minutos para observar la reacción.

Stephen aprovechó que Nazomi continuaba durmiendo para solicitar audiencia con el jefe. Uno de los hombres que cuidaba el improvisado laboratorio corrió a llevar el mensaje y minutos después el encapuchado se acercó acompañado de tres sujetos que lo tomaron de los brazos y lo condujeron a la cueva del comandante. Con él se encontraba una veintena de hombres más.

—Espero que me traiga buenas noticias —tradujo el encapuchado de su jefe—. Faltan pocas horas para que se cumpla el plazo otorgado, pero al parecer lo ha logrado antes de ese tiempo. No recuerdo haber sentido tanta ansiedad como en este momento. Deme su reporte y procedamos de inmediato con las pruebas que confirmen su descubrimiento.

—He trabajado sin descanso, como lo han podido observar —dijo relajadamente Stephen—. En efecto, tengo un resultado que espero podamos ensayar cuando el plazo haya concluido. He venido a decirles que he respetado y cumplido todas sus órdenes, por lo que espero de antemano su compasión para mi compañera y para mí.

Cuando el encapuchado tradujo las palabras de Stephen, todos los presentes soltaron una carcajada, en una clara demostración de burla y menosprecio.

—No he tomado una decisión definitiva —tradujo el encapuchado a su jefe—.

Usted nos podría servir de alguna manera más adelante, pero en relación con su compañera el tema es diferente y no le puedo prometer nada. Ella solo servirá a mis hombres para complacerlos y calmar sus naturales deseos sexuales. Como puede observar, no hay muchas mujeres en este campamento y las que tenemos en la actualidad no podrán resistir mucho tiempo, por lo que debemos reemplazarlas de manera constante. El destino de la mujer es servir a nuestros guerreros. Por lo tanto, no se preocupe demasiado por su compañera, hágalo más bien por su propia vida. Si la vacuna resulta exitosa, podríamos contemplar un tratamiento especial y único para su compañera. Quizá le perdone la vida.

El discurso machista del sujeto atormentó a Stephen, quien a pesar de tener en su mano el arma mortal pensó de pronto que nadie, ni siquiera él mismo sería lo bastante justo como para erigirse en juez y decidir quién merecía o no vivir. El recipiente que tenía en sus manos, en cambio, poseía una justicia natural que juzgaría con total probidad. Así, lo levantó frente a los presentes a la altura de sus ojos, lo agitó con suavidad, como preparando a las moléculas para la danza y su corto viaje hacia los cerebros de los hombres que observaban con mirada curiosa su expresión casi teatral, y respiró profundo, sintiendo por un instante el gran alivio de saber que estaba a pocos minutos de eliminar a los terroristas y que de esa acción dependían la vida de Nazomi y la suya. Los verdugos se encontraban ahora sometidos sin saberlo a la voluntad del científico de quitar o no la tapa del recipiente. A diferencia de ellos, que mataban y asesinaban por diversión, Stephen no lo hubiera hecho, de no ser porque su vida y la de otra persona pendían de un hilo tan débil como las mentes criminales de sus captores. Tomó la tapa del recipiente y la quitó despacio.

Por primera vez percibió el aroma de la molécula. Y asoció su olor acaramelado y agradable con el olor de la libertad. Por la expresión de sus rostros, supuso que los hombres habían captado las moléculas y a lo mejor habían tenido el mismo sentimiento de libertad, si se considera a la muerte como la transición de un estado a otro. Pero lo doloroso estaba por llegar.

—Por el momento —dijo Stephen, mostrando a todos el pequeño recipiente—, he podido aislar una mínima cantidad de anticuerpos que nos permitirán realizar los primeros ensayos de una vacuna, que sin duda los protegerá contra el ataque.

Mientras hablaba, sabía que el contacto se había producido, que los sujetos empezarían a sufrir los síntomas y sus palabras empezarían a sonar en frecuencias cada vez más graves hasta perder la audición por completo, ya que sus cabezas

experimentarían un calor extremo que rebasaría la capacidad celular para mantener la vida.

Cuando empezó a sentirse mal, el encapuchado alcanzó a reaccionar y tomó el fusil, del que se había desprendido momentos antes, para intentar dispararle a Stephen. Los demás hombres, incluyendo al jefe Máximo, habían entrado en una fase de confusión y no alcanzaban a comprender lo que estaba sucediendo. Aunque el encapuchado logró tomar el arma, su cerebro ya no le permitía coordinar los movimientos y solo alcanzó a quitarse con desesperación la capucha que lo mantenía incógnito antes de caer de forma pesada al suelo y revolcarse del dolor en su cabeza.

Stephen salió con sigilo del lugar para ir en busca de Nazomi. Alcanzó la carpa sin complicaciones y la encontró mejor de ánimo, pero no tanto como para salir corriendo del lugar. En las condiciones vulnerables en las que se encontraban no llegarían muy lejos. Intentaba ofrecerle un poco de alimento a la mujer, cuando de pronto irrumpió uno de los terroristas. Se le veía un poco aturdido y su cara tenía un color rojo intenso, como si hubiera ingerido un picante muy potente. Traía un arma y apuntó directo a Stephen.

—Trajiste el virus —alcanzó a murmurar, con la boca llena de una espuma color rosa.

Cuando se disponía a disparar se desplomó, se tomó la cabeza y dio un grito tan pavoroso que Nazomi se alarmó y corrió a ocultarse detrás de Stephen. El hombre se revolcaba y en segundos perdió la capacidad de gritar; solo sus ojos podían expresar el desespero que sentía.

Afuera se escuchaba una algarabía que hacía suponer que otros pasaban por lo mismo. La cara del hombre se tornó casi morada y perdió el movimiento. Sus dedos quedaron enterrados en la tierra, como si quisiera aferrarse a ella para evitar la muerte.

—Al parecer ha llegado la epidemia al campamento — dijo Nazomi, visiblemente asustada y conmovida.

El científico la apartó con delicadeza, fue a inspeccionar con cautela fuera del recinto y pudo observar que los hombres que debían custodiarlos ya no estaban. Dejaron pasar varios minutos y al cabo de un rato, cuando la bulla acabó, salieron con la esperanza de poder huir.

A medida que avanzaban, tropezaban con los cuerpos de los terroristas. La escena era espantosa, pues los cadáveres yacían esparcidos por el todo el campamento. Algunos habían intentado huir despavoridos del lugar pero no

habían logrado evitar el ataque. Al parecer, solo ellos dos quedaban con vida.

El científico condujo a Nazomi hasta la cueva donde se había iniciado la reacción de la sindéresis: quería verificar que los comandantes habían sucumbido y buscar las provisiones necesarias para alejarse del campamento lo más pronto posible.

## CAPÍTULO VIII

El escape era lo prioritario, pero salir a correr despavoridos por el desierto no sería una buena estrategia. Stephen se abrió camino entre los cadáveres y los evacuó del lugar. Ahora tenía un espacio amplio y lo más importante, alimentos y bebidas. El regreso de los terroristas ya no le preocupaba. Debían comer e hidratarse para recuperar energías y soportar el desconocido camino que los pudiera conducir a un lugar seguro. Habían llegado inconscientes y no tenían la más remota idea de dónde se encontraban. Todo era incertidumbre.

La cueva del jefe no era una covacha, contaba con un pequeño oasis camuflado en la parte posterior que le brindaba el exclusivo privilegio de bañarse con comodidad en el campamento. El agua fresca y limpia haría mucho bien a sus cuerpos luego de tantos días sin bañarse. La incertidumbre de su próximo destino hacía imposible además predecir cuándo podrían volver a hacerlo. Nazomi no lo pensó dos veces y con agrado se despojó de los andrajos que le quedaban como vestimenta para sumergirse en el agua.

Stephen aprovechó el momento para escudriñar en busca de un mapa que les indicara la ubicación del campamento y la distancia de la población o asentamiento humano más cercano. Encontró unos baúles en cuyo interior había armas, joyas y mucho dinero en moneda local y extranjera. Al menos sabía, por el dinero, que se encontraban en el mismo país a donde habían llegado a cumplir la misión. Tomó unas alforjas que encontró en el lugar y puso en ellas todo el dinero que le fue posible y las joyas que más llamaron su atención.

Cuando encontró el anhelado mapa no entendió el idioma en que estaban escritas las descripciones, pero lo poco que podía comprender indicaba que lo más cercano podía estar muy distante.

Mientras Nazomi se preparaba para el viaje, Stephen se dispuso a tomar su baño por algunos minutos. En medio de la pesadilla que estaba viviendo, sentir el agua fresca en su cuerpo, bajo el calor sofocante del desierto, le produjo un efecto placentero y muy relajante.

Esperaron al amanecer y se prepararon para salir. Se equiparon con algunos alimentos, agua y las pesadas alforjas llenas de dinero, del que quedó todavía

mucho en los baúles. Nazomi sugirió llevar algunas armas, pero Stephen consideró que no sería posible usarlas. Volverse homicidas, incluso en defensa propia, les convertiría automáticamente en blanco de la sindéresis.

Salieron de la cueva y analizaron el entorno para ubicarse y seleccionar el rumbo que tomarían al dejar del campamento. Caminaron hacia donde empezaba a salir el sol y unos cuantos metros adelante encontraron un establo en el que descansaban algunos caballos, todos jóvenes y vigorosos. Justo lo que necesitaban para su larga travesía.

Seleccionaron los mejores ejemplares y empezaban a prepararlos cuando Stephen observó a lo lejos un reflejo del sol en lo que podía ser un espejo o una superficie metálica. Dejó los caballos y corrió con premura al punto de origen del resplandor. Al acercarse encontró que se trataba de unos vehículos bien escondidos. Quitó el camuflaje de uno de ellos. Se veía bastante potente y apropiado para el tránsito por el desierto. El poco aire en los neumáticos no era un problema, por el contrario, es la forma técnica para que un vehículo avance por la arena y atravesase las dunas sin inconvenientes.

Encendió la camioneta y observó que tenía el tanque de combustible completo; sin embargo, no estaba de más buscar el depósito de reservas de combustible para aprovisionarse de una buena cantidad. Estaba en esa tarea cuando alcanzó a oír unos gritos y el temor lo invadió, pensando que se trataba de Nazomi. Subió al vehículo y condujo hasta el establo donde la había dejado minutos antes, pero la encontró tranquila e incluso complacida al ver el vehículo, que significaba un gran alivio para ellos y una suerte para los animales, cuyo destino habría sido con toda probabilidad la muerte por agotamiento. Stephen le explicaba que su reacción se debía a que creía haber oír voces femeninas pedir auxilio. En ese preciso instante ambos percibieron de nuevo los sonidos de personas que querían llamar la atención. Se dirigieron al lugar de donde provenían las voces y llegaron hasta una cueva que se encontraba asegurada con una puerta de madera y cerrojos.

Del interior salían desgarradores llantos y lamentos. Eran voces femeninas pidiendo ayuda en un idioma conocido. Se trataba de prisioneras de los terroristas. No podían abandonarlas.

Stephen rompió las cerraduras, abrió la puerta y se encontró con la oscuridad de la habitación. Con temor, las mujeres se acercaron a la salida. Usaban burkas negras, sucias y harapientas que las cubrían desde la cabeza hasta los pies. Una a una salieron de la improvisada prisión, clamando por un poco de agua y

alimento. Salieron quince mujeres. Otras tantas estaban muertas o desmayadas al interior de la celda.

Stephen revisó con rapidez los cuerpos y comprobó que la mayoría había fallecido y otras estaban a punto de hacerlo, por lo que necesitaban ser hidratadas y alimentadas con urgencia. Una de las mujeres se le acercó y lo saludó. De inmediato reconoció esa voz y su corazón empezó a latir con rapidez. La mujer quitó la burka de su cabeza y la sorpresa fue enorme cuando vio el rostro de la mismísima Devendra.

Aunque no era la hermosa adolescente que otrora fantaseaba con poder ayudar al pueblo sufrido de Enebro, expresó una inmensa alegría al ver a su amigo y poder abrazarlo. El abrazo fue tan sentido que Stephen recordó que también él necesitaba un abrazo, para sentirse vivo, para sentirse humano. La mujer rompió en llanto y manifestó su arrepentimiento por la decisión absurda de haber efectuado ese viaje.

Mientras ofrecía agua y alimento a las prisioneras rescatadas del calabozo improvisado, Nazomi miraba entre sorprendida y angustiada, pues no entendía por qué Stephen parecía conocer a una de ellas.

Stephen tranquilizó a Devendra y la condujo junto con las demás mujeres a la cueva del comandante. Allí quedaba suficiente cantidad de alimento, agua e incluso ropa limpia. Las mujeres se lanzaron sobre los alimentos, pues llevaban varios días sin probar nada en absoluto. Nazomi les enseñó el pequeño manantial y con lo que llevaban puesto se sumergieron. Necesitaban un baño para quitar el apestoso olor de los hombres que las habían ultrajado. Era algo más que solo refrescarse, era desprenderse del recuerdo y del horror del que habían sido víctimas. Además de comer, tomaron provisiones para el camino y por supuesto aprovecharon para apoderarse del dinero que había quedado en las arcas del grupo terrorista. Esto no compensaría el dolor y el sufrimiento que habían tenido que soportar, pero al menos los despojarían del dinero y las joyas que habían cobrado por venderlas a cuanto oferente aparecía. La ventaja era que los vehículos les permitían tomar y llevar lo que quisieran.

Mientras las mujeres guardaban el dinero y se repartían las joyas, Stephen presentó su alumna a Nazomi, quien seguía curiosa de saber cómo era posible encontrar a una persona conocida en ese lugar del planeta.

—Doctora Nazomi —dijo Stephen—, ella es Devendra, estudiante de uno de mis cursos en la universidad. Supe que se le mediría a esta aventura porque me lo confesó. Su idea era traer alguna ayuda a sus parientes. Sabía los riesgos a los que

se exponía al venir. Por desgracia, contaba con una información diferente sobre el modus operandi y los verdaderos objetivos de estos grupos. Quería ver la realidad con sus propios ojos.

—Lo lamento —dijo Nazomi—. Hubiese preferido conocerte en otras circunstancias. Soy colega de tu profesor y trabajamos juntos en una investigación científica. Eres muy valiente al venir a un lugar del que todo el mundo quiere huir.

Buscaron los vehículos para subir los equipajes y marcharse. Las mujeres no salían de su asombro al ver los cadáveres de los terroristas tirados por todo el campamento, no entendían cómo este hombre y su acompañante habían podido eliminarlos.

Se distribuyeron en dos vehículos, uno lo conduciría Stephen y el otro Nazomi, porque con excepción de Devendra, ninguna mujer sabía conducir. La travesía se tornaría diferente. Ahora podían ser más visibles y la carga los obligaría a desplazarse con mayor lentitud. Sin embargo, y a pesar de los inconvenientes que pudieran surgir, Stephen estaba dispuesto a salvar a las mujeres. La seguridad de ser el poseedor del arma invisible más poderosa jamás imaginada contra los terroristas le brindaba la confianza necesaria para creer que las podía conducir a la libertad.

## CAPÍTULO IX

Reanimados por el corto descanso, el baño, el alimento y la hidratación, partieron con Stephen a la delantera para guiar al otro vehículo. Tendrían que atravesar un territorio dominado por los terroristas y las posibilidades de encontrárselos en el camino eran muy altas.

En vista de que sería una larga travesía, Stephen interrogó a Devendra sobre los acontecimientos que la habían traído hasta el tenebroso campamento.

—La desgracia comenzó desde el momento de la llegada al aeropuerto — murmuró la joven, claramente afectada por los recuerdos que venían a su mente —. Hubo un interrogatorio interminable para explicar el propósito de mi viaje. Nadie podía creer que venía a buscar a mis parientes para brindarles un poco de ayuda. Después de varias extenuantes y eternas horas me permitieron salir. Mi novio tenía una amiga en Enebro, así que la habíamos contactado para que me encontrara en el aeropuerto y me ayudara a encontrar un hospedaje, desde donde empezaría la búsqueda de mis parientes. Cuando salía con mi equipaje, una mujer me llamó por mi nombre. No portaba el habitual cartel que caracteriza a las personas que esperan desconocidos y además me saludó con cariño, como si fuéramos viejas amigas o familiares. Al oído me dijo que tenía que simular porque nos vigilaban desde todas partes. La mujer tomó parte de mi equipaje y me ayudó a trasladarme hasta un vehículo que nos aguardaba y donde además del conductor había otro hombre que se apresuró a guardar mis maletas en el baúl del auto, que arrancó de inmediato.

»Nos presentamos y me pareció interesante que la mujer y su amigo, jóvenes ambos, hablaban a la perfección mi lengua. Recuerdo que salimos de la ciudad y viajamos por varias horas, algo extraño porque el plan, en principio, era permanecer en la capital y desde ahí comenzar mi búsqueda. El trayecto se hizo eterno debido al camino polvoriento y porque al auto en el que viajábamos no le funcionaba el aire acondicionado. El calor intenso y el olor a combustible dentro del vehículo terminaron por marearme.

»Finalmente, llegamos a un pequeño caserío en donde había muchos hombres armados. En un país en guerra, era lógico que los militares aparecieran por todas

partes. Bajamos del auto y sentí un gran alivio porque no soportaba más el viaje. La mujer me condujo hacia una de las carpas del caserío. Me dejó justo a la entrada y se retiró, así que ingresé con un poco de incertidumbre. Dentro, había un grupo de hombres. Uno de ellos, al parecer el líder, me pidió presentarme y contarles el motivo de mi viaje, así que les informé porqué había viajado a Enebro.

»Con una sonrisa sarcástica, el sujeto me informó que el viaje no tenía retorno. Los documentos con los que había ingresado al país como pasaporte y visas no serían necesarios. A partir de ese momento yo hacía parte del grupo terrorista, el cual necesitaba a las mujeres. Me explicó que él era encargado del recibimiento e inducción de estas al grupo y que él mismo nombraría después a uno de los guerreros para que me desposara y se convirtiera en mi dueño.

»Los hombres que me recogieron en el aeropuerto entraron a la carpa con mi equipaje. Lo pusieron al lado de un tapete donde estaba sentado el jefe. Todos los demás estaban igualmente sentados en el piso frente al hombre y podía sentir su morbosa mirada.

»El jefe me ordenó despojarme de toda la ropa que llevaba puesta. Según él, en adelante debería utilizar otro tipo de atuendo que ellos me suministrarían. Los hombres se mostraban deseosos de verme desnuda y fue en ese preciso momento que empecé a sentir temor. Me quité la ropa tal como se me ordenaba y quedé frente a ellos como una mercancía en exhibición. Abrieron mi equipaje y el imbécil del jefe tomó una a una mis prendas y las tiró al piso. Según él, nada de eso me serviría. En adelante, usaría un burka. Hizo una señal a uno de los hombres, que se me acercó y me despojó de mi anillo, la cadena de oro y un reloj que me había regalado mi madre.

»El sujeto me dijo que tendría que acostumbrarme a la nueva vida austera, sin lujos ni joyas. La principal regla que debía cumplir era la obediencia absoluta con quien fuera elegido como mi amo. La rebeldía y la desobediencia serían duramente castigadas pudiendo llegar en muchos casos a la lapidación, si mi amo lo consideraba.

»Según el sujeto, mi dueño podría ser cualquiera de los hombres del grupo. Sin embargo, cuando se trataba de jóvenes vírgenes extranjeras, el procedimiento de adjudicación se hacía entre los guerreros que presentaran las ideas más originales y creativas para asesinar a los prisioneros enemigos. En mi caso sería entregada a un psicópata que había propuesto matar a una mujer acusada de rebeldía introduciendo en su vagina una granada cuyo seguro estaría unido mediante una

extensa cuerda al cuello de un perro. La mujer permanecería viva hasta que el animal decidiese alejarse para buscar agua o alimento. El relato del hombre no solo hizo erizar toda mi piel, sino que sin querer brotó de entre mis piernas un cálido líquido que me fue imposible contener por el estado de estupor en el que me encontraba.

»El individuo continuaba hurgando en mi equipaje hasta que emergió de la maleta el Libro Sagrado que tú me obsequiaste. Tomó el libro en sus manos y mirándome a los ojos me dijo que ser fiel a sus convicciones religiosas me ayudaría, porque ese era el camino de la salvación. Me advirtió que la apostasía se castigaba con la muerte y que a los apóstatas se les quemaba vivos en la plaza pública o se le sometía a la ingeniosa creación de la granada en los genitales, por lo que nunca debería perder mi fe. Mientras el hombre hablaba pausada y calmadamente mi cuerpo sudaba frío a pesar del calor insoportable en el lugar. Nunca antes había sentido tal sensación de temor.

«En medio de la angustia, entendí que el calvario se iniciaría en breves momentos con el abuso carnal de ese hombre y que luego vendría el de todos los demás. El terror que sentí no me permitía ni siquiera llorar. Igual, estaba atrapada y nada ni nadie podrían auxiliarme».

Mientras continuaba con su relato, las piernas de Devendra temblaban y no podía evitar el sollozo. Había sido víctima de una terrible tortura psicológica como bienvenida al infierno de los terroristas.

—Entonces —continuó su relato Devendra—, el hombre tomó el Libro Sagrado, lo sacó de la bolsa plástica en que venía, lo levantó y todos hicieron una reverencia. Acto seguido, lo abrió al azar y leyó algunas citas. Por primera vez asistí a un momento de seriedad, respeto y culto por parte de estos hombres. La sola presencia de las escrituras cambiaba la manera de concebir el espacio en los individuos. Pasaron unos minutos, cuando inexplicablemente, el hombre dejó caer el libro, como si no tuviese la fuerza necesaria para sostenerlo, se llevó las manos a la cabeza y se tumbó de espaldas. En instantes, todos los demás también tomaron sus cabezas y empezaron a gritar como si sintieran un fuerte dolor y cayeron al piso, fulminados. Tomé mi ropa rápido y me vestí con lo que pude para cubrirme. Los gritos provocaron que otros hombres llegaran para averiguar qué había sucedido, pero estos caían como si algo en la carpa los estuviese esperando para matarlos. Yo no podía entender qué estaba sucediendo con esas personas; o habían muerto o se habían desmayado, pero de cualquier manera ya no eran una amenaza. Pronto se generó un caos total. Todos los que se acercaban

a la carpa del jefe caían, como si un halo mortal los atrapara; sin embargo, yo estaba intacta, y también estupefacta por lo que estaba sucediendo. Para evitar el contagio, algunos optaron por huir despavoridos.

Devendra contaba la historia como si la estuviese viviendo en ese preciso momento. Trasmitía incluso el pánico que debió sufrir al descubrir que esas personas que había creído héroes eran unos inmisericordes abusadores. El artículo de la revista se quedaba corto ante los alcances criminales de estos terroristas.

—Recuperé los objetos que me pertenecían —siguió relatando Devendra—. Salí presurosa, en busca de ayuda para escapar del lugar, pero solo encontré cadáveres por todas partes. Como no conocía el campamento, empecé a buscar en las carpas con la intención de encontrar a alguien que me ayudara a salir. No tenía idea de donde estaba y por lo tanto el único camino era la maltrecha carretera por donde había llegado. Ingresé intempestivamente a una carpa y sorprendí a una mujer que me apuntaba con un arma. Traté de calmarla para que la bajara y cuando la pude ver con más claridad, entendí que se trataba de la misma mujer que me había esperado en el aeropuerto.

»No sabíamos qué estaba sucediendo, no podíamos explicarnos qué había provocado la muerte de los hombres, el caso es que nos encontrábamos solas y excepto por el arma que la mujer continuaba apuntando, más por pánico que por amenaza, no teníamos intención de agredirnos. Finalmente, la mujer accedió a bajar el arma y juntas salimos corriendo del lugar. Antes de subir al vehículo en el que habíamos llegado fue hasta un lugar que se encontraba asegurado desde afuera con un madero, lo quitó y empujó la puerta, para dejar salir a varias mujeres del interior.

»En el trayecto la mujer me contó que era extranjera y vivía en Enebro hacía mucho tiempo, incluso desde antes de empezar la guerra por el poder. Había aprendido el idioma local y a través de un amigo se había incorporado al grupo rebelde. Su dominio del idioma local y el extranjero le había permitido asegurarse el cargo de recepcionista en el aeropuerto para incorporar a los visitantes al grupo. No era un oficio que le simpatizara mucho, pero al menos la liberaba de otras tareas inhumanas, como torturar o matar a otras mujeres, por ejemplo. Según ella, la mayoría de las extranjeras que llegaban fenecían a los pocos meses. Mientras más se resistieran, más rápido llegaba su fin. Las formas de matar empleadas por los terroristas eran diversas e iban desde la lapidación, el lanzamiento desde una altura y la quema en hogueras hasta la violación con toda

clase de objetos, pasando por el empalamiento, la asfixia, las golpizas, la decapitación o la introducción de explosivos en sus genitales. Además de utilizarlas para diversión sexual, las mantenían como instrumento para enseñar a jóvenes y niños el arte infame de asesinar.

»Luego de un extenuante viaje —prosiguió Devendra—, los vehículos se apagaron por falta de combustible. Era justo el mediodía, la hora en que el calor alcanzaba su máximo grado y caminar era prácticamente imposible. Entonces observamos un grupo de jinetes acercarse hacia nosotras. Nos desmoronamos, pues no existía ninguna posibilidad de huir. Se trataba del grupo de hombres que ustedes conocieron en el campamento que acabamos de abandonar. Nos rodearon, desmontaron de los caballos y nos inspeccionaron a cada una. Nos subieron en sus monturas a todas, excepto a la mujer del aeropuerto. Mientras nos alejábamos la mujer imploraba a gritos que no la dejáramos en el desierto. Entonces el hombre encapuchado que me llevaba en su caballo retrocedió, se acercó a la mujer y con su rifle le disparó en la cabeza.

»Un frío recorrió todo mi cuerpo —exclamó llorando Devendra—. Habíamos caído de nuevo en manos de los terroristas. La mujer murió al instante, sin alcanzar a explicarme cómo había conocido a mi novio y porqué me había llevado con los terroristas. Había traicionado su amistad.

»Los hombres nos condujeron hasta el campamento, donde nos interrogaron para saber el motivo por el que veníamos huyendo. Les informamos que algo desconocido había atacado a los hombres matándolos prácticamente a todos. Para evitar el contagio tomamos los vehículos y salimos en busca de ayuda. Es decir, no huíamos de nadie, sino de algo extraño e invisible que había azotado el campamento.

»Nos encerraron en la celda de la que ustedes nos rescataron —continuó su relato Devendra—. Con el paso de los días, sacaban a las mujeres, las conducían a las tiendas que ellos ocupaban y las sometían a múltiples violaciones. Algunas de ellas no regresaban a la celda. La depauperación de sus cuerpos no les permitía soportar más el cansancio, la inanición, la sed y el abuso sexual. Era aterrador observar cómo se llevaban a una mujer y regresaban a un mogote de carnes y huesos maltrechos. Cada vez que venían por alguien sentía un pánico aterrador porque pensaba que era mi turno. Hasta que escuchamos los gritos y exacerbaciones que ya conocíamos del campamento anterior. La muerte había llegado por ellos. Sin embargo, desconocíamos su presencia, pedimos ayuda por el instinto natural de sobrevivencia. Si ustedes se marchan sin percatarse de

nosotras, con toda seguridad hubiésemos muerto de hambre y sed en ese calabozo».

El relato, acompañado del llanto permanente de Devendra, fue tan pavoroso que incluso superaba lo que Stephen pensaba que podía sucederle en el viaje. Sumergidos en la historia de Devendra se olvidaron del tiempo. Al percatarse, ya habían recorrido un gran tramo y las dunas del desierto parecían terminar. Se aproximaban a una zona montañosa.

Cuando acabó la llanura y se acercaban a un alcor, surgió inesperadamente un grupo de hombres armados. Venían a caballo, con las prendas ya conocidas de los terroristas. Las mujeres entraron en pánico y empezaron a gritar. Por la forma de las dunas y la arena misma era imposible escapar a alta velocidad en los vehículos. Los bandidos los obligaron a detenerse disparando al aire y ordenaron a todos bajarse y arrodillarse. En un comienzo, los sujetos los interrogaron sobre la procedencia y el destino del grupo. Estaban curiosos de saber para dónde se dirigía un hombre con tantas mujeres. Ante la dificultad de Devendra, Nazomi y el mismo Stephen de comunicarse con ellos debido al idioma, una de las mujeres les informó que huían de un campamento en el que todos los combatientes del grupo habían sido afectados por algo siniestro que atacó sus cerebros. Ella les comentó que el grupo de mujeres, así como el hombre que las acompañaba, habían podido alejarse del lugar, por lo que solo buscaban una población que les brindara auxilio, ya que muchas de ellas se encontraban en precarias condiciones de salud.

Un individuo vestido de negro se acercó a Stephen y le preguntó sobre sus actividades en Enebro. La mujer que hablaba ya conocía la razón de la presencia de los científicos en el país y pudo explicar al hombre que se trataba de integrantes de una misión científica que investigaba precisamente las causas de la enfermedad que se había presentado en los campamentos.

Los hombres no quedaron satisfechos con la historia; por el contrario, consideraron que podían estar infectados o contaminados con la peste, que según el relato de la mujer había acabado con una gran cantidad de sus secuaces. Aunque la deficiente comunicación entre los campamentos favorecía a Stephen y las mujeres, los terroristas decidieron que lo mejor sería ejecutarlos a todos para evitar un posible contagio.

A través de la mujer, Stephen les manifestó que traía consigo parte del trabajo que adelantaba y que de seguro a ellos los podría salvar en el futuro. Les indicó la ubicación de una de las alforjas que llevaba en el vehículo que él conducía, justo

al lado del puesto del conductor. Se trataba de un equipaje preparado especialmente, pues sabía que el dinero sería determinante en caso de presentarse este tipo de encuentros indeseados.

El comandante del grupo ordenó a uno de sus acompañantes acercarle la alforja para inspeccionarla. Al abrirla, sacó un fajo de billetes en moneda extranjera y lo olió con intensidad para demostrar que le fascinaba el aroma del dinero. Sacudiendo los billetes, preguntó por la evidencia de la que hablaba Stephen. La mujer tradujo que no se trataba de esa evidencia sino de la que se encontraba al fondo, debajo de los billetes. El individuo no alcanzó a hurgar más al fondo de la maleta pues esta se deslizó de sus manos y cayó al piso. El hombre se tomó desesperado su cabeza con ambas manos y lo mismo empezaron a hacer el resto de hombres de la banda. Sus rostros empezaron a enrojecer y se desplomaron de sus caballos para revolcarse abatidos en la arena.

Las mujeres entraron en pánico, excepto Nazomi y Devendra, que ya habían presenciado situaciones similares y sentían ahora que ese evento se estaba convirtiendo en un ángel salvador en los momentos más críticos para ellas. El científico agrupó a las mujeres como queriendo protegerlas a todas con un gran abrazo y las condujo nuevamente hacia los vehículos. Había que partir lo más pronto posible antes de que aparecieran otros criminales.

Luego de viajar por un par de horas, empezaba el atardecer en el desierto y pudieron distinguir a lo lejos algunas luces. El optimismo regresó. No era un campamento terrorista, pues estos permanecían en la oscuridad para evitar la detección nocturna. Se trataba de un poblado.

A medida que se acercaban disminuían la velocidad de los vehículos. Stephen mantuvo la delantera hasta que estuvieron lo bastante cerca de la entrada al pequeño poblado. A través de un altavoz escucharon la orden de detenerse. Se permitiría el ingreso de solo una persona, por lo que Stephen bajó del vehículo y avanzó para cruzar la frontera de la población, donde lo esperaban militares del ejército regular que lo reconocieron inmediatamente como uno de los integrantes del grupo de científicos desaparecidos.

Los condujeron por unas calles polvorientas llenas de gente humilde apostada en ambos costados de la vía que los miraba con compasión y amistosidad. Las casas de barro, del mismo color de la arena, daban cuenta de un lugar bastante empobrecido.

Llegaron hasta una pequeña plaza y se toparon con la única edificación de dos pisos que tenía el pueblo. Por la presencia de la bandera se entendía que se

trataba de un establecimiento del gobierno. Un hombre que se encontraba en la puerta les hizo señales de ingresar y los llevó por un salón con piso de baldosas y cojines en los costados en lugar de sillas. Al fondo se encontraba otro hombre de barba blanca, muy frondosa, que no parecía muy viejo. Resultó ser muy amable y se dirigió a las mujeres con respeto. Acariciando su barba, el hombre preguntó por los integrantes de la comisión de extranjeros. Nazomi y Stephen levantaron la mano e indicaron que eran los únicos sobrevivientes de la emboscada que había cobrado la vida a todos los militares que acompañaban la caravana.

Unas mujeres ingresaron al recinto cargadas con vasijas con bebidas y bandejas con alimentos que los hicieron sentirse muy confortados.

—Coman y beban —dijo el hombre de la barba, con su acento de extranjero y su escaso vocabulario, suficiente sin embargo para hacerse entender—. Imaginamos las terribles tragedias por las que seguramente han pasado y nos complace tenerlos como huéspedes.

—Nosotros pertenecemos a las fuerzas regulares de este país —continuó el anfitrión—. Hemos desplegado un fuerte dispositivo para encontrarlos y como no pudimos hallar sus cuerpos en el lugar del atentado, supusimos su secuestro. Sin embargo, hasta este momento ningún grupo se había adjudicado la acción. Desde este poblado que protegemos con nuestro mejor armamento hemos salido con nuestros hombres para intentar ubicarlos, sin obtener señales de vida, por lo que llegamos a considerar que todos habían podido ser asesinados por los terroristas. Por lo visto, solo ustedes dos se han salvado, dijo, refiriéndose a Nazomi y a Stephen.

Mientras comían y bebían como no lo habían hecho hace tiempo, el hombre de la barba se comunicó con el Comando Central para informar sobre la aparición de los extranjeros, los cuales tenía bajo su custodia y esperaba órdenes para movilizarlos a la capital.

—El mundo está consternado por su desaparición — les informó, después de terminar la comunicación con el Comando Central—. En estos momentos sus gobiernos serán notificados de su aparición. En pocas horas serán objeto de los titulares de muchos medios de comunicación, por lo que al llegar a la capital les estarán esperando numerosos periodistas para conocer la historia de lo que han vivido en los últimos días. Por ahora los invitamos a descansar algunas horas. Luego los despertaremos para informarles de su itinerario.

Los condujeron a todos a unas habitaciones que contaban con lechos cómodos. Habían pasado tantas horas sin poder dormir que Stephen estaba seguro de que

con solo poner su cabeza en uno de aquellos cojines perdería la noción del tiempo y del espacio con la tranquilidad que hasta ahora no había tenido.

La algarabía de unos niños que jugaban afuera despertó a Stephen. Se levantó desconcertado, sin saber dónde se encontraba, si era de día o de noche, si estaba en su casa o en un hotel. Dejó pasar unos segundos para que su cerebro pudiera identificar el lugar donde despertaba. Se acercó a una ventana que pudo distinguir en medio de la oscuridad y abrió sus puertas. La luz del día golpeó sus ojos y le hizo cubrir su rostro y retirarse por un instante; luego se acercó lentamente y pudo ver los niños divirtiéndose en la calle.

Lo profundo de su sueño casi lo hizo olvidar lo acontecido hasta la noche anterior, pero volvió a la realidad y se dispuso a buscar a Devendra y a Nazomi. Se vistió con rapidez y cuando se disponía a salir de la habitación un soldado irrumpió para informarle que el comandante y las mujeres lo esperaban en el salón.

Las mujeres en pleno se encontraban en el salón, con un aspecto más fresco y relajado. Indudablemente, el sueño les había sentado bien. Lucían radiantes y hasta podía apreciarse un brillo de optimismo en sus miradas.

—Buen día, profesor —saludó el hombre de barba blanca—. Espero que haya dormido plácidamente. No queríamos despertarle, pero ya están en camino para recogerlos y llevarlos a la capital con el fin de organizar el viaje de regreso a su país. Comeremos algo y estarán listos para partir tan pronto arriben los helicópteros. Entre tanto, debo informarles que cuando acudimos al lugar del atentado recuperemos las muestras que habían obtenido, así como algunos objetos y elementos que con seguridad les pertenecen.

Unos soldados se acercaron con unos maletines que pusieron con cuidado frente a Stephen y abrieron para que pudiera observar el contenido. Pudo ver las pequeñas cajas de poliestireno expandido que contenían los recipientes con las muestras. Tomó un par de ellas y las pasó a Nazomi para que inspeccionara el contenido y él por su parte revisó las otras. Aunque las muestras de tejido estaban allí, las cajas no habían sido guardadas en frío por lo que el material era prácticamente inservible. Revisó otros objetos como las billeteras y teléfonos celulares de quienes habían sido víctimas del ataque. Entre los objetos recuperados estaba el tarjetero que Stephen tanto atesoraba y que de haberlo conservado le hubiera evitado mucho sufrimiento a Nazomi. Había creído que no ya no lo volvería a tener en sus manos. Era parte de la herencia y del secreto de su padre, por eso sintió que había recuperado algo muy importante para su

vida.

—Estamos muy agradecidos por todo lo que han hecho por nosotros —le dijo Stephen al comandante—. Rescatarnos y encontrar estos elementos ha sido muy amable y valiente de su parte. Trataremos de regresar a nuestro país y trabajar con lo que se pueda de estas muestras. Gracias a ustedes la humanidad podrá tener alguna oportunidad de detener o aminorar la epidemia que ha surgido.

—Por el momento —continuó Stephen—, es muy difícil determinar la causa de los ataques con la información que tenemos. Tendremos algunas dificultades para encontrar una prevención biológica a la mayor brevedad. Mientras esto suceda, todos podemos estar en riesgo. No obstante, debo advertirle que usted y sus hombres pueden estar en mayor peligro en comparación con la población civil, debido a sus actividades militares. Las informaciones recibidas por las autoridades indican que el grupo más vulnerable es el de las personas que han cometido algún asesinato, sea cual sea la razón. Esto desde luego no está comprobado, pero nosotros estuvimos en el campamento donde ocurrió uno de los episodios, lo mismo que Devendra, la chica que nos acompaña, quien lo vivió en dos campamentos donde se presentó el mismo evento y como puede ver, ha salido ilesa y nosotros también. Por ahora, puedo sugerir no acercarse a los campamentos o sitios donde se presenten las muertes con este patrón. Y enviar así mismo a las inspecciones visuales de preferencia a mujeres que no tengan relación con el ejercicio militar o a hombres de los cuales se tenga certeza de que no han participado en el conflicto armado. Estas personas deberán embalar los cadáveres herméticamente, ventilar muy bien el lugar y ponerlo en cuarentena antes de que alguno de sus hombres se acerquen. Cuando lo puedan hacer, utilicen máscaras antigases del más elevado factor de protección, como para un desastre nuclear. No tomen ningún elemento que haya podido quedar en el lugar de los siniestros, por valioso que pueda ser o parecer.

El hombre quedó absorto ante las recomendaciones del científico. Nazomi se sorprendió del grado de información respecto al tema que había adquirido su colega. Hubo un breve silencio que caló en el ambiente. El comandante y sus hombres sintieron temor al saber que lo que habían podido hacer en desarrollo de su trabajo como militares los tornaba muy vulnerables a la epidemia.

Se escuchó al helicóptero aproximarse. Era el sonido de la libertad, del retorno a casa. Recogiendo su equipaje, Stephen pensó en que la prudencia de los militares los había salvado. De haber revisado las alforjas llenas de dinero o inspeccionado con curiosidad el tarjetero para ver su interior, habrían sido

víctimas de la sindéresis.

El helicóptero estaba preparado para recoger solo a los extranjeros. Las mujeres rescatadas del campamento se quedarían para dirigirse luego sus lugares de origen. Stephen les entregó las alforjas con el dinero que habían tomado del botín de los terroristas en el campamento. Ya no lo necesitaría. Para ellas, en cambio, significaba la construcción de un nuevo y próspero futuro.

Pronto aterrizaron en una base militar, donde los esperaban unas ambulancias que los conducirían a un complejo médico en donde les practicarían los exámenes respectivos. Haciendo a un lado los efectos del cansancio, el estado de salud del científico era aceptable; en cambio los exámenes practicados a Nazomi arrojaron un diagnóstico abrumador que daba cuenta de heridas en sus órganos genitales y enfermedades venéreas. Se requería hospitalización inmediata y un tratamiento físico y psicológico apropiado para superar sus traumas. Stephen convenció a los funcionarios de que le permitieran regresar cuanto antes a su país. Allí Nazomi podría recibir el tratamiento adecuado y la compañía de sus familiares ayudaría en la recuperación.

Camuflados para evadir a los periodistas, ingresaron por los accesos militares al aeropuerto y fueron conducidos a un avión que esperaba por ellos para evacuarlos del país. El avión tomó vuelo y a través de las ventanas vieron cómo se alejaban del lugar que había marcado su futuro para siempre. Con su salida del país no acababa el accionar de la sindéresis. En algún lugar había quedado el Libro Sagrado que perdió Devendra y alguien lo tomaría y utilizaría. Muchas personas tendrían contacto con los billetes de las alforjas que tomaron las mujeres. En ambos casos había suficiente cantidad de sindéresis como para eliminar durante mucho tiempo a cuanto asesino se interpusiera y sería imposible que alguien pudiera algún día descubrir que en el dinero y en el Libro Sagrado estaba la sustancia que se encargaría de hacer justicia y traer por fin la paz a esa nación.

## CAPÍTULO X

Nazomi soportó el vuelo gracias a los calmantes que le suministraron, los cuales le permitieron dormir durante todo el trayecto. Devendra, por su parte, todavía incrédula y apesadumbrada, no terminaba de dar crédito al accionar de los terroristas. En silencio, miraba las fotos de sus padres y la de su novio que había podido conservar. Pensaba en lo cerca que estuvo de perderlos en su afán y estupidez de adolescente al creer que su deseo altruista de ayudar a su pueblo cambiaría el panorama de la guerra, la cual, estaba convencida, la hacían solo los de adentro, hasta que pudo entender que las influencias externas eran las que la originaban, la agravaban y la terminaban cuando ya todo era muerte y destrucción y el camino quedaba despejado para apropiarse del territorio e imponer su voluntad.

Stephen verificó que las mujeres estuvieran durmiendo y buscó unas mantas para cubrirlas y protegerlas del frío. Devendra también se había quedado dormida y las fotos habían caído al piso. Al mirar la foto de su alumna observó cómo sus rasgos eran muy semejantes a los de su padre, quien parecía bordear los cincuenta. Su madre, de aspecto más joven, tenía una mirada dulce y tierna. La inclinación por el dogma la había heredado de ella con toda probabilidad.

La segunda fotografía era la de su novio. Al detallar el rostro del hombre que aparecía en ella, Stephen quedó paralizado y el escalofrío de pánico que había sentido en el campamento lo volvió a inundar por completo. Ese rostro correspondía al hombre que había retirado el pasamontañas de su cabeza justo en el momento en que la sindéresis se disponía a ajusticiarlo. El mismo jinete que había recapturado a Devendra y que la mantenía prisionera sin que ella tuviera la mínima sospecha. Sin embargo, no era el momento de acrecentar las penas, por lo que Stephen se guardó la información.

Durante el vuelo, Stephen ojeó los periódicos. En todos se hablaba de la aparición con vida de los dos científicos de la comisión y se barajaban conjeturas sobre su liberación o rescate por las fuerzas militares. La prensa daba cuenta de que se trataba del grupo científico más importante en la búsqueda de la cura contra la peste que amenazaba con diezmar la humanidad. El despliegue de los

medios de comunicación no era muy conveniente para los intereses del científico, quien prefería no llamar demasiado la atención para evitar que se juntaran evidencias que lo relacionaran con la aparición de la epidemia mundial.

La salud de Nazomi empeoraba con el paso del tiempo. Al llegar a su destino los médicos la pusieron en tratamiento de manera inmediata. Aunque Devendra no pertenecía a la comisión científica, las autoridades decidieron mantenerla vinculada. Tenía muchas cosas que contar y responder sobre su viaje y la forma como ocurrieron los hechos en el campamento a donde había llegado.

Al llegar, Stephen fue conducido al salón de reuniones donde lo esperaban, ansiosos, colegas, mandos militares y altos funcionarios de Azul, Verde y Rojo. El presidente de la Unión de Naciones encabezaba la reunión y sin muchos preámbulos presentó al científico. Se efectuaría un cuestionamiento general y luego se profundizaría en temas más puntuales y técnicos. Pidió entonces a Stephen, a quien todos miraban con expectativa, informar a los presentes sobre los acontecimientos desde la llegada a Enebro hasta el momento en que tomó el avión de regreso.

De manera pausada y tranquila, Stephen dio cuenta de los aspectos relevantes de la llegada, sus impresiones, la instalación en el hotel y el desplazamiento para la primera inspección y recolección de material para iniciar la investigación. Describió lo observado en el lugar de los hechos y cómo habían encontrado cientos de cadáveres diseminados por todo el campamento. Contó lo que recordaba del atentado y cómo aparecieron posteriormente en el campamento de los terroristas. Así narró toda la historia hasta que subieron al avión que los trajo de regreso. Los asistentes escucharon en silencio y con mucha atención la narración.

—En nombre de mi gobierno y en el de la comunidad internacional —dijo el funcionario de Azul—, queremos resaltar y agradecer su valentía y la de su colega. Ha sido una situación muy angustiante la que han tenido que soportar. Sin duda es un esfuerzo heroico el que han hecho para buscar el material biológico que servirá para iniciar los estudios y poder determinar la causa de las muertes. Por su relato podemos entender que en definitiva las muertes tienen un carácter selectivo y aunque no es un alivio, por lo menos sabemos que no tendremos una epidemia generalizada en toda la población.

—En estos momentos no puedo ofrecerles una explicación científica definitiva —dijo Stephen—. Sin embargo, puedo decirles con total certeza, que todos los muertos tenían algo en común: eran miembros de grupos armados, entrenados

para matar. Es decir, que el efecto de lo que sea que cause las muertes es selectivo con relación a este tipo específico de personas, aunque no pudimos determinar cómo y de donde apareció el elemento generador del contagio.

»El evento sucede de manera repentina —continuó Stephen—, sin que exista un mecanismo determinado de iniciación, pero el efecto sobre el organismo es casi instantáneo, no permite la asistencia o auxilio médico al afectado. Por el momento hemos descartado que se trate de un virus o una bacteria, pues no existe un organismo biológico que posea esa capacidad de matar de manera tan fulminante a un humano, en cuestión de minutos. Por lo que pudimos observar, se trata de un ataque de altísima precisión. Sin embargo, es poco probable que una persona, gobierno o grupo armado pueda manipular y dirigir una operación tan efectiva, ya que se desconoce el origen, la forma, el estado físico y la ubicación de la sustancia mortífera. Cuando exista la posibilidad de maniobrarla, estaremos frente al ejército más poderoso de la tierra».

Todos los presentes en el recinto quedaron atónitos con lo que acababan de escuchar. No podían dar crédito a la conjetura del científico.

—Lo que usted manifiesta es muy grave para la humanidad —dijo el funcionario de Rojo—. Hemos tenido y sorteado muchas amenazas, pero no recordamos algo como lo que acaba de describir. Tendremos que movilizarnos a nivel mundial de manera urgente para encontrar una cura o antídoto contra esa plaga. Se hará necesario realizar una asamblea extraordinaria con los mandatarios de todos los países del mundo. Es importante que la prensa no se entere de esta información, para no generar pánico ni afectar la economía mundial.

Se acordó que Stephen sería custodiado hasta tanto no se tomara la decisión de trasladarlo a un lugar donde pudiera continuar la investigación científica. Por el momento, podría descansar mientras llegaban los días agitados del revuelo mundial, en donde su participación sería determinante.

Condujeron al científico a una habitación especial, tan elegante que parecía más bien una suite de hotel de lujo. Stephen preparó el jacuzzi para relajarse. El agua caliente y los aromas de la espuma le sentarían muy bien. Se dejó envolver por los plácidos sonidos de la música zen que le agradaba escuchar en los momentos de meditación. Necesitaba analizar con mucha calma el comportamiento que debería seguir ante la situación en la que se encontraba. Miró a su alrededor y se sintió con la tranquilidad de saber que por ahora no era posible que conocieran su secreto. Tenía todas las posibilidades de maniobrar según las conveniencias.

Una sensación extraña de deleite invadía a Stephen cuando pensaba en que una

de las prácticas más antiguas del hombre tendría que desaparecer muy pronto. Al fin cada ser humano tendría que admitir a los demás como parte integral de su existencia, comprendiendo la unidad del universo que conecta todo lo existente. Tanto la vida como la muerte se encuentran indisolublemente ligadas a los seres vivos, pero quitar la vida a una persona representará ahora para el homicida prescindir de la suya de manera automática, y con esa condición no hay criminal que actúe, pues si bien el asesino tiene la osadía para matar, también es cobarde en grado sumo cuando se trata de su propia vida.

Estos pensamientos llenaban a Stephen de infinito placer. Estaba en sus manos cambiar la forma de convivir en todas las sociedades del planeta. De lograrlo, no podría existir ningún ser humano que obtuviera el poder y se aferrara a él sacrificando vidas humanas; no habría líderes dogmáticos que fomentaran las guerras para obligar a los demás a pensar como ellos; no habría necesidad de producir armas, por lo que se acabarían los ejércitos. La imaginación y la creatividad del hombre se podrían concentrar en generar beneficios comunes, la prosperidad sería global y como nunca antes, todos los recursos de la tierra se repartirían en forma ecuánime entre todos los habitantes. El conocimiento se compartiría para el desarrollo y bienestar de la humanidad.

Arrullado por sus pensamientos idealistas, Stephen se quedó dormido. De pronto, el sonido del teléfono lo despertó. Al otro lado de la línea una mujer le informó que debía estar listo en pocos minutos para una reunión de emergencia.

Stephen regresó de prisa al recinto donde horas antes había presentado su informe y se encontró con las mismas personas, incluyendo al presidente de la Unión de Naciones, el cual retomó la palabra.

—Señoras y señores —dijo—, en las próximas horas llegarán los mandatarios más importantes del mundo a esta ciudad. Su visita ha alertado a los medios de comunicación, que se encuentran desconcertados ante esta citación de urgencia. Hay demasiada presión para obtener información sobre el objetivo de este inesperado encuentro.

El funcionario le ordenó a Stephen preparar un discurso que explicara en términos técnicos la situación de riesgo en que se encontraba el planeta y lo que podría significar para el futuro de la humanidad. El propio científico quedaba delegado para comunicar el mensaje a los presidentes. Después de la cumbre mundial, estos podrían suministrar la información para que los medios la hicieran pública. Por primera vez en la historia se citaba de emergencia a los líderes mundiales para escuchar a un desconocido.

Complacido por la responsabilidad que le habían delegado, Stephen se dispuso a elaborar el informe para transmitirlo de manera oficial a los presidentes. No le resultaba muy difícil, pues había cavilado durante largas horas sobre la manera en que debía explicar los sucesos y hacer comprensible, y en cierta forma manejable, la desventura que enfrentaría la humanidad. Lo invadía la curiosidad de conocer la posición de aquellos presidentes que estaban marcados con las moléculas del homicidio, o la de aquellos dictadores que tras décadas en el poder se sostenían utilizando el terror y el exterminio de sus contradictores o aquellos otros a quienes las poderosas multinacionales fabricantes de armas sostenían en el poder.

Al cabo de unas horas Stephen entregó el texto de lo que sería su intervención frente a los mandatarios. El presidente de la Unión de Naciones lo leyó con detenimiento y su rostro mostró una señal de preocupación que no supo ocultar. El documento era concreto en cuanto a lo que debía informar y presentaba unas conclusiones y recomendaciones precisas, dirigidas cada gobierno con el fin de contener, al menos por un tiempo, el impacto sobre la gran mayoría de la población. No todos estarían dispuestos a implementar las acciones que se planteaban, como por ejemplo la de desmontar de manera gradual los ejércitos, ya que se vivían momentos de alta tensión con grupos terroristas fuertemente armados por todo el mundo, o países que ensayaban armas de destrucción masiva y amenazaban con usarlas contra sus vecinos, o conflictos fronterizos y religiosos en vastas regiones del planeta. En las circunstancias actuales no parecía viable que se acogiesen las sugerencias y recomendaciones que contenía el documento, pero sería necesario mencionarlas porque de alguna manera constituían parte de la solución o prevención. Stephen fue autorizado a dirigirse al más selecto grupo de gobernantes, en cuyas manos estaba generar el cambio en las conductas humanas o continuar con la guerra y la destrucción.

## CAPÍTULO XI

Los presidentes esperaban a Stephen en el majestuoso salón donde estaban citados. Se trataba de un elegante auditorio, con capacidad para muchas personas. La presentación del escenario, con ramos de hermosas flores que embellecían y daban un exquisito toque de sobriedad exótica a todo el ambiente le hizo sudar las manos como producto de la ansiedad y los nervios, justo antes de salir a exponer el informe. Sin embargo, su enorme deseo de llevar a buen término su descubrimiento lo impulsó a considerar que de sus palabras y la convicción que reflejara su conocimiento sobre el tema dependería el futuro del planeta.

Se trataba sin duda de demasiada responsabilidad para una sola persona, pero así lo había visualizado y aceptado. Cada detalle había sido considerado para capturar la atención del prestigioso público. Un escenario bien iluminado, el impecable traje negro y todas las técnicas de oratoria que debió aprender al cursar su doctorado. Estaba listo.

El presidente de la Unión de Naciones dirigió un solemne saludo a cada uno de los mandatarios y explicó con brevedad el motivo que los convocaba con tan extrema urgencia.

—Como es de conocimiento general —dijo—, nos encontramos en una situación que podría poner en riesgo la seguridad de nuestro planeta y la vida humana, en presencia de un nuevo modelo de amenaza biológica para los humanos, por lo que tendremos que encontrar una solución lo más pronto posible antes de que dicha amenaza se haga efectiva en todas las regiones del mundo. Por esto contamos con la presencia de la persona que ha experimentado más de cerca estos ataques y vive para contarlos. Se trata de uno de los científicos más destacados que tiene el proyecto de investigaciones de la Unión de Naciones y en cuyas manos podría estar la esperanza de encontrar la cura para la amenaza que hoy nos convoca.

Luego de recibir al científico con un aplauso, le señaló el atril, indicándole que era su turno para dirigirse al auditorio.

—Honorable jefe de Estado y líderes de las naciones del mundo —comenzó diciendo Stephen—, pocas personas han tenido el privilegio de dirigirse a un

público tan especial y exclusivo como ustedes. Me corresponde en esta oportunidad brindarles la información científica que hemos podido recolectar hasta el momento, con base en experiencias vividas en Enebro y el análisis de la información de otras regiones donde se han presentado los brotes de la nueva sustancia mortífera para los humanos.

»Dicho elemento —prosiguió el científico— está todavía por determinarse, pero sabemos con alto grado de certeza que ataca de manera selectiva a personas que de alguna manera han tenido la aciaga práctica del homicidio. Estuvimos en lugares en donde en cuestión de minutos se desplomaban a nuestros pies decenas de hombres armados, con sus cerebros calcinados. Y, sin embargo, como pueden ver, ni mis compañeras ni yo sufrimos ni una cefalea.

»A diferencia de todos los patógenos que desde su origen ha tenido que soportar la civilización humana, el caso que nos ocupa mata como el más mortífero de los venenos en escasos minutos, sin permitir al afectado la posibilidad de ayuda médica como opción de salvación de vida. Una vez elegida por la desconocida sustancia, la persona está condenada a morir sin opciones. Para referirnos a la causa de las muertes, hemos decidido adoptar el nombre que se le diera en un comunicado anónimo. En adelante, la denominaremos sindéresis. Dicha sustancia no responde un patrón regional o climático o de ubicación en el planeta para aparecer. Surge de la nada en cualquier momento y en cualquier parte, incluso podría presentarse ahora en este paraninfo».

Al escuchar esto, los asistentes se miraron entre sí con cierto sobresalto, no fuera que la cabeza del vecino empezara a crecer hasta reventar, aunque el mayor temor estaba en lo que podría pasar con la propia, pues cada uno conocía sus propios pecados y muy pocos saldrían bien librados si se expusieran a la sindéresis.

—Desconocemos el origen de la sindéresis —dijo con energía Stephen—. Si su creación ha sido obra de una mente humana, estaríamos frente a la disyuntiva de saber si su existencia constituye un beneficio o una desventura para la actual civilización. El beneficio estaría representado por la posibilidad de acabar de manera definitiva con el crimen en el mundo. Por primera vez podremos dejar de perseguir criminales; será posible abolir las cárceles; el mundo podrá vivir sin armas; los estados y gobiernos del mundo podrán prescindir del aparato de justicia para procesar criminales, ya que existirá una justicia natural, correcta e incorruptible. Se deberá eliminar la pena de muerte ya que nadie podrá ordenarla y tampoco habrá nadie que pueda ejecutarla sin ser afectado y eliminado por la

acción de la sindéresis. No existirán asesinos en serie, bastará el primer homicidio para su aniquilación. Las guerras entre naciones terminarán, pues ninguno de los bandos podrá sobrevivir para celebrar la victoria. En términos generales, podríamos decir que estamos frente a la paz mundial, la justicia, y la igualdad social. El progreso de la humanidad podrá ser, a partir de ahora, objetivo de todos los gobiernos, cualquiera que sea la línea de color que los oriente.

»Por el contrario, si consideramos el panorama como una desventura, tendremos que prepararnos para incontables muertes y bajas militares en todo el mundo, ya que no solo caerán bandidos y criminales, sino también soldados y policías que en el ejercicio de sus funciones hayan tenido el infortunio de matar. De la misma manera caerán los civiles que habiendo sido autores de homicidios los hayan mantenido en secreto o hayan sido absueltos por una justicia corrupta o ineficaz. La cantidad de personas variará entre millares en países en guerras y conflictos internos a centenares en países más pacíficos. Sea como sea, ninguno saldrá ileso de la tragedia que se avecina una vez el nuevo modelo biológico se extienda por todo el planeta. La economía mundial se verá muy afectada; los movimientos migratorios se reducirán considerablemente. Todos querrán huir, pero no habrá sitio a dónde ir. El pánico y el terror podrán hacer presa de los habitantes, por lo que cada gobierno tendrá que desarrollar de manera inmediata estrategias de divulgación para informar a la población sobre los acontecimientos que se aproximan y no se perciba como el fin de la humanidad. La información masiva llegará por igual a los posibles implicados, quienes no tendrán más remedio que esperar el momento del contagio que más temprano que tarde sucederá, incluso si se ocultaran bajo tierra.

»Es importante que sepan —enfaticó Stephen—, que cualquiera que sea el enfoque, tanto la desventura como el advenimiento del nuevo orden sucederán. Primero la desventura y posteriormente el nuevo orden mundial producto del beneficio de habernos podido librar de la injusticia y la maldad. Sin embargo, estamos tan acostumbrados a vivir en medio de la violencia que parece imposible que algún día podamos hacerlo en armonía total. Pasamos la mayoría del tiempo preparándonos para la guerra y buscando ser cada vez más sofisticados y letales para con el enemigo. La creatividad, lo mejor de la ciencia, las mentes más brillantes, los mayores recursos y los mejores inventos y descubrimientos de la humanidad los hemos dedicado al perfeccionamiento de la guerra.

»Pues bien, —dijo Stephen—, considero que dicho afán ha terminado. Será difícil adaptarse y acostumbrarse. Tal vez el mundo se torne muy aburrido, pues

disminuirán el vértigo y la adrenalina que nos producen mantenernos a la defensiva o al ataque, pero será cuestión de tiempo entender que el único propósito de nuestra existencia no debe ser la autodestrucción. Como lo he mencionado, el tiempo para la muerte de la persona afectada es demasiado corto. Si hay contagio, el homicida no tendrá salvación. Las posibilidades de contar con un tratamiento, por ahora, se limitan a la prevención».

Stephen hacía rato había abandonado el libreto acordado y aprobado previamente, pero de todas maneras mantenía estupefacta a toda la concurrencia. Había logrado enviar el mensaje que deseaba, así que consideró oportuno concluir su intervención y dar paso a las preguntas de los asistentes para puntualizar sobre las dudas.

Hubo aplausos insípidos, más por la costumbre y el protocolo que por complacencia por la información ofrecida por el científico. El anfitrión del evento tomó de nuevo la vocería para dirigirse a los presentes y oficializó el orden de las preguntas de los jefes de Estado que deseaban participar. El primer lugar le correspondió obviamente al presidente de Azul. El hombre se dirigió al estrado con paso seguro y recio. Era la primera vez desde que lo habían elegido que se disponía a hablar frente a sus colegas sin tener un discurso preparado.

—Respetados colegas y amigos —dijo el presidente—, si consideramos que muchos de nosotros deseamos exponer nuestros puntos de vista y que no existe un protocolo previo para esta reunión extraordinaria, trataré de ser muy concreto en mis apreciaciones.

»Durante el tiempo que llevamos en esta reunión, he recibido a través de mis asesores información de sucesos que en mi calidad de presidente debo conocer. Me informan, por ejemplo, que un ciudadano ingresó armado a una escuela y abatió con arma de fuego a por lo menos quince de sus compañeros. Otra información indica que se presentó un asalto a una entidad bancaria, que dejó como resultado una veintena de muertes. En un país al que apoyamos para restablecer el orden democrático emboscaron una columna de nuestro ejército, dando lugar a lo que podría ser una de las más graves bajas sufridas en los últimos años. Todo esto durante el lapso de tiempo en que nos enteramos de la llegada de la justicia implacable contra el crimen.

»De acuerdo con lo expresado por el profesor, estos acontecimientos no se volverán a repetir, lo cual debería ser la forma de vida que nosotros como dirigentes debemos garantizar a nuestros ciudadanos. Sin embargo, la realidad nos muestra que la economía mundial y desde luego la de Azul, están

fundamentadas en la guerra. Desmontar ese ensamblaje implicará mucho tiempo y enormes recursos financieros. La eliminación de las solas armas de destrucción masiva nos tomaría por lo menos veinte años. La venta de armamento, aviones y helicópteros de guerra constituye una de nuestras principales industrias, de la que dependen miles de empleos. Nuestra estructura militar, la más poderosa del planeta, está integrada por miles de hombres y mujeres en los que el Estado ha invertido enormes cantidades de recursos económicos, además de las cantidades en las flotas de naves, submarinos, aviones, helicópteros y toda la tecnología asociada a estos equipos. Si la situación es como la describió el profesor, no sabríamos que hacer, ni con los militares, ni con toda la infraestructura que hemos generado para defender nuestro país y hacer frente a nuestros enemigos. Garantizar los recursos naturales requeridos para mantener el nivel de vida de mis compatriotas por muchas generaciones hace necesario mantener el control sobre algunos territorios en la tierra y eso se logra solo con la fuerza y el poder de las armas.

»La situación planteada por el profesor —prosiguió el presidente—, conllevaría a una igualdad para la cual los humanos no estamos preparados. Siempre tendrá que existir alguna diferencia. La equidad y la justicia social que se pregona en nuestros discursos no es sino una forma de prometer esperanza, con el fin de mantener y asegurar la subordinación. Sin embargo, quienes prometemos sabemos que esa igualdad no es posible de implementar en el mundo en que vivimos. En mi caso en particular, no puedo regresar a mi país a desmontar toda la seguridad, creada con muchísimo esfuerzo y cantidades inconmensurables de recursos y la cual es orgullo de todos y cada uno de los habitantes de mi país. Considero que debemos esperar para ver el desarrollo de la plaga. Dejemos pasar un tiempo y es posible que entonces nos volvamos a reunir para plantear soluciones definitivas. Por el momento, aceptaremos las recomendaciones de precaución manifestadas por el profesor, mientras encontramos la vacuna».

Stephen había previsto cuáles serían las posiciones que adoptarían los diferentes mandatarios y esta se acercaba a lo que había imaginado; en el mismo sentido, otros países se manifestarían, sobre todo si dependían colorimétricamente de él.

Le correspondió el turno de intervenir al presidente de Cerúleo, quien pidió la palabra pues al fin y al cabo allí fue donde surgió la epidemia y aunque no era muy honroso, al menos le daba el privilegio de participar y hacer la solicitud de apoyo al prometedor proceso de paz que adelantaba en su territorio.

—Cerúleo —dijo el mandatario— es considerado como uno de los países más violentos del planeta. Las revelaciones del profesor el día de hoy son para nosotros la esperanza de un futuro mejor. Estoy convencido de que un país en paz es un país próspero y con mayores posibilidades para todos. Es por eso que desarrollo un proceso de pacificación que concluya con acuerdos de dejación de armas y fin total del conflicto. Sin embargo, al escuchar el análisis, se podría asumir que ya no es necesario continuar con esos desgastantes procesos, pues habrá una justicia natural que obrará sobre los insurgentes, estén de acuerdo o no en firmar la paz. Quienes sobrevivan a la acción de la sindéresis no solo podrán ser indultados, sino que se les podrá reconocer algún grado de inocencia en las actuaciones vandálicas en las que han participado y podrán reintegrarse a la vida civil con todos los beneficios que ello conlleva. De todas maneras, no podré regresar a mi país y anunciar la terminación de los diálogos, algo que no hice antes, incluso teniendo mayores argumentos para hacerlo. Por lo tanto y considerando los anuncios del profesor sobre el nacimiento de la justicia natural, voy a informar a los integrantes de los grupos armados con quienes se desarrollan las conversaciones sobre el peligro que ha surgido y les concederemos la oportunidad de firmar dignamente un documento de paz para que la historia lo registre como un hecho voluntario de parte de ellos. Espero que todos ustedes entiendan mi posición y comprendan y apoyen la decisión de firmar, aun con las absurdas y casi inadmisibles peticiones de los rebeldes. Claro que ahora esas exigencias ya no importan mucho, porque con la aparición de la sindéresis la suerte está dictada.

El apoyo al mandatario fue total y como muestra de ello recibió una cascada de aplausos de sus colegas. El mensaje fue tan contundente que todos los líderes de aquellos estados que se encontraban en situación similar se comprometieron a convocar y firmar los pactos de paz que fueran necesarios; de paso, daría mucho crédito político a los mandatarios, la mayoría muy desprestigiados y con necesidad de un respiro en su declive de popularidad. Sería la primera señal de la llegada de la paz a todos los confines de la tierra.

Muchos líderes deseaban hablar, así que se solicitaba ser muy concretos en la posición y decisiones que anunciarían. Le correspondió el turno al representante de un país cuyo nombre se componía de dos palabras: Rojo Oscuro. Rojo por la línea colorimétrica de la potencia y Oscuro por la hermeticidad de su gobierno y el futuro opaco y desesperanzador de su pueblo. A pesar de ser muy pequeño, se caracterizaba por ser en extremo bélico. En este caso hablaría un funcionario que

estaba en representación de su presidente, quien no asistía a eventos internacionales porque desde que había asumido el poder, heredado de su padre, se sentía amenazado por casi todos los gobiernos del planeta a quienes había declarado enemigos.

—Respetados mandatarios —dijo el funcionario—, nuestro presidente no pudo asistir a este evento por recomendaciones expresas de la Agencia de Seguridad de nuestro Estado, pero si él se encontrara en este recinto no aceptaría tener que prescindir a partir de ahora de los quinientos hombres que conforman su guardia privada ni que eventos como este no representarían ningún riesgo para su integridad física y pudiera disfrutar de los placeres y paisajes de muchas regiones del planeta. Debo confesarles que me será de verdad difícil insinuar a nuestro presidente que puede detener la carrera armamentista, base de la política interna y externa de nuestro gobierno. Estamos rodeados de enemigos y el único que puede enfrentarlos es nuestro líder supremo con la ayuda de toda la población. Por lo tanto, la inmensa mayoría de ciudadanos desean integrar el ejército en cualquier modalidad y por eso es la principal fuente de empleo del país. Sugerir que todo esto se elimine, significaría mi ejecución. Ni el líder ni la clase dirigente podríamos mantener el poder sin la amenaza a nuestros vecinos como instrumento para parecer peligrosos y fuertes desde el punto de vista militar. Podríamos ser invadidos y perderíamos el territorio libre de influencias extranjeras que hoy poseemos.

»Por lo tanto —prosiguió el funcionario—, aceptaremos que existe una amenaza global, pero nuestras decisiones se enfocarán en la búsqueda de la protección de nuestro líder, que podría ser contagiado con la sustancia descrita por el profesor. Como ustedes saben, nuestro país tiene institucionalizada la pena de muerte como estrategia para garantizar el respeto por el régimen y por nuestro líder. Cada año debemos ejecutar unas dos mil personas, lo que demuestra que mantener la medida asegura el temor en la población y la perpetuidad de la dinastía. Para finalizar, informo a nuestros vecinos que por el momento no intentaremos negociaciones y que solo en caso de observar el avance inevitable de la peste podríamos pensar en acuerdos definitivos de amistad, como presuntamente sucederá en todo el planeta ante esta nueva realidad».

Las manifestaciones del delegado no fueron muy alentadoras. Su intervención era la más clara expresión del ego de su líder. Incluso encontrándose al borde del abismo y el colapso total, este individuo insistía en avasallar a toda una nación

por medio del terror y la humillación de sus habitantes. «Ese régimen no tendrá futuro cuando lo invadan la justicia y la equidad de la sindéresis», pensó Stephen.

Oliva tenía influencia de Verde y estaba anclado en una vasta región del continente de los desiertos y las selvas. Su presidente sobresalía entre todos no solo por su enorme estatura, sino por la túnica blanca que vestía y el pequeño gorro multicolor que llevaba en su cabeza.

—Investigaciones científicas recientes —dijo el hombre— confirman que nuestro continente fue el lugar de origen de la especie humana. Sin embargo, pareciera que fuese también el lugar del exterminio. En la actualidad es uno de los lugares del planeta con mayor violencia y degradación de los conflictos en los distintos territorios que conforman el continente. Es como si el concepto de lo humano de repente hubiera desaparecido y volviéramos a ser las bestias salvajes de hace milenios. En nuestro continente los grupos insurgentes atacan no solo para matar, sino como parte de una voraz casería que incluye la violación de mujeres y niños, los descuartizamientos y hasta el canibalismo. No podría explicar en qué momento desarrollamos culturas tan violentas en nuestra región, pero lo cierto es que el único afán y demanda de los grupos criminales es el poder y la ostentación del estatus que ofrece la riqueza, que puede llegar a través del narcotráfico, el comercio de armas, de recursos naturales, el tráfico ilegal de animales salvajes y la trata de personas como esclavos sexuales.

«Por esto declararé abiertas de forma oficial las fronteras de Oliva, para que la sindéresis ingrese sin obstáculos a la totalidad de nuestro territorio y en buena hora permita liberar a nuestro pueblo de la barbarie criminal que nos azota. Es posible que muchos hombres de nuestro ejército sean sacrificados por la noble causa de acabar definitivamente con los bandidos, que tienen inmerso a mi país en la desesperanza y el horror, sin que hayamos podido enfrentarlos y erradicarlos».

Continuaron pasando al estrado los líderes y tomó la palabra el presidente de Ante, un país cuya línea cromática era compleja de definir, pero de alguna manera estaba influenciado por Amarillo y por Rojo. Había sido elegido hacía poco y por sus estrategias de gobierno tenía la más alta popularidad entre todos los mandatarios de la región.

—Como es de su conocimiento —dijo el presidente de Ante—, he utilizado el discurso de cero tolerancias con la criminalidad para acceder al poder. Ahora que me encuentro al mando he preparado las fuerzas militares para garantizar la seguridad y tranquilidad de los ciudadanos. El método que utilizamos es el

exterminio sin contemplación de cuanto bandido, criminal o terrorista aparezca en el camino. Pronto implementaré el ajusticiamiento público en la horca por actos delictivos, cualquiera sea su magnitud. Estas decisiones me mantienen en la cúspide de la aceptación y por esto el pueblo me aclama. Yo soy la sindéresis de mi nación y no voy a admitir que nada ni nadie suplante mi autoridad. Con arrogante gesto de predominio el individuo se retiró, sin esperar y desde luego sin recibir la más mínima señal de aprobación a sus anuncios.

No podía terminar la reunión sin la participación del líder de Violeta, un pequeño país del tamaño de una ciudad, pero cuyo poder e influencia abarcaban casi todo el planeta. El líder, vestido de sotana blanca y capa morada sobre los hombros, se dirigió a los asistentes de manera pausada y serena.

—Parece ser que la realidad que nos ahoga con el surgimiento de esta nueva amenaza para la vida nos permite deslizar el velo de la hipocresía, a la que en este tipo de eventos se le conoce como diplomacia. Puedo decir esto porque con la mayoría de ustedes he tenido la oportunidad de reunirme y sin excepción, todos me han dicho en su momento que son líderes de la paz mundial. No obstante, hoy observé algo más sincero en sus planteamientos. He podido escuchar de sus propios labios que la guerra es un negocio necesario para mantener la economía de un país, en especial de las potencias. Hoy, en este recinto, hemos reconocido que la muerte, la tragedia y el dolor de algunos constituyen la plétora y el despilfarro de otros.

»De la misma manera como esa sinceridad en ustedes ha sido expuesta en esta reunión, debo manifestar que el afán por difundir los dogmas y ganar adeptos en el mundo han cobrado así mismo muchas vidas, sobre todo cuando su tendencia está dirigida al radicalismo y el fundamentalismo. En un pasado no muy lejano, mis antecesores contaban con grandes y poderosos ejércitos encargados de extender la doctrina de la religión por todo el mundo y en muchos casos se tenía que lograr a sangre y fuego. Por lo tanto, ni siquiera nosotros, como estado dogmático, podemos decir sin impudor que no hemos participado en guerras, muchas de las cuales provocamos y generamos nosotros mismos. Tampoco puedo decir que el objetivo único y exclusivo de los dogmas es el de predicar la palabra y enseñanzas de un Dios. Lamentablemente ha existido la ambición y la codicia para incrementar las riquezas y el poder a lo largo de nuestra historia y cuando se busca el caudal material y el dominio con poder, por lo general se cometen atropellos y crímenes para lograrlo.

»Lo que sobreviene a la humanidad con la aparición de la sindéresis nos

conducirá a reconocer la igualdad entre todos los individuos y de esta manera surgirá la paz y una vida colmada de bendiciones. El advenimiento de la justicia natural, de la cual tenemos conocimiento pleno en esta reunión, es la manifestación divina de la existencia de un Dios que impondrá el orden y hará que la humanidad reconozca el auténtico valor de la vida humana. Bastará el impacto y las demostraciones contundentes que se avecinan para que el hombre por fin comprenda y acepte la existencia de algo superior que posee la autoridad necesaria para darle un giro total a nuestras existencias. En adelante, nadie tendrá el derecho a decidir sobre la vida de otra persona, ni siquiera la propia justicia en derecho creada por los hombres, razón por la cual me inclino a bendecir y agradecer el inicio de una nueva era para la civilización humana. No solo se prolongarán los años de vida de las personas, sino que hará de ella un hecho sublime y hermoso, que borrarán para siempre de la memoria el dolor y la tragedia de las guerras.

«Por lo tanto —continuó el pastor—, de regreso a Violeta emitiré las ordenes correspondientes para eliminar la guardia pretoriana asignada de manera exclusiva a mi protección. Los recursos del sostenimiento de dicha guardia, así como un porcentaje importante de las fortunas de Violeta serán destinados a ayudar a los países más pobres del planeta, llevando agua potable y alimento. Pero lo más importante es que estas acciones las realizaremos sin la condición evangelizadora con la que hasta ahora se venían desarrollando nuestras obras de caridad. En adelante serán acciones verdaderamente filantrópicas. Esta será una nueva forma de establecer la relación con el mundo, pues con seguridad los cambios sociales que se produzcan con la desaparición del homicidio provocarán que la gente no necesite los dogmas para llevar una vida despreocupada y feliz. Es muy posible que tampoco se requiera de pontífices, monarcas, reyes o dictadores eternos. La política mundial tendrá que cambiar y empezaré por el Estado que represento».

Las palabras del pontífice enmudecieron el auditorio durante eternos segundos, hasta que alguien del rímero empezó a murmurar. El balbuceo se convirtió en bullicio y pronto se manifestaron los gritos de algunos reconocidos dictadores con varias décadas en el poder, que no podían ocultar su indignación frente a lo declarado por el pontífice porque eso significaba, ni más ni menos, la agonía del poder, algo que para ellos era más relevante que la propia vida de su pueblo.

El desorden que se produjo en el recinto obligó a Stephen a tomar el micrófono y dirigirse con vehemencia al auditorio.

—Vamos a terminar la reunión —advirtió Stephen— para que puedan iniciar sus viajes de regreso a sus respectivos países. Cada quien tomará las decisiones de acuerdo al desarrollo de los acontecimientos. A cada delegación le será suministrada una carpeta con medidas preventivas para implementarlas de manera inmediata con los grupos más vulnerables a la amenaza. Sin embargo, son medidas temporales para mitigar el avance de la sindéresis por todo el planeta. Estaremos desde aquí en contacto con quienes lo necesiten y acudiremos con asesoría, si así lo estiman conveniente.

## CAPÍTULO XII

Se declaró entonces cerrada la sesión. Cuando intentaba abandonar el auditorio, Stephen fue abordado por los mandatarios. Todos tenían dudas e inquietudes, a pesar de la claridad de la información presentada en la reunión; algunos se resistían a creer que algo invisible e intangible estuviera poniendo en peligro su poder dictatorial, que no se cansarían nunca de explotar.

El presidente de Cerúleo esperó pacientemente a que terminara la embestida de preguntas a Stephen y aprovechó el momento justo en que el científico pudo librarse para contactarlo. Le solicitó con respeto que lo escuchara, pues lo único que deseaba era invitarlo a cenar como ciudadano de Cerúleo que era y de paso beneficiarse de su asesoría sobre las medidas urgentes que debería implementar en su país. A pesar de la gran carga laboral y obligaciones que se le venían encima Stephen accedió, pues no sabía cuándo se volvería a presentar la oportunidad de dialogar con este mandatario en particular.

Stephen descansó algunas horas en su hotel antes de acudir a la cena con el presidente. Afuera lo aguardaba un lujoso auto negro del cual bajó un hombre muy bien vestido que le abrió la puerta con ceremonia y lo invitó a subir. Dentro del vehículo un asistente le ofreció una copa de coñac que Stephen disfrutó plácido durante el trayecto hasta el edificio de la embajada, en donde lo esperaban el mismísimo presidente y su elegante esposa.

—Bienvenido, profesor —dijo el presidente, presentándole a su cónyuge. La señora, muy cordial y afectuosa, los invitó a seguir al salón principal, decorado con hermosas obras de arte y pinturas exquisitas de artistas de Cerúleo. Después de enseñarle los cuadros más importantes, el presidente invitó a Stephen a un salón privado, cerró las puertas y él mismo se ofreció a servir una copa de licor.

—Excúseme —dijo el presidente— si pretendo ir muy rápido en este asunto, pero no dispongo en estos momentos de asesores en los que confiar para tomar las decisiones más acertadas. Como les informé en mi intervención, mi país adelanta la firma de la paz con uno de los grupos terroristas más beligerantes y persistentes que ha tenido el planeta en los últimos cincuenta años. A pesar de los horrores causados por estos bandidos, estoy en verdad interesado en traer la

tranquilidad a mi país. Como se evidenció en nuestra reunión del día de hoy, existen muchos intereses por mantener la guerra y por eso llevamos más de cincuenta años de conflicto armado, pues siempre hay alguien interesado en alimentarla. Ahora bien, la noticia sobre la aparición de la sindéresis cambia de manera radical las estrategias de negociación que veníamos implementando. La duda ahora es cómo debo proceder.

El presidente fijó su mirada indecisa en los ojos de Stephen, como quien espera la iluminadora respuesta a un problema de difícil solución.

—La existencia de los terroristas —dijo Stephen— es producto de la sociedad que el propio Estado fue construyendo con el tiempo. Una clase privilegiada y dueña del poder descuidó y abandonó a la clase humilde. No hizo nada para incluirlos y generarles opciones dignas, por lo que el único camino que permitió fue el de la insurgencia. Como quiera que sea, esas personas son ciudadanos y necesitan una oportunidad, al menos de su parte, porque la sindéresis no concede segundas oportunidades.

» El problema —agregó Stephen— es que el accionar de los grupos insurgentes ha facilitado el surgimiento de bandas de toda índole dedicadas al delito, cuyas ganancias económicas son tan elevadas que les han permitido acceder a los círculos de poder utilizando sus dineros de dudosa procedencia. Y ahora el pueblo ya no sabe qué es peor, si los oligarcas perpetuos o los mafiosos, bandidos y asesinos que buscan el poder para saquear los recursos públicos, manteniendo y agravando el hambre y la miseria. La infiltración de estos criminales en el Estado fue comprobada en meses recientes por la acción de la sindéresis en el edificio del Congreso, como usted recordará.

«Ese círculo social enquistado en las esferas gubernamentales —le expresó Stephen— es el que ha propiciado la guerra y otros factores de violencia y muerte, como el narcotráfico. La solución siempre estuvo a la mano, pero la avaricia, la codicia y el abuso de poder han conducido a esta caótica situación».

El presidente lo escuchaba en silencio, con cierta vergüenza en su rostro, como si lo que oía fuera una realidad que todo el mundo conocía, pero nadie se atrevía a decir, porque aceptaban que en ese país unos vivían de la estrella del presidente y otros como simple caterva.

—No obstante —continuó diciendo Stephen—, usted desea terminar la guerra y brindar a los alzados en armas igualdad de oportunidades, que es por lo que han luchado durante tantos años. Por lo tanto, hay que salvar la situación y para

eso se deberá proteger, hasta donde sea posible, a los negociadores del grupo armado. Ellos deben ser informados sobre lo que ha surgido en el planeta para poder convencerlos de abandonar de inmediato las armas y concentrarse en los sitios «seguros» que el gobierno les proporcione. Posteriormente se hará necesario retirar todas las tropas del ejército que se encuentran divididas por todo el país. Es vital efectuar un censo con el fin de establecer quiénes han participado en combates e incurrido en el asesinato como parte del servicio. Aquellos con parte positivo deben resguardarse en zonas especiales para brindarles unas condiciones de seguridad que les permitan ampararse el mayor tiempo posible antes del inminente contacto con la sindéresis. Los demás podrán quedarse en los cuarteles en condiciones normales para esperar nuevas decisiones.

»Además de los bandidos —confirmó Stephen—, van a morir muchas personas que aparentemente no tienen nada que ver con el conflicto, pero han matado a alguien y deambulaban por el territorio como cualquier persona normal. Esto va a generar muchas tragedias familiares, como las que esperan a los padres, cónyuges, hijos, hermanos, etc., de los militares, que sufrirán por su muerte y en muchos casos quedarán huérfanos, desprotegidos o como derelictos. Por lo tanto, se debe implementar de manera inmediata un fondo para la atención de todas estas personas. Todos los recursos posibles deberán ser dedicados a su bienestar.

»La situación se tornará cada vez más compleja —prosiguió Stephen—, los cuerpos de socorro no darán abasto en la recolección, sepultura y cremación de los cadáveres. Hay que dedicar esfuerzos a esta labor para evitar la aparición de otro tipo de epidemias. Las ciudades y el campo se verán muy afectados y no habrá espacio en las morgues para tanto exánime. Desde ahora deberán prepararse las prisiones pues mayoría de los reclusos y algunos guardianes serán afectados por la epidemia. Los individuos que hayan cometido yerros diferentes al homicidio deberán ser trasladados a centros carcelarios especiales donde reciban un tratamiento prioritario para resolver su situación jurídica. Con el tiempo, las prisiones no serán necesarias. Podrán ser destruidas en su totalidad y construir en su lugar escuelas, industrias, viviendas y toda infraestructura que sea de mayor beneficio para la población. No olvide, señor presidente, que mientras esto suceda en su querido Cerúleo, el mundo estará viviendo de manera simultánea los mismos o peores horrores. Al menos usted llegará preparado para tomar una serie de decisiones que le permitan maniobrar y atender los puntos

más críticos.

«Aproveche el tiempo que le queda en el poder, señor presidente, para hacer los cambios y ajustes que siempre soñó, pero nunca ha podido materializar. Ahora puede apartar los temores, cambie el sistema de salud, que está diseñado para enriquecer a unos pocos y no para atender con calidad a toda la población; modifique el sistema educativo, que contempla la formación de mentes anodinas; cambie el sistema de justicia, pues aunque en adelante dispondrá de un juez natural, la actual está plagada de corrupción; transforme el sistema económico para que no sean los bancos y sus amigos los especuladores quienes se aprovechen y se queden con los recursos que con mucho trabajo y esfuerzo consigue la gente; sustituya el sistema político para que sean los mejores ciudadanos, los más honestos y capacitados y no los caciques, delfines, mafiosos y corruptos los que representen a los ciudadanos en los cargos de elección popular. Permita el acceso a los altos cargos del gobierno a los profesionales más preparados y no a recomendados políticos que solo pretenden la mamandurria del Estado. Cuando pueda actuar a conciencia, sus decisiones siempre serán las más adecuadas. Cerúleo iniciará una nueva era y con los cambios en todos los campos del sistema, la pesadilla de la sindéresis se asumirá como una necesidad humana y entonces usted pasará a la historia, no solo como el hombre de la paz sino como la verdadera revolución de la vida de toda una nación».

A esta altura de la conversación ya habían bebido más de dos copas, lo que facilitó a Stephen expresar con franqueza y atrevimiento al presidente de Cerúleo su verdadero pensamiento y que este a su vez recibiera sus palabras como un aporte sincero de soluciones.

El presidente le manifestó a Stephen su temor de ser afectado por la sindéresis. Como jefe de Estado se había visto en la obligación de ordenar bombardeos y ataques en los que cayeron muchos bandidos, y también, con seguridad, algunas personas inocentes. De cualquier manera, esas bajas, necesarias en unos casos, inevitables en otros, eran al fin y al cabo asesinatos cometidos bajo la legalidad del gobierno en procura de la seguridad nacional.

—En este caso —dijo Stephen—, solo usted sabe hasta dónde llega su culpa. Como le dije antes, muchas personas se pasean por el mundo con la más absoluta normalidad mientras guardan un secreto homicida en sus corazones. Tenga la tranquilidad de haber obrado en justa causa.

El presidente se dirigió a su escritorio, ordenado con esmero, tomó una tarjeta

personal y con una fina y elegante pluma escribió su número telefónico privado. Se la entregó a Stephen y lo autorizó a llamarlo a la hora del día o de la noche que estimara necesario.

Stephen dudó en buscar su tarjetero. Introdujo con nerviosismo la mano en el bolsillo del lado izquierdo de su gabán y sintió cómo su corazón aceleraba sus pulsaciones; palpó el tarjetero con las yemas de los dedos y visualizó en su mente los caracteres en plata inscritos sobre la madera. Justo cuando lo tenía en sus manos, consideró lo riesgoso de la situación, pues en caso de afectar al presidente, él quedaría en evidencia y sería muy fácil asociarlo con todo lo que estaba sucediendo en el mundo. Así que decidió hurgar en el bolsillo del otro costado y tomar el tarjetero inofensivo que había depositado en él.

—Aquí tiene mi número, señor presidente—. Puede también llamarme cuando lo estime conveniente. Siempre estaré disponible para colaborarle en lo que esté a mi alcance.

—Esta conversación ha sido muy importante para mí —dijo el presidente—. Gran parte de los cambios que tendrán lugar en Cerúleo podrá atribuirlos a esta conversación sincera que hemos sostenido. No voy a defraudar a mi nación y desde este momento voy a invertir cada minuto de lo que resta de mi gobierno en buscar el verdadero bienestar de mi pueblo. Mis intereses ya no tienen sentido en la nueva época que se nos aproxima.

Los dos hombres se estrecharon con fuerza las manos y se dieron un fraternal abrazo.

## CAPÍTULO XIII

Solo habían transcurrido un par de días después de la gran cumbre de la Unión de Naciones y ya Stephen recibía mensajes de casi todos los gobiernos solicitando asesoría y colaboración para implementar estrategias que permitieran enfrentar el impacto de la enfermedad cuando se manifestara en toda su plenitud.

De manera aislada ya se habían presentado casos en todos los países. Los propios mandatarios habían llevado la sindéresis a sus territorios en los documentos impregnados que les habían suministrado en la cumbre. Al principio se habían producido casos mortales en funcionarios y militares de alto nivel encargados de revisar y estudiar los documentos. Las moléculas presentes en las carpetas de información suministradas a cada delegación habían empezado a actuar y pronto se esparcirían por todas partes, dando lugar a las situaciones que Stephen había advertido en su discurso.

La Unión de Naciones programó de manera urgente en vuelos privados los viajes de Stephen en calidad de asesor a los diferentes países, comenzando desde luego por Azul. Había que evitar que la sindéresis fuera percibida como un anatema y se estigmatizara su accionar en el mundo.

En un amanecer frío de otoño, Stephen arribó al imponente aeropuerto de la capital de Azul. Sin mayores protocolos se dirigió al helicóptero que lo aguardaba y lo abordó para dirigirse a su destino. En su interior lo esperaban dos hombres vestidos de manera impecable con trajes negros, camisa blanca y por supuesto, corbata azul. Uno de los hombres le informó que el presidente aguardaba impaciente su llegada y por lo tanto deberían iniciar cuanto antes la reunión.

La compañía de los funcionarios resultó un poco tensa porque eran hombres de pocas palabras; su misión era llevarlo sano y salvo a la casa presidencial. El viaje duró unos pocos minutos y muy pronto aterrizaron en el jardín de la residencia mejor custodiada del planeta, cuya visión desde el aire era un espectáculo. Hasta ese momento Stephen conocía el lugar solo por las imágenes que había visto en las películas o postales. En la vida real, sin embargo, la edificación impresionaba no tanto por el tamaño, sino por la belleza y estética en

cada detalle de la estructura, blindada en su totalidad contra cualquier tipo de ataques terrestres o aéreos. Dentro de la casa se caminaba sobre tapetes rojos a tono con los trajes negros de la mayoría de las personas que circulaban por ella. Stephen siguió a sus anfitriones, quienes con pasos firmes y decididos lo condujeron hasta un salón con una puerta inmensa, en cuya entrada se encontraban apostados dos marines.

Ingresaron a un fastuoso salón de paredes enchapadas de arriba a abajo en una finísima madera que desprendía un discreto aroma de elegancia, a la altura del personaje que estaba a punto de aparecer.

De repente y casi de la nada salió el presidente de la nación más poderosa del planeta, quien saludó de forma efusiva al científico.

Se sentaron frente a frente en unos cómodos sillones de cuero color café que jugaban estéticamente con la madera de las paredes y el emblemático escritorio del mandatario. Estar sentado a solas con el hombre más poderoso del planeta era la demostración más clara de lo lejos que había llegado el descubrimiento de Stephen. Ahora tendría la oportunidad de conocer las intenciones más profundas de este hombre como gobernante.

—Ya conocemos bastante, pero no lo suficiente, sobre la causa de la epidemia —dijo el presidente—. Usted es en la actualidad el científico que más ha estudiado el tema y ha visto actuar sobre los cerebros de muchos infelices bandidos esa sustancia. Por lo tanto, considero que debe estar muy cerca de encontrar una fórmula como antídoto para evitar el ataque.

»Como es de su conocimiento —continuó el presidente—, desde que el primer hombre apareció en este planeta ha encontrado en el asesinato una de las formas más seguras para garantizar su supervivencia. Este no solo le ha permitido defenderse, sino que le ha brindado alimento, abrigo, tierra para cultivar y animales para abastecerse; poco a poco, los grupos y colonias de humanos que se formaron aprendieron que matar era una opción ineludible. Durante miles de años, se vinculó al cerebro ese comportamiento y ha sido transferido generación tras generación. La civilización actual no ha creado las invasiones, las guerras, la obsesión por el poder y la ambición de riqueza. Todo esto viene con nuestros genes, es inherente a la naturaleza del hombre. Como si al crear el hombre, Dios le hubiese otorgado la facultad de asesinar. Entonces, ¿cómo es que ahora aparece una justicia natural capaz de contener esa facultad?

»El poder de nuestra nación —continuó el presidente—, se fundamenta en la

capacidad de matar, lo que hacemos a través de un sofisticado y cada vez más letal armamento, tan mortífero que con él podríamos acabar con la civilización humana si nos lo propusiéramos. Si nosotros no lo hacemos otra nación del planeta lo hará y, por tanto, seríamos nosotros quienes estaríamos sometidos. La verdad es que los gobernantes y líderes mundiales dedicamos más tiempo a desarrollar estrategias de guerra que a evaluar caminos y soluciones que conduzcan a la paz.

»Es por esto —prosiguió el presidente—, que le propongo unirse a esta gran nación, para que nos ayude a encontrar el antídoto contra la sindéresis, de tal manera que podamos continuar con nuestra estrategia de defensa del planeta sin el temor de ser eliminados. Usted se convertirá en el héroe más trascendental en la historia del nuestro país. Niños, mujeres y ancianos le admirarán como el hombre que hizo posible que nuestra nación dictara las leyes para todo el planeta. Si esto llega a ser así nos encargaremos de distribuir las riquezas de manera uniforme y todos los países serán tan ricos y prósperos como nosotros; seremos los abanderados de la seguridad y la justicia en cada rincón del planeta, sin abusar de la inmunidad que nos brinde el antídoto que usted nos proporcione.

« Además de ser el héroe, será el hombre más rico y poderoso en esta nación —prometió el presidente—. Pondremos a su disposición la fortuna que usted considere adecuada. Le nombraremos senador vitalicio y haremos que por sus méritos le concedan todos los premios Nobel posibles. El gobierno le adjudicará una hermosa mansión en nuestro país o en cualquier parte del mundo donde la desee. Su seguridad y protección personal estarán siempre bajo nuestra responsabilidad en cualquier lugar del planeta a donde usted decida desplazarse. Le brindaremos toda la tecnología, instalaciones y el personal científico que necesite de tal manera que podamos disponer del antídoto lo más pronto posible. Si decide quedarse desde ahora en nuestro país, redactaremos y firmaremos los documentos necesarios para sellar los compromisos que esta nación adquiere con usted».

—Esperaba ser de gran ayuda, señor presidente —respondió Stephen—. No imaginé que mis posibilidades pudiesen alcanzar tal magnitud. Estoy en verdad sorprendido. Primero por su sinceridad y segundo por la perspectiva y fortuna que me ofrece, pues con solo el honor de los premios Nobel ya pasaría a la historia como la única persona que ha logrado semejante hazaña, imposible de

igualar. Es quimérico renunciar a los beneficios que me propone y que nunca lograría ni siquiera trabajando arduamente durante seis vidas, para obtener un Nobel en cada una de ellas. Sin embargo, debo confesarle que no estoy cerca de obtener un antídoto. De hecho, desconocemos aún la causa o el origen de las muertes. Puedo comprometerme a liderar un grupo científico para trabajar en lo que usted desea, pero llevará un tiempo obtener resultados. Por el momento, debo visitar los países que han solicitado la colaboración de la Unión de Naciones, la cual represento en la actualidad y una vez termine el recorrido regresaré para concretar el procedimiento que vamos a seguir y seleccionar al personal científico que me acompañará.

El presidente se mostró de acuerdo con la posición del científico, sin imaginar que lo que Stephen buscaba al aceptar dirigir las investigaciones era que nadie tuviera la posibilidad de encontrar y aislar la sindéresis. Estar marginado de los proyectos de investigación podría poner en riesgo su descubrimiento.

El siguiente viaje de Stephen fue a Verde, cuyo pueblo había tenido que soportar desde monarquías hasta regímenes autoritarios con líderes tan obsesionados por el poder que habían acabado con la vida de millones de personas para perpetuarse en él. A pesar de la trágica historia del país, las cosas no habían cambiado mucho, ya que en este momento estaba dirigido por un líder que dominaba las mentes de los ciudadanos y se había apoderado del Estado. Por razones ideológicas, este enorme país rivalizaba con Azul hasta el punto de haber estado muy cerca de iniciar una confrontación armada que podría significar el fin de la civilización humana. Conocedor de las ambiciones y las capacidades bélicas de este mandatario, era imprescindible para el Stephen estar al tanto de su posición y los planes para enfrentar la llegada de la epidemia.

Se rumoraba en los círculos secretos que el presidente de este país había sido suplantado por un doble y que el original había sido eliminado por haberse convertido en un problema para los intereses de los siniestros y oscuros personajes que desde la sombra dirigían y manejaban a su antojo todo el gobierno. Stephen esperaba en una sala y aunque tenía la curiosidad de saber si el hombre que lo recibiría era el verdadero o el que lo había suplantado, no podía ni quería averiguarlo, pues trataría con una persona manipulada por grupos ultrasecretos extremadamente peligrosos, quienes desde la sombra tenían el poder de quitar o poner al mandatario sin que el pueblo lo notara.

Antes del ingreso del presidente entró una hermosa mujer rubia muy bien vestida que dirigió un respetuoso y diplomático saludo a Stephen y le informó

que sería la traductora que los asistiría en la conversación. Dicho esto, apareció el hombre. Muy animado, recio y con mucha energía, en demostración de una gran vitalidad, estrechó la mano de Stephen y con la ayuda de la traductora, inició la reunión.

—Me siento muy complacido de contar con su visita, respetado profesor. Estamos muy confundidos y necesitamos de la asesoría que la Unión de Naciones, a través suyo, nos pueda brindar. Ya se presentan casos de la epidemia en nuestro país y no tenemos conocimientos precisos para enfrentar la situación.

«Como usted seguramente sabe, Verde ha tenido que participar en guerras desde hace varios siglos. Por lo tanto, hemos fortalecido nuestro ejército al punto de ser considerado uno de los más grandes y poderosos del planeta. Hasta hace algunos meses, esa era una condición de gran ventaja para nosotros. Pero con la aparición de la plaga esa superioridad hoy se convierte en un problema, debido a la enorme cantidad de personas que serán potenciales víctimas del ataque. Nuestro ejército y las reservas militares se verán reducidas de manera muy drástica, poniendo en riesgo la conservación e integridad de nuestra nación. Mi propia vida está comprometida, pues como militar y miembro de la inteligencia secreta, participé, hace algunos años, en ejercicios que involucraron la muerte de algunas personas».

Al traducir, la mujer intentó desviar la mirada hacia el presidente, en un claro reflejo de asombro que la hizo sonrojar de forma casi imperceptible. El hombre, en cambio, había hablado con pasmosa tranquilidad.

—Tenemos muy pocas posibilidades de enfrentar con éxito esta nueva situación —continuó traduciendo la mujer—. La esperanza es encontrar una vacuna que nos ofrezca inmunidad total y permanente frente a la epidemia. Como le dije antes, somos un pueblo luchador y no tememos a la guerra; pero ahora nos sentimos maniatados porque no podemos utilizar ni los hombres ni las armas y no tenemos una estrategia definida para realizar cualquier maniobra de ataque o defensa sin ellas. Aproximadamente el treinta por ciento de nuestro presupuesto lo dedicamos al desarrollo de la guerra y por eso nos temen y nos respetan. Cualquier Estado, por poderoso que se considere, lo pensará muy bien antes de provocarnos.

»Considerando que tenemos que encontrar de manera urgente una vacuna, he dispuesto que los mejores científicos del país trabajen en obtenerla; sin embargo, los reportes que me han suministrado hasta el momento son muy desalentadores.

No tenemos el más mínimo acercamiento, por lo que sabemos que llevará mucho tiempo contar con esa protección. Pero usted profesor, tiene conocimientos avanzados en la materia, lo que me permite pensar que su colaboración sería de gran ayuda para nuestros grupos de científicos. En contraprestación, me comprometo a entregarle, en la moneda que usted elija, ese treinta por ciento del presupuesto de la nación durante tres años consecutivos. Esta nación le estará eternamente agradecida y le deberá su futuro y conservación».

—Bien, señor presidente —respondió Stephen, mirándolo a los ojos—. Su preocupación es comprensible pues el temor que le asiste lo comparten los demás estados del planeta. En realidad, no queremos que esto se convierta en una carrera para ver quién encuentra primero el antídoto para asegurarse la supremacía respecto de los demás. Lo invito a que utilice su capacidad de liderazgo mundial para empezar a construir y vivir en la verdadera paz, sin el temor del ataque y el deseo de la invasión y el aprovechamiento de los más débiles. Me gustaría poder ayudarle a encontrar la vacuna que tanto nos urge, pero mis actuales conocimientos me indican que es una tarea para la cual se hace necesario conocer el origen del problema y por ahora no lo hemos podido determinar. Con la suma de dinero que me ofrece yo podría hacer mucha filantropía, pero no me siento todavía con la capacidad de obtener el resultado que su nación necesita con urgencia. Por el momento, le sugiero proteger a sus soldados como si estuvieran frente a un ataque nuclear, algo que su ejército maneja con relativa facilidad. Es necesario detener toda acción militar. Retire sus ejércitos de Enebro y de aquellos países donde tiene presencia y hostilidades. Voy a visitar a Rojo en los próximos días y tan pronto termine nos pondremos en contacto para discutir en consenso una metodología de trabajo en aras de encontrar la solución más acertada.

El presidente no se sintió frustrado, por el contrario, mostró aprobación y optimismo al tener la esperanza de la participación del científico en su proyecto de obtención de una vacuna. Le estrechó de nuevo la mano y le entregó su tarjeta con el número de teléfono personal, esperando que Stephen le correspondiera con la suya. Por lo que había confesado en la conversación, le tuvo que entregar una tarjeta normal y se despidió con el compromiso de regresar a discutir más a fondo el tema del desarrollo de la investigación. Causó interés en Stephen que el hombre, en ningún momento, utilizó su idioma para saludar o despedirse. Estaba seguro de que un exespía como él podía dominar perfectamente varios idiomas y

no tenía la necesidad de una hermosa traductora para llevar adelante la conversación.

## CAPÍTULO XIV

Antes de continuar sus viajes, Stephen contactó a Lucine, quien se mostró muy sorprendida por la llamada y le manifestó cuánto lo extrañaban en el Instituto. Oír su voz fue un gran aliciente para él, ya que la soledad era su eterna compañía. Le propuso entonces asistirlo en los viajes que tenía pendientes, lo que ella aceptó con gusto.

Stephen esperaba con ansias a Lucine en el aeropuerto. Luego de unos minutos que le parecieron interminables, la distinguió a lo lejos entre la multitud de pasajeros. Su hermosa piel negra, su altivez y su paso firme y elegante la distinguían de los demás. La sonrisa de la mujer le despertó sentimientos de afecto que hacía mucho tiempo no sentía. El abrazo fuerte y largo con que se saludaron le transmitió la energía que tanto requería para continuar su periplo y alcanzar el objetivo final de extender la sindéresis por todo el planeta.

El itinerario había sido modificado, por lo que tendrían que viajar a Rojo Oscuro antes de dirigirse a Rojo. Se trasladaron al hotel para descansar algunas horas antes de iniciar la experiencia a un mundo muy poco visitado por los extranjeros.

Durante la cena Stephen preguntó por los progresos de las investigaciones en el Instituto, en donde se especializaban en hallar el origen de la epidemia. Lo que le contó la mujer lo llenó de tranquilidad, pues continuaban sin el menor indicio del origen de la sindéresis. Sereno y regocijado por la información, invitó a Lucine a una copa para relajarse.

—Me complace muchísimo que hayas decidido acompañarme para realizar las visitas pendientes —dijo Stephen—. Los viajes son cómodos y agradables por la hospitalidad con que me reciben, aunque hay siempre una conversación que desconsuela mi espíritu. Percibo que la humanidad no puede vivir sin pensar en la destrucción y la muerte. La energía, la imaginación, el dinero, todas las potencialidades del hombre, se orientan y dirigen a invadir, usurpar, esclavizar y asesinar. He podido observar en estas visitas que no existe el más mínimo interés por la convivencia pacífica a nivel mundial; parece utópico pensar que un día nuestra civilización se aparte de la guerra, al menos por un par de minutos. Es

sorprendente que la preocupación actual no sea la de pensar cómo vamos a organizar el planeta y vivir en el nuevo modelo que nos impone el surgimiento de la sindéresis y emplear ese acontecimiento para convivir felizmente, sin agresiones. Por el contrario, la gran zozobra de todos es la de establecer la estrategia para encontrar, antes que nadie, un antídoto con el fin de dominar a los demás y apoderarse del mundo. Por más que lo intento, no logro entender ese razonamiento de la mente humana que pareciera buscar la felicidad propia en la desgracia ajena.

Lucine lo observaba con ternura, sin perder su expresión inteligente.

—Te entiendo —murmuró Lucine—. Pero es como si todo el mundo, literalmente, dependiera de ti, de tus conocimientos actuales sobre la epidemia. Cuando digo todo el mundo me incluyo, porque la incertidumbre del riesgo me podría afectar si no aparece pronto una vacuna para evitarlo. Trabajar para el servicio secreto incluye, en todos los casos, entrenarse para asesinar. Desde el examen inicial para pertenecer a la agencia se prueba la capacidad de matar y salir ileso de tal acto. Creo que por eso lo llaman «servicio secreto», porque todos sus miembros guardamos un «secreto» de infortunio en nuestros corazones y porque nadie debe saber que podemos llegar hasta el homicidio para lograr los propósitos que requiera el Estado. Todos hacemos las cosas por dos razones primordiales: por una buena razón y por la verdadera razón. En mi caso, la buena razón para decidirme a venir contigo es porque me entusiasma trabajar y aprender a tu lado; pero la verdadera razón es para ayudarte a encontrar una solución antes de que sea demasiado tarde para mí y para millones de personas en el mundo. No estoy segura si merezco la justicia de la sindéresis, pero no hay maldad en mi corazón, soy una simple agente secreta que con mis conocimientos y experiencia he contribuido a dismantelar muchas organizaciones criminales.

La noche se tornaba agradable, pero la confesión de la mujer había perturbado la tranquilidad de Stephen. Lucine le agradaba y sentía incluso que le atraía, pero no podía confesarle su secreto. Además, no sabía si podría existir un antídoto o vacuna que evitara el ataque. Su padre le había enseñado el secreto de la sindéresis, pero no había dejado evidencias de algo que permitiera contrarrestarla. Ese no hubiera sido con seguridad el deseo de las víctimas.

Levemente eufóricos, se dirigieron a la habitación de Lucine. Tomarían la última copa antes de ir a dormir. Stephen la miró quitarse los zapatos, un tanto aturdido por el efecto del licor y por la extraña sensación que le produjo

observar su voluptuoso cuerpo. Sin pensarlo, también descalzó sus pies y esperó a que ella se acercara copa en mano para brindar por el pronto descubrimiento de la cura contra la epidemia. Stephen no había estado en la intimidad con mujer alguna; por eso, cuando ella se sentó a su lado y pudo percibir de nuevo el agradable aroma de su perfume, se le despertó la libido sin poder evitarlo. Se sintió incómodo porque no sabía cómo actuar en esas circunstancias. Lucine comprendió la situación, así que dejó a un lado su copa y rozó su mano, invitándolo a tocar la suya. No hubo palabras, solo sus miradas mientras se tomaban de las manos y acercaban lenta y suavemente sus labios. Ella lo besó con sensualidad y le permitió acariciar sus piernas. La piel de ébano suave y seductora de Lucine lo impulsó a acariciar todo su cuerpo, y con la razón extraviada se entregaron el uno al otro.

A la mañana siguiente, todavía envueltos en el letargo del amor, recordaron que tenían un vuelo que los debería llevar a su oscuro destino: un país que se mantenía aislado del mundo, con su pueblo atemorizado por una cruel dictadura.

Luego de algunas escalas pudieron por fin aterrizar en la capital de aquel Estado de predominio militar. La imagen del líder se erigía por todas partes como un descarado mecanismo de presión psicológica por parte del gobierno. A diferencia de las visitas anteriores, en las que Stephen había podido conocer los alrededores y el interior de la sede de gobierno donde fue recibido por el mandatario de turno, en esta ocasión la situación era muy diferente. El líder anarquista poseía varias mansiones y palacios y ninguno de esos lugares se podía considerar como la sede oficial del gobierno. Desde su arribo al país la pareja de científicos ya no era posible de ubicar desde el exterior. Pero no había razones para preocuparse; por el contrario, Stephen esperaba un recibimiento amable por parte del mandatario que le permitiera convencerlo de la necesidad de cambiar su estrategia de guerra y muerte por una de vida y paz definitivas.

A pesar de su formación castrense, a Lucine le asombró el grado de militarización que pudo observar durante el recorrido desde el aeropuerto hasta su lejanísimo destino. Avanzaron por una zona montañosa a través de una empinada carretera que ascendía hasta la cumbre de un alto cerro. Allí, con una vista de 360 grados sobre el panorama se erigía una lujosa mansión.

En una inmensa plazuela adornada de árboles y jardines cuidados con escrúpulo los esperaba una comisión de militares. Los hombres los saludaron respetuosos y los guiaron hacia la entrada principal del palacete. Para el mundo

exterior, la imagen que se tenía del país era de extrema pobreza. No obstante, esto no aplicaba para la morada del presidente. Una nube de sirvientes atendió a la pareja de extranjeros mientras llegaba el mandatario, que finalizaba su práctica matutina de golf.

Mientras Stephen miraba las hermosas pinturas expuestas en las paredes de la mansión como en una galería, Lucine detallaba el exagerado sistema de seguridad compuesto por cientos de cámaras de circuito cerrado de televisión por todas partes.

Para ingresar al recinto presidencial se debieron someter a lectores de metal y sustancias químicas o explosivos de cualquier tipo. No se permitía el ingreso de teléfonos, cámaras o computadores; incluso los relojes de pulsera que llevaban les fueron retenidos.

Cuando por fin ingresaron, lo primero que vieron fue al personaje sentado en su escritorio. Un hombre de contextura obesa y vestido de negro que los saludó con actitud de patriarca. Al acercarse para saludarlo, los científicos percibieron el aroma de su fina y costosa loción. Ninguna otra persona en Rojo Oscuro podía tenerla, no tanto por su elevado valor o porque se importaba de manera exclusiva para él, sino porque por disposición del régimen quien se atreviera a usarla podría ser ejecutado por intentar igualarse al líder. Sus dedos estaban adornados con anillos con incrustaciones de piedras preciosas y en su muñeca lucía un reloj del que solo se habían fabricado dos en el mundo y el otro no había salido a la venta al público.

—Bienvenidos a mi reino —dijo el hombre, con una sonrisa fanfarrona—. Voy a presentarles a los funcionarios más altos de mi gobierno, con quienes he decidido el enfoque respecto a los acontecimientos inesperados que ha generado la macabra sustancia.

El mofletudo dirigente se dirigió hacia una puerta que se abrió de manera automática a su paso y dejó a la vista una enorme sala de juntas. Sentados alrededor de una mesa interminable esperaban unos militares con rostros lúgubres y desesperanzados. Ni una sola mujer hacia parte del selecto grupo que en medio de un silencio sepulcral se puso de pie e inclinó ligeramente la cabeza al ingreso del comandante. La silla del líder se destacaba por ser más grande y de un color de cuero diferente a la de los demás.

En ella nadie podía sentarse, ni siquiera en broma, sin que lo fusilaran por hacerlo.

—Camaradas —dijo el prepotente personaje—, les he convocado en pleno

para tener el honor de presentarles al científico que de acuerdo con la información de nuestro servicio de inteligencia es quien más conoce sobre el origen de la epidemia que se avecina y que al parecer podría acabar con una considerable fracción de la humanidad, incluyendo desde luego a nuestros ciudadanos.

«Las personas que me acompañan —dijo el mandatario dirigiéndose a Stephen—, conforman el Estado Mayor de mi gobierno y juntos estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario para evitar la intromisión extranjera y la más mínima posibilidad de alterar el régimen que dirijo y que estos hombres apoyan lealmente. Contar con su presencia en estos momentos representa una magnífica posibilidad de obtener una ventaja a nivel mundial. Por esta razón debo informarle que sus vuelos de regreso se postergarán hasta tanto no encuentre una vacuna que me pueda proteger de un posible contagio con la plaga que acecha. En realidad, no tiene ninguna otra opción si quiere regresar sano y salvo junto con su hermosa compañera; y tampoco disponen de mucho tiempo para lograrlo. Debo tener esa vacuna antes de que se inicie un conflicto mundial por sus retenciones».

Como si hubiese pronunciado un elocuente discurso, el hombre recibió un aplauso unánime de complacencia, ratificación y apoyo de quienes se encontraban en el salón.

Stephen se sintió de repente como rodeado de una jauría de feroces animales salvajes, dirigidos por una tarambana, a quienes ni siquiera se podría intentar persuadir con alguna explicación científica sobre la imposibilidad de hacer lo que el líder deseaba. Buscó con su mirada entre los presentes al funcionario que había participado en representación de este gobierno en la reunión de la Unión de Naciones. Podría ser la única persona con algún grado de sensatez entre esta caterva de hombres irracionales. Al no encontrarlo se sintió perdido. Tomó la mano de Lucine por debajo de la mesa, y pudo sentir el temor que también ella experimentaba en ese momento. Los militares se levantaron y fueron saliendo con lentitud del recinto, al tiempo que unos guardas armados tomaban posición para custodiar a los indefensos y sorprendidos huéspedes.

—Mis hombres lo conducirán a su alojamiento —dijo el mandatario—. Desde este momento y hasta que esté listo el compuesto que produzca para salvaguardar nuestras vidas, estará incomunicado con el resto del planeta, como les sucede a todos en este país. Cualquier adelanto en el trabajo que constituya un avance significativo, infórmemelo de inmediato. Si esto no ocurre muy pronto,

entonces yo pasaré a visitarlo y lo más probable es que me encuentre muy estresado por su demora, por lo que no le sugiero que espere a mi visita por cuanto no será de su agrado.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor presidente? —dijo Stephen con timidez.

—Por supuesto, pregúnteme lo que sea y pídamelo lo que necesite en este momento. Después no habrá la posibilidad de concederle nada que no esté supeditado al avance de su tarea.

—No vi en este recinto al funcionario que representa a su gobierno ante la Unión de Naciones, entiendo que fue quien se encargó de organizar nuestra vista a este país.

—En efecto —contestó el presidente—. Él era nuestro canciller. Sin embargo, cuando nos enteramos de su discurso no autorizado en el pleno de la Unión de Naciones y la posición débil que adoptó, que no es la habitual en este régimen, me vi obligado a ordenar su ejecución por alta traición al Estado. Los integrantes de su familia fueron fusilados y el canciller encerrado con los perros salvajes que utilizamos para eliminar a quienes no cumplen con los preceptos de nuestra nación o se niegan a obedecer las órdenes que imparto. Y esto es obligatorio no solo para los nacionales sino también para los extranjeros.

La aclaración dejó aterrizados y estupefactos a Stephen y a Lucine. Estaban frente a un peligroso orate anarquista, más radical y obstinado que los terroristas que habían enfrentado en Enebro.

—Ahora puede marcharse a trabajar —ordenó el mandatario.

Dicho esto, dos individuos sujetaron a Stephen por los brazos y a Lucine la mantuvieron sentada sin permitirle levantarse.

—Ella se quedará conmigo —dijo el presidente—. No se preocupe, estará bien; es afortunada, no todas tienen el placer y el honor de estar a mi lado. Depende de usted hacer la estadía de la señorita corta y placentera o prolongada y dolorosa.

—Es mi asistente científica —dijo Stephen muy consternado—. Ella es muy importante para poder desarrollar la vacuna en el tiempo que usted requiere. Juntos trabajamos en el proyecto, su participación es necesaria para comprometerme y cumplir con éxito y a tiempo su orden.

—Puede que usted esté diciendo la verdad —dijo el presidente—, pero hoy me acompañará esta preciosa dama. Más adelante veremos qué sucede. Le recomiendo que no pierda tiempo y comience cuanto antes a trabajar.

¡Llévenselo! —ordenó.

Los hombres sacaron a Stephen y lo condujeron a unas instalaciones herméticas, fuera de la preciosa mansión. El recinto que a partir de ese momento sería el laboratorio estaba vigilado por un sofisticado sistema de cámaras que permitían observar todos sus movimientos. No existía la más mínima posibilidad de escapar de ese lugar.

## CAPÍTULO XV

Aunque llevaba consigo el tarjetero, Stephen consideró que debía producir más sindéresis para atacar a la menor oportunidad. También debía simular que se encontraba desarrollando la vacuna que le exigían, por lo que solicitó un par de cadáveres de personas ejecutadas por el régimen. Los uniformados le suministraron a Stephen los dos cadáveres solicitados y de paso le informaron que los cuerpos correspondían al padre y la esposa del excanciller, de cuyo cuerpo los perros no dejaron ni los huesos.

Por el alimento que le suministraban en promedio cada seis horas el científico calculó que habían transcurrido unos tres días sin saber de la suerte de Lucine. Temía por su integridad, pero no podía arriesgarse a hacer nada desde el lugar en donde se encontraba. No había dormido durante el tiempo que había pasado en esa jaula hermética por lo que tendría que tomar decisiones muy pronto, antes de que el cansancio lo dominara y quizá nunca más volviera a despertar.

Stephen tenía la esperanza de que la Unión de Naciones estuviera adelantando las gestiones diplomáticas necesarias para lograr su liberación pues había pasado varios días sin comunicarse cuando el estimado de la estadía en este país no debía superar los dos días.

Unas horas más tarde los uniformados trajeron a Lucine en una silla de ruedas, abrieron la reja de la jaula y la empujaron hacia el interior. Estaba al borde del desfallecimiento, golpeada y maltrecha. Stephen la alzó en brazos y la llevó a la litera que le habían suministrado y él no había querido utilizar. Aunque se encontraba en muy mal estado, su entrenamiento militar le había permitido soportar. Débil pero más tranquila por encontrarse con su amigo, le contó lo que le había sucedido, mientras él intentaba curar sus heridas.

—El miserable está por completo delirante —murmuró Lucine—. Cuando te sacaron de la mansión me condujo a una habitación propia de un trastornado sexual. Allí intentó abusar de mí en varias ocasiones y como no lo logró, me golpeó con cuanto juguete sexual se le antojó. En todo momento me mantuvo esposada, pero siempre pude defenderme. De haber tenido una oportunidad lo hubiera asesinado con mis propias manos. En medio de su demencia y

embriaguez me dijo que el mundo entero nos buscaba. Según él, por primera vez desde que es presidente los líderes de Azul, Verde y Rojo habían querido contactarlo directamente para averiguar por nuestra suerte. Estaba feliz porque a pesar de nuestro secuestro, conocido por todos, no había escaramuzas militares. Aunque había un malestar generalizado por nuestra retención, nadie podía amenazarlo o atacarlo. No se podía hablar de guerra en las actuales circunstancias y esto le permitía mantenernos retenidos, conseguir la vacuna que tú estás obteniendo y una vez con ella en su poder castigar a quienes considere sus enemigos.

Muy preocupado, Stephen le contó a Lucine que no había podido desarrollar nada parecido a una vacuna. No encontraba un principio biológico o químico que lo aproximara a conseguirla. No obstante, le confesó que, si bien había trabajado sin descanso y lo había intentado por varios métodos, no pensaba entregar el resultado de su trabajo a ese bastardo, a menos que fuera por salvarla a ella. Sea como sea, Stephen sabía que para obtenerla se requería de un inmenso esfuerzo por parte de la comunidad científica mundial.

El afán ahora era salir cuanto antes de ese tenebroso lugar puesto que muy pronto vendría el mandatario y al no encontrar la vacuna los podría asesinar sin dudarlos. Había que buscar la forma de evacuar a Lucine para que no estuviera presente cuando apareciera el presidente y fuera necesario utilizar la sindéresis como último recurso de salvación. Así que Stephen le pidió que simulara un ataque cardíaco para que los guardias la llevaran hasta la ambulancia que él había visto estacionada cuando era conducido al búnker donde estaban actualmente encerrados. Una vez en la ambulancia, mientras el personal paramédico cumplía los protocolos de reanimación, esperaría el sonido de la alarma general para tomar el control del vehículo y aguardar la llegada de Stephen.

De acuerdo al plan, Lucine simuló los síntomas de una crisis nerviosa acompañada de infarto, por lo que el científico pidió ayuda angustiada. Los guardias ingresaron, la sentaron en la silla de ruedas y la evacuaron para atenderla. Ahora estaría alejada cuando la sindéresis hiciera su efecto y Stephen estaba listo para la llegada del aterrador gobernante.

En efecto, la situación generada por Lucine precipitó la llegada del presidente, acompañado de su numerosa escolta y visiblemente enojado. Sin preámbulo alguno le exigió a Stephen de manera inmediata la vacuna que ya debía haber producido. Stephen no tuvo otra opción que usar el preciado tarjetero y

mostrándolo como hace un mago con su carta de naipe extrajo una tarjeta al tiempo que le decía al furibundo mandatario que ya tenía la solución pero que necesitaría algunos voluntarios para realizar las pruebas médicas correspondientes. Mientras hablaba empezó a notar los primeros síntomas en los hombres que habían invadido su celda. La sindéresis ya se encontraba alojada en sus cerebros y no había posibilidad de reversar su acción. Por primera vez la sonrisa sardónica del prepotente líder se esfumó de su rostro hinchado y en su lugar apareció una expresión de angustia y dolor que le obligaron a tomarse la cabeza y caer de rodillas al piso, lo mismo que los hombres que le acompañaban. La conversación terminó y Stephen salió de la celda abriéndose paso entre los moribundos para alcanzar la ambulancia.

En ese momento la alarma se disparó y se produjo un gran descontrol. Cientos de militares corrían hasta la celda donde se encontraba el cuerpo de su gran líder. Quienes acudían eran presa en pocos minutos de la sindéresis. Para salir de aquel caos, Stephen fingió haber sido atacado él también por la sindéresis. Se tomó la cabeza y corrió desesperado por la falta de oxígeno en su cerebro en dirección a la ambulancia donde lo esperaba Lucine.

Los paramédicos que se encontraban con Lucine en la ambulancia salieron despavoridos para intentar auxiliar al comandante en cuanto sonó la alarma. En esos momentos Stephen y Lucine eran las únicas personas que podían pensar con claridad. Los demás habían perdido la capacidad de coordinar acción alguna para imponer la calma y lo que minutos antes era control inflexible y subordinación total, ahora era desorden, angustia y la decisión individual de salvarse quien pudiera.

Tan pronto Stephen llegó a la ambulancia partieron a toda velocidad por el camino que conducía montaña abajo. Debían encontrar la vía que los condujera al aeropuerto para intentar huir antes de ser atrapados y ejecutados. La señalización vial estaba escrita en el idioma de Rojo Oscuro, que era desconocido para la pareja de fugitivos, lo que hacía más difícil la ya complicada situación. Conducían sin tener la menor idea de hacia dónde se dirigían. Tenían que encontrar a alguien que los guiara y cambiar de vehículo para no llamar la atención.

Luego de un largo trayecto, vieron a la distancia una pequeña aldea. Abandonaron y camuflaron la ambulancia antes de acercarse a la población con el fin de llegar a pie para no levantar sospechas e intentar adquirir un vehículo

diferente. Sin embargo, los rasgos de Stephen y el color de piel de Lucine despertaron la curiosidad de los pobladores, para quienes los extranjeros resultaban seres extraños. Stephen preguntó al azar a las personas que salían de las viviendas a presenciar el espectáculo de la extraña pareja si conocían a alguien que entendiera su idioma. La gente los observaba y murmuraba, preguntándose qué pretendía ese par de personas extraviadas en su lejana y apartada población. Ninguno se atrevió a dialogar con los foráneos. Seguramente nadie conocía su idioma o tenían prohibido hablar con extranjeros. Cuando ya se sentían perdidos apareció una adolescente que ante el asombro de todos los curiosos los saludó en su idioma. La pareja sintió una inmensa alegría al escuchar hablar a la chica. Necesitaban saber si había alguien interesado en venderles un vehículo y mostrarles en un mapa el camino a la ciudad capital. El revuelo en el pueblo llamó la atención de los militares, quienes, sorprendidos de igual manera por la presencia de los extranjeros, los condujeron a la comisaría. La muchacha que minutos antes los había saludado habló con los uniformados y estos comprendieron que sería necesaria su presencia para adelantar un interrogatorio.

Los militares exigieron los documentos para conocer las identidades de la pareja. Stephen les informó que sus pasaportes y pertenencias habían sido incautados en la mansión por orden del presidente y no les había sido posible recuperarlos. No tenían cómo demostrar que pertenecían a una Comisión de la Unión de Naciones y habían sido invitados por el gobierno para asesorarlo en un asunto de interés nacional.

Con la ayuda de la espontánea traductora Stephen explicó a los militares que los documentos habían sido entregados a los inspectores en la mansión presidencial para la revisión de rutina y que se encontraban en una de las reuniones de trabajo previamente agendadas cuando sonó la alarma y todo el mundo fue desalojado y retirado del lugar. Algo terrible debió haber sucedido porque se produjo una estampida que dejó muchos lesionados, entre ellos la propia Lucine. En medio de del inexplicable caos tomaron un vehículo que tuvieron que abandonar por el camino por falta de combustible y caminar hasta llegar a la población. Los militares, incrédulos, decidieron usar sus equipos de comunicación para contactarse con el personal de seguridad de la mansión. Los movimientos del presidente siempre eran secretos, incluso para sus propias fuerzas militares; por lo tanto, no podían saber en cuál de las mansiones se encontraba el mandatario. La descripción de Stephen de la mansión en la cima de

la montaña facilitó a los hombres ubicar el lugar donde supuestamente habían ocurrido los hechos. Luego de intentar comunicarse con insistencia, nadie respondió. Entre la incertidumbre y la preocupación, el jefe del grupo militar ordenó a sus hombres tomar las armas y municiones y dirigirse a la mansión para verificar de primera mano los acontecimientos relatados por el extranjero. Lucine fue encerrada en una celda y la joven traductora quedó encargada de la custodia de la prisionera. A Stephen lo obligaron a acompañarlos para que confirmara lo declarado y poder establecer si en verdad se trataba de los científicos invitados por el gobierno. La idea de regresar no parecía buena, pero en las actuales circunstancias era necesario para buscar y recuperar los pasaportes; sin ellos no se podría llegar al aeropuerto y tomar un vuelo para salir de este país.

Por el camino de regreso se encontraron con unos militares que caminaban exhaustos y se negaron en forma rotunda a subir al vehículo para regresar a la mansión. Los cansados soldados les informaron apesadumbrados que el líder supremo había fallecido junto con todos los hombres que lo custodiaban. La noticia trastornó a los militares a tal punto que olvidaron la presencia del extranjero y su único propósito fue confirmar la muerte del gobernante, que de ser cierta constituiría una tragedia terrible para toda la nación.

Al llegar, Stephen aprovechó un momento de distracción de sus captores para ir a la habitación de la mansión presidencial donde les habían retenido los pasaportes. Estaba del todo seguro de que no habría nadie vigilando el sistema de cámaras, por lo que podía buscar los documentos y las pertenencias que les habían retenido sin preocuparse. Con los documentos y los teléfonos ya en su poder estaba listo para volver por Lucine e intentar alguna comunicación con el exterior.

Cuando volvió al camión lo encontró vacío. Los hombres con los que había regresado habían muerto o estaban muy ocupados tratando de mover el pesado cadáver de su líder. No tuvo ningún reparo en apoderarse del vehículo y regresar a la población. Las personas que habían logrado huir y que se salvaron de la tragedia relataron lo que le había sucedido al presidente, así que la noticia empezó a extenderse por todo el territorio de Rojo Oscuro.

De vuelta a la aldea donde había quedado encerrada Lucine, Stephen notó que la tranquilidad y la calma de la primera vez habían cambiado por una agitación y zozobra de tal magnitud que incluso su presencia pasaba inadvertida. La noticia de la muerte del líder había cambiado el comportamiento rutinario de los

habitantes. Stephen se apresuró a llegar a la comisaria y encontró a Lucine vigilada por la joven traductora. Abrieron como pudieron la celda y se marcharon los tres.

Como todos los habitantes del pueblo la joven mujer estaba muy sobresaltada por la noticia del fallecimiento del líder supremo. En medio del llanto expresó el sentimiento de incertidumbre que la embargaba pues habían sido formados para venerarlo al punto de creer que sus vidas dependían de él. Estaba tan conmovida como si hubiese muerto su padre o un familiar muy cercano. Stephen la consoló y le dijo que tenía dos opciones: quedarse con todos a sufrir la muerte del líder o acompañarlos a la capital, en donde podría encontrar mayores oportunidades e intentar el comienzo de una vida nueva, ahora que todo se había derrumbado con la muerte del rey. La joven se calmó, recapacitó y decidió viajar con ellos para guiarlos hasta la capital.

La muchacha llevó a la pareja a un lugar donde había un vehículo guardado, cuyo aspecto permitía deducir que no se movía hace mucho tiempo. Lo más seguro era que no irían muy lejos en él. Como no había tiempo de pensar en otras soluciones, Stephen consideró que debían regresar a la ambulancia de nuevo. Necesitarían combustible para abastecer el tanque y continuar en ese vehículo, que ahora les podría brindar mayor seguridad.

## CAPÍTULO XVI

El camuflaje que habían utilizado para la ambulancia había funcionado, así que la reabastecieron de combustible y partieron, esta vez con una guía que les permitiría encontrar, sin tropiezos, el camino hacia la capital. Stephen había probado los teléfonos recuperados con la esperanza de poder comunicarse con su base en el exterior, pero los equipos ni siquiera tenían señal; estaban inservibles.

Lucine estaba agotada y al poco rato de emprender el viaje se quedó dormida. Stephen también se sentía muy cansado, pero debía conducir sin detenerse para alejarse lo máximo posible de ese lugar. Entabló entonces una conversación con la guía para no ser vencido por el cansancio.

—Hemos estado juntos varias horas y ni siquiera sabemos tu nombre —dijo Stephen.

—Mi nombre es Sook —respondió, todavía acongojada, la joven mujer.

—¿Por qué lamentas tan profundamente la muerte del rey?

—En realidad no estoy segura de lamentarlo. Lo que sucede es que hemos sido educados y formados de tal manera que solo por temor a que se pueda notar la indiferencia hay que aparentar dolor y sufrimiento. En este país la educación es obligatoria, nadie puede quedarse sin ir a la escuela, el gobierno puede tomar y apropiarse de aquellos niños cuyos padres no los vinculen al sistema educativo. Desde muy temprana edad el sistema se encarga de nuestra formación académica, política y social. Sin embargo, la intención de fondo es inculcar el respeto y el culto por la dinastía en el poder. Por eso el gobernante es nuestro héroe, la suprema revelación y a quien debemos todo lo que somos y lo que tenemos. Nos han enseñado que él es bondadoso, carismático y nos ama a todos y cada uno de los ciudadanos. Debemos reverenciar su nombre y considerarlo nuestro padre supremo. Desde los tres años de edad nos recuerdan a diario que si algo le sucediera al líder nuestra nación sufriría una terrible tragedia.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Stephen.

—Hice estudios de enfermería y trabajo en el puesto de salud de nuestro pueblo, por lo que a esta hora me deben estar buscando por todas partes ante la

crisis y la emergencia que se han desatado. Vivo con mis padres mientras se coordina mi matrimonio. Luego tendremos que esperar que el Estado nos asigne una residencia donde podremos criar máximo a un hijo, que tendremos que entregar al mismo Estado a partir de los tres años. Todos, desde los obreros hasta los científicos debemos tener el mismo patrón de doctrina frente al líder.

Cuando Sook mencionó que era enfermera Stephen recordó a su madre y lo invadió la nostalgia y la aflicción. Lo entristeció saber la manera infame como se subyugaba y oprimía a un pueblo para mantener el régimen. Mientras avanzaban se cruzaban con vehículos militares que se abrían pasos raudos para llegar a la residencia presidencial. La confusión reinante facilitaba el tránsito de la ambulancia.

Viajaron varias horas y antes del amanecer se encontraban ya en cercanías de la capital. A partir de ese momento los retenes serían frecuentes y debían tomar precauciones. Sook debía tomar el volante. En su condición de enfermera resultaba más fácil convencer a los militares de que estaba trabajando en apoyo de la emergencia. Lucine y Stephen abandonaron la cabina y se escondieron en la parte trasera del vehículo. Si los militares inspeccionaban la zona de camillas tendrían serios problemas.

El ingreso a la gran ciudad presentaba un gran congestionamiento vehicular. Cerca del puesto de control los militares apresuraban a los vehículos que había delante de la ambulancia para permitirle el paso. Al llegar al turno de revisión dos militares interrogaron a Sook en tono desesperado y enérgico, a lo cual la joven enfermera respondió en tono angustiado. De seguro por la situación caótica que se estaba viviendo los militares y en general toda la población de Rojo Oscuro estaba confundida y solo le preocupaba lo sucedido a su comandante supremo. Pasar el retén militar resultó más sencillo de lo esperado y pudieron avanzar entre la enorme cantidad de vehículos.

Cuando se despejó la congestión vehicular, Sook detuvo el vehículo para permitir a los extranjeros regresar a la cabina. Los rayos del sol comenzaban a cubrir la ciudad y poco a poco la ambulancia se internó en ella. Stephen revisó los tiquetes del vuelo que los regresaría a casa y que pudo recuperar en la mansión y advirtió que las fechas del viaje habían vencido. Tendrían que comprar boletos nuevos, procedimiento que en este país no era tan sencillo como en otras partes del mundo y peor aún en las condiciones actuales de descontrol institucional. Los ciudadanos de Rojo Oscuro que tenían el privilegio de obtener un permiso para viajar al exterior debían contar con el tiquete por lo menos una

semana antes del viaje; los extranjeros, por su parte, debían tenerlo al menos dos días antes. Esa inesperada situación los obligó a abandonar la ambulancia y movilizarse en taxi para buscar un lugar donde refugiarse mientras tramitaban la compra de los nuevos tiquetes de avión.

Sook propuso ir en busca de ayuda donde una amiga suya que había conocido en el Instituto de enfermería y con quien tenía algo en común que fortalecía su amistad: eran solteras. A pesar de que la mayoría de los habitantes de la ciudad se encontraban en la calle llorando y lamentando la muerte del gobernante, pudieron encontrar a la amiga de Sook en su casa. El encuentro entre las dos jóvenes fue muy emotivo pues no se habían visto en mucho tiempo. Sook explicó a su conocida la situación de sus acompañantes. Con más dudas que decisión, accedió a alojarlos a su casa.

La anfitriona no tenía mucho que ofrecerles para comer. Un poco de pan añejo y té verde constituían sus últimas reservas. Stephen le dio a Sook dinero suficiente para salir con su amiga a buscar algo de proteína para saciar el hambre de varios días, a pesar que en el estado de convulsión en la que se encontraba la ciudad sería una tarea difícil.

Las muchachas salieron en busca de alimento decente y nutritivo, lo que aprovechó la pareja para tomar una ducha reparadora. No recordaban cuándo fue la última vez que habían tomado un baño. El agua tibia humedecía y acariciaba sus cuerpos. La proximidad de la piel fresca y suave de Lucine transportaba hasta el éxtasis el pensamiento de Stephen. Ella se dejó llevar por las caricias placenteras que le daba Stephen con los labios por todo su cuerpo y así siguieron hasta terminar exhaustos, satisfechos y regocijados por un amor mutuo que cada vez los enlazaba más fuerte.

Todavía estaban en la tina, casi dormidos, cuando escucharon los ruidos que indicaban el regreso de las chicas. La ducha relajante, el sexo y lo extenuante de la jornada les habían despertado un gran el apetito, por lo que una comida caliente sería un excelente estímulo.

Las chicas llegaron cargadas con varios paquetes. Habían conseguido alimentos como para garantizar una buena provisión en caso de tener que esperar varios días. Prepararon con gusto una cena exquisita que permitió recuperar las energías y el ánimo perdido. Mientras comían hablaron de su cultura y de su sociedad. Sook contó a los visitantes el trato que recibían como mujeres en Rojo Oscuro, donde eran sometidas y obligadas a casarse incluso siendo aún niñas de apenas

ocho o nueve años. A esa edad los padres podían entregarlas a los hombres, quienes ofreciendo una dote podían elegir las para esposarlas, término elegante que en realidad significaba esclavizarlas. Si los padres se negaban el pretendiente podía acudir al Estado y ofrecerle a este la dote para que se encargara de obligar a entregar a la heredera y en algunos casos enviar a prisión o ejecutar a los padres reticentes por obstrucción a una decisión administrativa. Llegar a los veinte años sin haber encontrado una pareja no era una buena señal, por lo que Sook y su amiga tendrían que decidirse muy pronto o correrían el riesgo de quedarse solteras y sin hijos, algo muy mal visto en la comunidad de Rojo Oscuro.

La mujer se educaba para la sumisión al Estado y a los varones, por lo que sus derechos estaban estrictamente limitados. Por eso resultaba extraño y admirable ver que Sook tenía buenos conocimientos en idiomas ya que estos no se enseñaban en la escuela. Su enseñanza era privilegio de algunos, muy pocos, pertenecientes a la clase dirigente o funcionarios especiales del Estado.

La pareja de extranjeros pasó la noche apiñada en el sofá, mientras que las anfitrionas lo hicieron en una pequeña cama. Al amanecer se escucharon unos gritos de mujeres y hombres. Stephen se asomó con discreción por la ventana y vio cómo unos militares sacaban a unas personas de sus viviendas y las tiraban al piso en plena calle. Estaban revisando todas las viviendas y sacando a sus ocupantes para reunirlos en la vía pública. Stephen despertó a Sook y a su amiga y les dijo que debían abandonar el apartamento antes de que los militares vinieran a buscarlas. Mientras tanto él y Lucine se esconderían donde no los encontrarán. Abrieron un orificio por debajo del sofá y en él se introdujo Lucine. Stephen se escondió en un pequeño espacio que había en la parte posterior del refrigerador. A los pocos minutos se escucharon las voces de unos hombres que ingresaban a la vivienda. Los sujetos empezaron a revisar varios lugares. El temor de ser descubiertos tensionaba de manera terrible a Stephen y Lucine. Stephen pensó en hacer uso de la sindéresis que llevaba en su tarjetero, pero la presencia de Lucine en el lugar se lo impedía. Pronto se percató de que la elección del lugar de su escondite no había sido la más adecuada por cuanto el refrigerador emitía demasiado calor y empezaba a sofocarlo. En esas condiciones no podría soportar por mucho tiempo. Uno de los individuos abrió el refrigerador y llamó a los demás para enseñarles el hallazgo. Los hombres extrajeron todos los productos que descubrieron dentro, cerraron con violencia la puerta y se marcharon felices con los alimentos hurtados. Stephen ya podía desconectar el aparato y descansar

del calor; igual ya no había nada para mantener refrigerado pues los hombres habían arrasado con todo.

Tuvieron que esperar escondidos un tiempo más pues todavía se escuchaba la algarabía en la calle y los militares continuaban su hostigamiento a la gente para obligarla a llorar la muerte de su idolatrado líder. Pasado un buen rato cesaron los gritos humillantes de los soldados, aunque continuaba el llanto de las personas. Stephen salió de su escondite para observar por la ventana y aunque había mucha gente ya no había militares. Pudo ver cómo Sook se camuflaba entre la muchedumbre y se retiraba con sigilo para regresar a la vivienda.

Considerando que el peligro había pasado, Stephen buscó a Lucine para sacarla del sofá. El adiestramiento de la mujer para permanecer en calma en situaciones de riesgo lo tranquilizó pues no solo estaba muy controlada sino preparada para actuar con la fuerza en caso de ser necesario.

Sook regresó y les contó lo que pasaba en la calle. Los militares obligaron a todos los vecinos a salir de sus viviendas y demostrar duelo por la muerte del líder. Quien no lo hiciera iría a prisión y recibiría tantos azotes que podría incluso morir. Los militares se habían marchado, pero podían regresar en cualquier momento. En ellos también había angustia y descontrol porque en la mansión no solo habían perdido al comandante en jefe, sino también a un gran número de generales.

Aún no terminaba Sook de describir la situación cuando se escucharon de nuevo las voces de los militares, esta vez demasiado tarde porque de un solo golpe abrieron la puerta de la vivienda y quedaron todos expuestos a los hombres que les apuntaban con sendas armas. Tomaron a Sook por el pelo y le exigieron una explicación sobre la presencia de los extranjeros en la casa. Ante las pocas explicaciones de la joven mujer los sujetos se dirigieron a Stephen para interrogarlo. Sin esperar sus respuestas, que además no podía dar porque no entendía lo que los hombres preguntaban, uno de los soldados lo golpeó con la culata en el abdomen.

El dolor fue tan intenso que Stephen casi pierde el conocimiento. Lucine reaccionó de forma instintiva al verlo rendido en el piso y de una manera sorprendente dio la vuelta girando sobre sus piernas de tal forma que el hombre que segundos antes la tenía retenida por su cuello quedó frente a ella con su brazo a disposición de Lucine. La exmilitar dobló el brazo del soldado con tal fuerza que todos pudieron escuchar el sonido de la fractura y ver el brazo del

hombre colgar como si fuera de trapo. Sin darles tiempo a reaccionar y con la misma agilidad con que le partió el brazo al militar, rapó el arma al sujeto que había golpeado a Stephen y le encajó un golpe similar, solo que al caer de rodillas lo remató con un golpe en su rostro que lo dejó inconsciente en el acto. El tercer hombre que acompañaba el allanamiento estaba a punto de dispararle, pero la velocidad de los movimientos de Lucine superaban la reacción de cualquiera, así que de manera cinematográfica golpeó con el fusil la cara del infortunado individuo con tal fuerza y precisión que este cayó al piso como si se tratara de una escultura de piedra.

Controlados los intrusos, al menos por el momento, las mujeres corrieron socorrer a Stephen. Debían huir de inmediato, pues pronto el lugar estaría plagado de tropas, así que intentaron salir sin llamar la atención para dejar atrás y olvidar el infortunado suceso.

La amiga de Sook les entregó unos sombreros que los locales usaban y con los que podrían confundirse entre la multitud. Salieron y avanzaron sin mostrar prisa, con el fin de encontrar cualquier medio de transporte que los pudiera alejar de allí. En una calle cercana encontraron unos vehículos que se movían con el pedaleo de una bicicleta, muy utilizados en ese país; no era lo mejor, pero al menos se desplazarían más rápido que si caminaban. Stephen no se había recuperado todavía del golpe recibido, por lo que Sook subió a la bicicleta y la pareja al carruaje, ocultando sus rostros bajo los sombreros. Se dirigirían, según Sook, a la estación de trenes.

Una vez en la estación, a la que llegaron sin tropiezos, Sook se encargó de adquirir los boletos para el aeropuerto e intentar salir en un vuelo a cualquier destino. Ninguna parte podía ser peor para ellos en este momento que estar en Rojo Oscuro.

Con la situación de caos al interior del país todas las fronteras habían sido cerradas hasta la designación del nuevo dirigente y solo hasta entonces se normalizaría el funcionamiento del Estado, si es que en algún momento había funcionado normalmente.

Estaban listos para subir al tren; el problema era que en cada puerta de vagón había un militar que revisaba los documentos y autorizaba el ingreso. Era un gran riesgo, pero no tenían otra alternativa, así que caminaron al vagón correspondiente sin mostrar angustia hasta llegar al turno de su revisión de documentos. Sook le informó al funcionario que se trataba de una misión de

extranjeros y que ella era la traductora oficial. El hombre, un militar muy joven y de aspecto campechano tomó los documentos y luego de revisarlos con detenimiento apartó al grupo y llamó por radio a su comandante para informarle de la situación anómala con los extranjeros. Al momento se abrieron varias puertas de la estación por donde salieron grupos de militares en dirección al vagón donde se encontraban los pasajeros extraños. Stephen sintió pánico de ser capturado y pudo notar la misma sensación en los ojos de Lucine. Estaban atrapados y esta vez no podrían huir.

Fueron conducidos de regreso a la estación e ingresados a una oficina en donde se encontraban militares de más alto rango. Con la ayuda de Sook comenzó el interrogatorio. Fue muy grande su desconsuelo al escuchar el pito del tren que anunciaba su partida.

Sook repitió la versión que ya había dado en otros lugares. El funcionario de turno, que parecía ser el jefe, alternaba la mirada entre ellos y la joven traductora mientras revisaba los pasaportes. Tomó el teléfono y se comunicó con el comando central para reportar la presencia de los extranjeros. Recibió unas órdenes desde el otro lado de la línea y colgó el auricular.

De manera enérgica y decidida el sujeto impartió órdenes a sus subalternos para trasladar a los pasajeros al estacionamiento, donde se encontraban los vehículos de la guardia. Los subieron a uno de los autos y emprendieron la marcha escoltados por dos motocicletas. No tenían la más remota idea de cuál sería el destino de este viaje.

Luego de un largo y silencioso trayecto llegaron al centro de la ciudad, a una edificación moderna con inmensos jardines de flores de colores que formaban la figura del escudo de Rojo Oscuro. Se trataba de uno de los palacios de gobierno, según les informó Sook. Estaban del todo en manos de sus captores. La única posibilidad de maniobra que tenía Stephen era usar la sindéresis, pero la presencia de Lucine lo maniataba.

## CAPÍTULO XVII

Llegaron a un gran salón donde los esperaban sentados una treintena de militares que serían los reemplazos de los dirigentes que habían fallecido en la mansión. A la cabecera de la mesa estaba un hombre que se distinguía de los demás por el traje negro que llevaba, muy similar al que usaba el fallecido presidente. Los demás usaban trajes militares corrientes. Con un movimiento de su mano ordenó a los soldados que acercaran hacia él a los extranjeros. El hombre hablaba muy bien su idioma, por lo que Stephen consideró que podía ser un buen comienzo.

—No voy a hacer muchas preguntas —dijo el hombre—. Pero espero que me respondan con la verdad y con toda claridad me expliquen los hechos. En primer lugar, quiero informarles que a partir de hoy he sido nombrado por el comité del partido dirigente como el nuevo presidente de Rojo Oscuro. Con nuestro comandante supremo fallecieron también quince de los dirigentes que seguían en la cadena de sucesión al poder. Yo me encontraba en misión diplomática en el exterior y por eso no pude acudir a la residencia de nuestro amado presidente. El lugar al parecer está contaminado por una especie de plaga y nuestra agencia de inteligencia considera que por ahora es peligroso acercarse. Decenas de personas, incluyendo a nuestro jefe supremo y a los más preciados dirigentes, han sido afectadas. Se ha ordenado acordonar toda la zona para investigar lo sucedido y poder identificar la causa de la tragedia, así como para descontaminar el lugar, retirar los cuerpos y empezar los rituales funerarios correspondientes. Entiendo que usted sabe de qué le estoy hablando y que su presencia en nuestro país obedece a que nos permitiría obtener respuestas y soluciones a esta peste mundial que no esperábamos se presentara tan pronto y mucho menos con las personas más importantes y relevantes para esta nación, así que respóndame, ¿por qué se encontraba huyendo de las autoridades?

—En primer lugar, le ofrezco mi saludo como nuevo presidente de esta gran nación —expresó Stephen—. En realidad, no estábamos huyendo de nadie, sino que intentábamos encontrar la forma más segura de contactar a una autoridad que creyera nuestra versión y nos pudiera auxiliar. La doctora Lucine y yo nos encontrábamos en la mansión invitados por el propio presidente para dialogar y

asesorarlo en los procedimientos para enfrentar la situación mundial con relación a la epidemia. Fuimos atendidos de manera tan generosa y hospitalaria que tomamos la decisión de aceptar el amable ofrecimiento de permanecer unos días más disfrutando de su afable y enriquecedora conversación. Sin embargo, en un momento en el que adelantábamos un trabajo de investigación solicitado por el presidente fuimos advertidos de una orden de evacuación inmediata. Sonaban las alarmas y todo se convirtió en caos y confusión. Nos subieron a una ambulancia en la que fuimos alejados del lugar y luego abandonados.

»Caminamos hasta encontrar el poblado en donde conocimos a la señorita Sook, quien de manera amable y desinteresada nos ayudó a llegar a la capital y así contactar con ustedes para gestionar el regreso a nuestro país. El fallecimiento del presidente ha generado hostilidad de los militares en la calle, a quienes vimos disparar y golpear a los ciudadanos; eso nos generó mucho pánico y por eso decidimos trasladarnos al aeropuerto para intentar viajar y desde el exterior contactar al nuevo gobierno para terminar nuestro trabajo en este país».

—Eso fue una gran imprudencia de su parte —indicó el nuevo presidente—. Hubiera podido ser ejecutado de manera sumaria por nuestros hombres mientras toda la Unión de Naciones lo buscaba. Hemos recibido una gran cantidad de solicitudes diplomáticas exigiendo su regreso inmediato. No obstante, no puedo liberarlo tan fácilmente por cuanto usted había sido invitado a cumplir una misión que no ha culminado y no sabemos cuánto tiempo más tendremos que esperar.

—En efecto, señor presidente —respondió Stephen—. Estábamos concluyendo la labor cuando se presentaron los hechos que le he relatado y tuvimos que abandonarlo todo debido a la evacuación de la residencia presidencial. Sin embargo, le doy mi palabra de que llegaremos a nuestro laboratorio a continuar la tarea con el fin de obtener, en el menor tiempo posible, el resultado que nos había solicitado su antecesor y suministrárselo tan pronto como esté disponible.

El nuevo presidente, que hasta el momento había mostrado una actitud muy seria, lanzó una fuerte carcajada que retumbó en el salón.

—Debo reconocer que es usted muy astuto —dijo, luego de recuperar la compostura—, pero nos cree muy ingenuos si piensa que lo dejaremos ir y nos quedaremos a esperar a que vuelva o nos envíe el antídoto contra la epidemia. En realidad, tiene dos opciones: trabaja y obtiene aquí la fórmula, o regresa solo a

terminar el trabajo en su laboratorio y vuelve por su colega con el resultado definitivo en el menor tiempo posible; si no se presenta en un tiempo prudencial, ejecutamos a su compañera.

—Trabajar en nuestro laboratorio —dijo Stephen— producirá resultados más rápido, pero debo contar con la experiencia y conocimiento de mi colega para ser más eficiente. Por lo tanto y dado que no podría viajar sin ella tendríamos que desarrollar el trabajo aquí, con las dificultades y dilación de tiempo que usted no se puede permitir.

—Pues bien, profesor —exclamó el presidente—. En este caso tendremos que llevar a cabo el Plan C, que usamos en muy escasas situaciones, pero no me deja otra opción. Voy a explicarle de qué se trata y espero que entienda que las incomodidades que le pueda acarrear durarán mientras termine su trabajo y nos suministre el resultado. Antes de emprender su viaje de regreso, que empezaremos a coordinar de inmediato para que se produzca en las próximas horas, le será incrustado a manera de implante molar un dispositivo que solo le podemos retirar nosotros mismos. Cualquier intento de manipulación con instrumentos diferentes a los nuestros lo hará explotar. Por lo tanto, usted viajará, desarrollará la fórmula y regresará para hacerle el retiro del dispositivo sin riesgos para su integridad personal. El elemento, además de ser explosivo, nos permitirá conocer su posición en cualquier parte del planeta en que encuentre. Adicionalmente y para garantizar que se dedicará de tiempo completo a encontrar la fórmula le acompañará una persona de nuestra entera confianza, quien nos mantendrá informados sobre sus actividades. Usted deberá encargarse de que esta persona esté siempre a su lado. Una acción deliberada de su parte podría hacer que se active el explosivo que contiene el dispositivo oral; así que continuará en compañía de su traductora la teniente Sook, de las Fuerzas Especiales de Inteligencia Ultra Secreta de Rojo Oscuro.

Lucine y Stephen voltearon a mirar a Sook, quien seguía manteniendo su tierna e inocente mirada. Estaban estupefactos, no podían creer que habían compartido los últimos días y tantas aventuras con una agente del servicio ultra secreto. Estaban convencidos que se trataba de una joven subyugada y sin futuro en esa nación y que participaba de verdad en la fuga con ellos. Sin que se percataran, los había entregado a las personas de las que huían.

Stephen recordó lo que Sook había dicho en alguna de sus conversaciones de que nadie aprende otro idioma en este país si no pertenece a la clase gobernante del estado o es un funcionario con delegaciones especiales; en su caso ella lo era

como agente secreta. Vino entonces a su memoria una frase que alguna vez su padre le había dicho: «La única forma de poder confiar en alguien es que ladre».

Ni siquiera Lucine con su experiencia en el servicio de inteligencia sospechó que Sook pudiera ser una integrante de la fuerza militar. La veía tan frágil, tan vulnerable. Había intentado preguntarle sobre la manera como había aprendido el idioma extranjero a pesar de las inmensas restricciones, pero lo había hecho más por curiosidad femenina que por encontrarla sospechosa.

El presidente agradeció y felicitó a Sook por su excelente trabajo y le ordenó salir y preparar el viaje en compañía de los extranjeros.

Mientras tanto, dos hombres sujetaron por los brazos a Stephen y lo condujeron al consultorio odontológico donde sería intervenido para realizarle el implante. Hasta el momento había tenido muchas experiencias desagradables, pero esta lo iba a acompañar por mucho tiempo.

En el consultorio odontológico lo obligaron a sentarse en la silla, lo acostaron y lo sujetaron con firmeza, de tal manera que quedó inmóvil por completo. Cuando estaba listo apareció una mujer con el atuendo quirúrgico. Stephen la observaba mientras ella se ajustaba los guantes de cirugía y preparaba unos instrumentos para la efectuar la intervención. La mujer le abrió la boca y le colocó un aparato que le impedía cerrarla; le puso algo de anestesia en las encías y de inmediato sintió todo el costado grueso e insensible. Como todas las piezas dentales del paciente estaban completas y sanas, la odontóloga seleccionó una de su gusto, lo más oculta posible para no ser notada y le practicó la respectiva exodoncia.

Era la primera vez que perdía una de sus piezas dentales. La sensación y el dolor fueron espantosos, y esto era solo el comienzo. No se reponía de la desagradable sensación cuando escuchó el ruido de un taladro que la mujer le introdujo en la boca para abrir un orificio en el lugar donde iría el implante. Cuando la broca del taladro rozó sus nervios Stephen alcanzó el umbral del dolor y no pudo soportar más.

No supo cuánto tiempo estuvo inconsciente. Cuando despertó Lucine se encontraba a su lado y le ponía compresas frías en su rostro para evitar la inflamación. Le mostró la radiografía que le habían entregado, en donde se podía apreciar el dispositivo de titanio incrustado en su mandíbula por si acaso le quedaba alguna duda sobre lo real del procedimiento. El viaje se postergó un par de días para asegurar la recuperación y evitar cualquier reacción adversa que

obligara a retirar el dispositivo.

## CAPÍTULO XVIII

De regreso al cuartel general de la Unión de Naciones Stephen presentó un informe ante el comité de delegados, que estaban muy preocupados por la suerte de los dos científicos. Habían pasado varios días en los que se había perdido el contacto, lo que hizo temer a todos un desenlace fatídico.

Antes de iniciar su presentación Stephen le solicitó a Sook acercarse para presentarla ante el auditorio y con palabras de elogio informó que se trataba de la persona que les había ayudado a salir ilesos de Rojo Oscuro. Su colaboración y ayuda desinteresada les había permitido estar siempre seguros. En adelante ella acompañaría al equipo científico como parte del reconocimiento por su labor. Su participación había sido tan relevante que el mismo Stephen en persona había pedido al recién posicionado presidente la autorización para que la joven los pudiera acompañar. Los delegados se pusieron de pie y con un fuerte aplauso ovacionaron a la invitada, quien con su tierna y humilde mirada agradeció el gesto de la concurrencia.

Cumplido el acto de agradecimiento se dispuso a relatar lo acontecido en las visitas a los países que según la Unión de Naciones requerían con mayor urgencia la asesoría.

—Voy a exponerles en términos generales —dijo Stephen— la situación en los estados que me recibieron y lo que esperan de nosotros en el corto plazo. En todos los casos existe una preocupación enorme por la llegada de la epidemia. Todos coinciden en haber sufrido en sus territorios el efecto de la sustancia que produce las muertes. El pedido por lo tanto es que suministremos lo más pronto posible una solución concreta para frenar el avance de la plaga. Los países visitados están de acuerdo en otorgar los recursos económicos, técnicos y científicos que sean necesarios para apoyar la búsqueda de una solución definitiva. En Azul y Verde, las medidas implementadas han dado resultados positivos. Aunque no visitamos Rojo, sabemos que también ha decidido hacer alto al fuego en todas las regiones del mundo donde intervienen para evitar el riesgo de muerte de los miembros de sus ejércitos. Por el momento nadie habla de guerra, todos los intereses están concentrados en obtener la solución para

salvar a miles de personas que se verán afectadas en sus países, incluyendo a sus propios gobernantes, como ocurrió de forma lamentable en Rojo Oscuro, de lo cual fuimos testigos con la doctora Lucine.

—La tensión mundial es creciente —intervino el Secretario de la Unión de Naciones—. Todos los países han enviado delegados permanentes a quienes debemos informar sobre los avances de nuestras investigaciones. El problema es que no sabemos cuándo estaremos listos para presentarle al mundo una solución.

—Nos encontramos trabajando en eso —les respondió Stephen, mirando con sutileza a Sook—. Lo que me inquieta es que no noté verdadero interés de encontrar la solución por parte de los gobiernos mundiales. Para estos no se trata en el fondo de evitar las muertes y tragedias que causa la epidemia en los civiles sino de la necesidad de asegurarse la protección para sus ejércitos y poder continuar las guerras sin sufrir bajas por los efectos de la sustancia. Aunque parezca irónico la epidemia ha resultado ser una especie de seguro temporal para miles de víctimas inocentes en aquellos lugares donde la anarquía de la guerra no les brinda ninguna posibilidad de salvación. Por lo tanto, considero que una vez obtengamos la solución científica al problema se tomen las medidas diplomáticas necesarias para que no se convierta nuestro trabajo en la licencia perfecta para tiranizar, avasallar, invadir y asesinar sin el temor de ser juzgados por la sindéresis.

En los días que siguieron Stephen organizó el trabajo en su laboratorio. Por fortuna Nazomi se había recuperado y podía participar de nuevo en las investigaciones. Tanto ella como Lucine se habían convertido para él en personas en las que podía confiar hasta cierto punto. Podría acordar con ellas un mecanismo para entregar la vacuna al gobierno de Rojo Oscuro antes de anunciarla de manera oficial al resto del mundo.

Stephen se empeñó en encontrar la manera de prevenir el fatal ataque de la sindéresis. Probó todas las alternativas que se le ocurrían, pero ninguna parecía funcionar; era como si la propia naturaleza le impidiera acertar. Sentía la necesidad de lograrlo cuanto antes pues muchos científicos de reconocimiento mundial trabajaban en lo mismo y podía ser, incluso por serendipia, que fueran ellos quienes lograsen obtener la solución final. Esto no estaría mal si no fuera por la amenaza que llevaba en su boca y que lo haría volar en átomos si no aseguraba al gobierno de Rojo Oscuro ser los primeros en poseer la protección.

En esos mismos días tuvo que presentar uno de los informes periódicos de

avance de la investigación a los delegados permanentes de los gobiernos mundiales que se reunían cada semana esperanzados en escuchar del científico el anuncio del anhelado hallazgo. Fue acompañado de Sook, quien se había convertido en su sombra y no lo abandonaba en ningún momento. Salieron en el vehículo oficial de la Unión de Naciones, asignado de forma exclusiva para los desplazamientos que él tuviera que realizar dentro de la ciudad.

Habían avanzado unas cuadas cuando un elegante vehículo los golpeó por sorpresa en la parte trasera. El conductor detuvo la marcha para bajarse a revisar los daños y en ese momento aparecieron varios hombres armados. Unos obligaron a descender a Stephen y a Sook y los subieron al vehículo que había causado el accidente mientras los otros introducían sin pérdida de tiempo al conductor en el auto oficial, tomaban el control del mismo y se marchaban con rumbo desconocido. El vehículo donde se encontraban ahora Stephen y su acompañante partió en dirección contraria a la que llevaba. Sin permitirles la más mínima posibilidad de reacción los sujetos les pusieron unas capuchas negras en sus cabezas y los doblaron en el asiento trasero del automóvil. Un rato después se detuvieron, los despojaron de las capuchas y los bajaron a un muelle privado donde los esperaba un lujoso yate al que fueron invitados a subir con modales amenazantes.

El interior de la nave era de gran lujo. La habitación tenía unos ventanales de vidrios polarizados que permitían ver la piscina y los jacuzzis donde se divertían mujeres de cuerpos fabulosos y hombres con barrigas prominentes. En el amplio espacio unos hombres de traje casual y elegante departían y tomaban licor en sendos sillones de cuero blanco. Debían ser muy adinerados pues lucían joyas en sus dedos, muñecas y cuellos. Las despampanantes mujeres que los acompañaban hacían parecer a Sook una infortunada cenicienta.

Uno de los anfitriones, hombre recio, de espeso bigote y abultado vientre invitó a sentarse a la pareja de «convidados», mientras una de las mujeres de cuerpo de modelo como las que anuncian los rounds en los encuentros boxísticos les ofreció una bebida en copas de fino cristal.

Ambos rechazaron la bebida y Stephen, sin ocultar su molestia, le exigió al anfitrión una explicación sobre las razones por las cuales los había traído a este lugar. Le informó que lo estaban esperando en una reunión a la que debía llegar en poco menos de media hora o de lo contrario la irregularidad dispararía su búsqueda por toda la ciudad.

—Bien —dijo el desconocido—, mi nombre no importa, pero todos me llaman «el Patrón». Me encuentro aquí en representación de las mafias más poderosas del mundo. Hemos adquirido esta lujosa nave para sostener esta reunión. Vamos a dar un paseo por las costas de este continente para que usted tenga el tiempo suficiente de responder a unos interrogantes de nuestras organizaciones. Por el momento necesitamos saber cuál es el rol de su amiga, ya que podemos evitarle las incomodidades del viaje, dejarla en el muelle y reemplazar su compañía por la de una de nuestras asistentes, que creemos le será de mayor agrado. Aunque en parte el siniestro personaje tenía razón, Stephen no podía permitir que lo separaran de la joven espía.

—Su nombre es Sook —respondió Stephen—, viene de Rojo Oscuro para colaborar en unas investigaciones científicas que adelantamos para su gobierno. Su presencia es determinante para garantizar la supervivencia de todos, es complejo de explicar, pero no puedo ir a ninguna parte sin su acompañamiento.

Los sujetos se cruzaron miradas de asombro. Pocos machos se daban el lujo de rechazar una compañía como la ofrecida por ellos, pero como no se trataba al fin y al cabo de un viaje de placer o negocios sino de asuntos de vida o muerte, accedieron a permitir la estada de Sook en el yate, que inició su navegación al momento. Empezaba así un prolongado y muy poco agradable crucero por el mar.

—Pónganse cómodos —sugirió el Patrón—. Disponemos de mucho tiempo para conversar, así que beban lo que deseen y traten de disfrutar el paseo. Tenemos conocimiento de que en la actualidad usted es la única persona que puede descubrir la cura o el antídoto para la epidemia que pone en peligro nuestras vidas. Sabemos que somos personas vulnerables a la plaga, pues la muerte es inherente a nuestro trabajo ya que debemos «limpiar» en forma permanente el camino. Aunque no lo crea, somos más de los que usted imagina quienes nos dedicamos a nuestra clase de negocios.

»Comprenderá que todos quieren vivir esta vida de yates, mujeres hermosas, joyas, los más finos licores y manjares; pero eso implica también disponer de las mejores armas, comunicaciones y hombres dispuestos a defender con su vida a sus jefes. A pesar de todos los riesgos de nuestro trabajo lo único que no estaba presente en nuestro panorama era la aparición de la plaga y que se convirtiera en el enemigo invisible que nos puede llevar al exterminio y acabar con el disfrute

de este efímero pero agradable paraíso. Entenderá que, si podemos derrochar todo este dinero para llevar a cabo la presente reunión, también disponemos de muchísimo más para ponerlo a su disposición en el lugar que nos indique a cambio de suministrarnos un antídoto o vacuna que nos garantice la inmunidad a la peste».

—Trabajamos en eso —explicó Stephen—. Tengo a mi cargo un grupo de científicos que trabajan las veinticuatro horas todos los días para encontrar la solución. Pretender que en este barco diseñado para disfrutar de los placeres del sexo y el licor se pueda trabajar y obtener lo que ustedes requieren es una utopía.

Los hombres sonrieron como mentecatos y miraron al Patrón en señal de que el científico tenía razón y el lugar no era apto desarrollar un trabajo de esas características.

—Describanos lo que necesitaría un laboratorio —dijo el Patrón— y lo tendremos listo en el próximo puerto al que arribemos. Podemos conseguir y poner a su disposición a las personas de su equipo que requiera si no puede lograrlo solo con su compañera. Lo único cierto, y quiero que lo tenga bien presente es que no volverá a su laboratorio sin antes terminar el trabajo para nosotros. Su vida y la de su asistente dependen de la obtención de la vacuna y su debida comprobación.

Stephen estaba en serios problemas, pero no era el momento de usar el tarjetero porque la presencia de Sook podría ser inconveniente. Si ella descubría que él poseía la sindéresis confirmaría a su gobierno su autoría en la muerte de su líder y el dispositivo dental sería accionado sin contemplaciones.

Ante la situación y con el propósito de ganar tiempo para encontrar una salida Stephen describió un laboratorio complejo, con quirófano incluido y elementos de alta cirugía para intervenir por medio de laparoscopia el cerebro. Tendrían que montar una clínica y dotarla con los elementos solicitados. Hacía mucho tiempo había abandonado la cirugía para dedicarse a la investigación, pero aún podía servirse los conocimientos adquiridos en la universidad. Uno de los hombres tomó atenta nota de todo el pedido e inició de inmediato las gestiones. A pesar del poder aparente de los bandidos, Stephen consideraba que sería imposible disponer en unos pocos días de una estructura como la que había solicitado. Se requeriría de mucho dinero y varios meses para lograrlo.

Pasaron varios días en el yate, el último lugar donde se le hubiera ocurrido a la Unión de Naciones buscarlos; estaban muy lejos del radio de búsqueda que

hubieran podido establecer. Durante este tiempo el Patrón y sus hombres comieron opíparamente y bebieron hasta la embriaguez total. Sin embargo, había muchos hombres encargados de la seguridad que no perdían de vista a la pareja.

Sook no había estado nunca en un barco como este. No imaginó que pudiera existir tanto lujo y abundancia, navegando sin problemas semanas enteras por el mar con sus pasajeros, que disfrutaban como si estuvieran en una playa en el continente.

Lejos estaba de imaginar que el fallecido presidente de Rojo Oscuro no solo tenía un yate de uso exclusivo para él sino que era incluso más lujoso. Con alimentos, bebidas y tabacos importados, de la más selecta calidad y con mujeres tan hermosas como las que atendían en este barco, todas dispuestas a satisfacer los deseos de su conspicuo y venerado líder. Pero el pueblo desconocía esa forma de vida y los que sabían de ella consideraban que era lo mínimo que se merecía el protector y héroe de la nación. No se podía pensar nada malo sobre él; debían proyectar la imagen de persona correcta, honrada, culta y en extremo inteligente que dedicaba su vida al bienestar y felicidad del pueblo. Esto se le inculcaba a cada ciudadano desde su nacimiento hasta la muerte.

Con el conocimiento que tenía sobre el comportamiento humano a Stephen le costaba todavía mucho creer que una persona con la inteligencia de Sook apoyara a un gobierno absolutista como el de Rojo Oscuro; pero su vida dependía de ella y tendría que protegerla hasta que lo liberaran del implante oral.

Una noche se desató una fuerte tormenta durante el crucero. El barco tambaleaba de tal manera que los hombres que se encontraban ebrios tuvieron que ser amarrados a sus camarotes para que no volaran por los aires. Sook empezó a sollozar, manifestando por primera vez su temor. A pesar de todo el daño que le había causado la joven mujer Stephen sintió compasión al verla tan frágil y desamparada; después de todo ella era una víctima más del régimen. Tomó sus manos entre las suyas e intentó consolarla.

Un poco más tranquila, Sook empezó a destapar las verdades que Stephen desconocía sobre su infancia. Lo hizo en voz baja para evitar ser oída por los guardias.

—Desde muy pequeña —contó Sook— fui reclutada junto con otros niños. Fuimos separados de nuestros padres y entrenados para aprender el idioma extranjero y el manejo de las armas. Aunque en esto último tuve muy mala suerte porque en una oportunidad se me disparó accidentalmente el fusil y le quité la

vida a un niño que se había convertido en mi amigo más cercano. A partir de entonces fui apartada de todo lo que tuviese que ver con esos artefactos y me enfocaron en la inteligencia.

»Los agentes como yo tenemos acceso a información confidencial, como los experimentos de tortura y ejecuciones extra juicio que se ordenan para garantizar la seguridad del Estado. Para garantizar nuestra lealtad y sumisión nos han instalado en la boca un dispositivo similar al que usted lleva, que además de informar sobre nuestra ubicación en cualquier parte del mundo puede explotar, incluso si no se mantiene a la temperatura corporal; su extracción no es posible si antes no ha sido desactivado.

»Al menos cada cinco días debo enviar a Rojo Oscuro una señal. No hacerlo, significa que la misión está en peligro y en estos casos se suele activar el dispositivo del agente. En este momento, por ejemplo, nos encontramos en riesgo: ya estoy al límite del tiempo permitido para establecer comunicación. Quienes monitorean nuestros movimientos deben estar extrañados por nuestra posición actual; no cuentan con la información que les permita entender por qué viajamos sin rumbo por el mar por tanto tiempo. Nuestra suerte depende de poder enviar una señal lo más pronto posible.

»Entiendo su desilusión conmigo, pero como puede darse cuenta no tengo muchas opciones de resistirme y mucho menos enfrentar a mi gobierno; soy una simple esclava del régimen; ellos pueden tomar mi vida en cualquier momento. Solo debo obedecer ciegamente las órdenes si quiero prolongar mi existencia. Un mínimo error y mi vida la terminan al oprimir un botón».

Las revelaciones de la joven dejaron muy impactado y preocupado a Stephen; no solo andaba con un explosivo más a su lado, sino que la única opción que tenía de utilizar las moléculas de su tarjetero debía descartarla ya que Sook podía ser víctima de la sindéresis y su muerte activaría en forma automática su dispositivo y segundos después el de Stephen. Pocas veces se había arrepentido de las aventuras que había vivido tras su descubrimiento de la sindéresis, pero en ese preciso momento consideraba que si pudiera daría marcha atrás y tal vez no comenzaría de nuevo. Quizá su padre no calculó los peligros a los que estaría expuesto al heredar el secreto.

Stephen aprovechó el estado de embriaguez del Patrón para pedirle el permiso para la comunicación que Sook necesitaba hacer con extrema urgencia.

—Señor Patrón —le dijo Stephen al hombre, que tenía la mirada perdida por los efectos del alcohol y las drogas—. Necesito pedirle un favor muy especial.

Como es de su conocimiento, mi asistente proviene de un país con unas disposiciones legales y controles a sus ciudadanos muy complejos. Para poder obtener el permiso de emigración ella se comprometió a reportarse periódicamente; de no hacerlo, un miembro de su familia será ejecutado cada vez que omita el compromiso. Hemos estado en este lugar por varios días y tememos por la vida de sus padres y por toda su familia; es por esto que le ruego le permita a mi asistente enviar el mensaje para reportarse y no poner en peligro la vida de sus seres queridos.

El hombre sonrió en medio de su embriaguez y con palabras un poco enredadas respondió:

—Usted bien sabe que eso no es posible. De ninguna manera podemos permitir que se descubra su presencia en esta embarcación. Lamento la suerte de los padres de su asistente; mejor los invito a que se unan a nuestra fiesta para que traten de pasar un buen momento mientras se encuentren aquí. Muy pronto estará listo su laboratorio y entonces no le va a quedar tiempo para otra cosa que no sea trabajar.

—Trabajaremos y le entregaremos en forma oportuna lo que necesita— dijo Stephen—. Sin embargo, debe permitirle a mi asistente un corto mensaje de reporte; es solo para decir que se encuentra bien y que su vida se la debe al Estado. Es lo único que contendrá su mensaje; con eso, estaremos todos más tranquilos.

El Patrón lo pensó unos instantes, si es que podía pensar en ese estado y con un grito y palabras soeces autorizó quince segundos para la comunicación. Si Stephen le hubiera dicho que la llamada no solo salvó la vida de los padres de Sook sino la de todos los que se encontraban en el yate porque se habían evitado la explosión de los dispositivos en sus bocas, de seguro los habrían lanzado al mar.

El contacto se logró y Sook alcanzó a advertir que el viaje marítimo tomaría varios días y el reporte lo realizaría en la medida de las posibilidades para no levantar sospechas innecesarias. A partir de ese momento se ajustó la vigilancia que había sobre la pareja. Un hombre corpulento, de aspecto macabro y mirada intimidadora se sumó al personal que les hacía seguimiento.

Al día siguiente el Patrón informó a Stephen que estaban listos para ubicarlo en un lugar que habían logrado adecuar con la mayoría de los elementos que les había solicitado. Ahora vendría su parte de mostrarles cómo haría para desarrollar la cura o el antídoto que tanto anhelaban.

Los instrumentos quirúrgicos solicitados por Stephen no tenían otro propósito que el de complicar y demorar el montaje del laboratorio. En realidad, la última posibilidad que había contemplado era la de intervenir el cerebro; sin embargo, empezaba a considerar esta opción ya que conocía a la perfección la ubicación del microscópico punto del cerebro de los asesinos donde ocurría la reacción bioquímica con la sindéresis.

Todo el esfuerzo requerido para buscar la vacuna o el antídoto se había agotado y el ultimátum de los mafiosos no le dejaba margen de maniobra. Se arriesgaría a practicar la cirugía para extraer esa ínfima porción del cerebro que

constituía la marca del asesino. Sin ella en la cabeza no habría contacto con la sindéresis. Necesitaba un conejillo de indias para la cirugía, algo sencillo de lograr en el grupo de personas que obedecían al Patrón, incluso él mismo podría ser el primer paciente.

Stephen diseñó un protocolo de intervención pre y posquirúrgico para lanzarse a la aventura. Era la última carta que le quedaba. Si fallaba se acababan sus posibilidades de continuar. Sería el fin.

## CAPÍTULO XIX

Pasados unos días el Patrón llegó al improvisado pero muy bien dotado laboratorio con el fin de revisar el avance de las investigaciones. Stephen le informó que estaba listo para efectuar las pruebas correspondientes con el procedimiento diseñado por él y le explicó los posibles riesgos que podrían presentarse con su aplicación en una persona. El caso era que no se podía ensayar en animales porque los efectos de la epidemia solo aparecían en los humanos y no se conocía la causa para poderla inducir en un animal de laboratorio.

Para no incurrir en decisiones que pudieran perjudicar a sus hombres el Patrón le otorgó a Stephen la posibilidad de seleccionar entre sus secuaces al candidato más adecuado para aplicarle el procedimiento y observar el resultado codiciado por todos; él mismo sería el siguiente en someterse a la prueba, claro, si todo salía bien. Cualquiera que escogiera Stephen cumpliría con el requisito principal.

El científico ya había descartado a las mujeres y entre los hombres el que más temor le producía era sin duda el corpulento y desagradable individuo que los vigilaba con sigilo desde la comunicación de Sook con Rojo Oscuro. Por lo tanto, eligió al gigante, al que no pareció gustarle mucho la idea de someterse de primero a la prueba y eso que desconocía que el científico penetraría su oscuro cerebro.

—Es la mejor elección —dijo el Patrón—. Se trata del hombre de mi más entera confianza y el que más necesito saber protegido. Además «el Cerdo», como le llamamos con cariño, desconoce el escrúpulo, lo que le permite realizar cualquier trabajo sucio que se le encomiende. Posee el récord de asesinatos de su propia mano por medio de técnicas diferentes. Es en definitiva quien necesita con mayor celeridad el tratamiento.

Stephen no era experto en cirugía cerebral pero el quirófano había sido adecuado con tan excelente tecnología que se podían realizar procedimientos con el mínimo de invasión y afectación del delicado órgano. Aunque sentía algo de temor le daba confianza pensar que si bien el hombre que tenía en sus manos merecía la justicia natural de la sindéresis, trataría de salvarlo. En primer lugar, había que someter al Cerdo a un riguroso plan para bajar de peso y llevarlo hasta

un nivel adecuado, de tal manera que pudiera soportar la cirugía sin complicaciones.

Días después el paciente se encontraba preparado para la intervención. Stephen había repasado una y otra vez el procedimiento quirúrgico que realizaría; debía resultar exitoso o de lo contrario su vida y la de Sook correrían un peligro adicional al que llevaban implantado en sus bocas. Con todo listo y con Sook como asistente de quirófano Stephen inició la intervención. Había estudiado y manipulado tantas veces el cerebro que pudo acceder con precisión al lugar identificado por él como el punto de contacto para la sindéresis. No le llevó mucho tiempo extraer la pequeñísima porción de cerebro del hombre responsable de enormes desgracias, tragedias y dolor para muchas personas. La cirugía fue un procedimiento limpio y rápido pero el paciente debía reposar unas horas antes de probar el resultado.

El Patrón fue enterado de la exitosa operación. Ansioso y alborozado se dispuso a celebrar con sus secuaces lo que consideraban podía ser el inicio del más próspero negocio que jamás habían imaginado.

Mientras tanto, la Unión de Naciones buscaba a Stephen y a Sook por todas partes. Ya era una noticia mundial su desaparición y todos los gobiernos manifestaban su angustia pues tenían la esperanza de que él encontraría la fórmula para prevenir la pandemia. Los servicios secretos de Azul, Verde y Rojo se habían unido por primera vez para efectuar la búsqueda de la pareja.

La información internacional permitió que el gobierno de Rojo Oscuro se enterara de la grave situación del científico y su ciudadana. Eran los únicos que conocían la ubicación exacta de los desaparecidos, así que prepararon un comando de supera gentes para rescatar en secreto a la pareja y regresar con ellos.

En cuestión de horas los hombres del comando ya tenían vigilado y rodeado el centro médico, ubicado gracias a las coordenadas establecidas por la emisión de las señales de los dispositivos. Tendrían que efectuar el análisis de los movimientos de las personas al interior del establecimiento antes de iniciar la intervención.

El tiempo para verificar el estado de salud del paciente se había cumplido. Había Llegado el momento de establecer el resultado de la intervención, por lo que Stephen pidió a Sook impedir el ingreso de cualquier persona hasta que él lo autorizara.

Stephen entró a la sala donde se recuperaba el paciente y se encerró con él. Retiró la cortina que lo aislaba para observar su estado y de inmediato le impactó

la nueva expresión del rostro del hombre: su aspecto macabro había desaparecido. Se mostraba algo confundido, pero estaba del todo transformado. Temeroso y humilde, preguntó por su estado de salud. No recordaba lo que le había sucedido, ni el motivo exacto por el que estaba hospitalizado. Stephen lo tranquilizó y le informó que le mostraría una tarjeta de presentación para que supiera quién era el doctor que lo estaba atendiendo y probar de paso si su capacidad de leer se había visto afectada.

El científico tomó su tarjetero y con gran expectativa lo destapó, sacó una tarjeta y se la entregó para que la leyera. El hombre pudo leer sin dificultad, lo que mostró que su zona de lectura no había sido afectada por la intervención. Ahora había que revisar su motricidad, así que le pidió levantarse, caminar y realizar unos movimientos con sus pies y con sus brazos. El cerebro también coordinaba este aspecto sin problemas. Lo más importante era que no había presentado los síntomas del ataque de la sindéresis. Al contrario, el hombre se veía muy bien, lo que resultaba sorprendente. Stephen le practicó a continuación un test especial para determinar su grado de violencia y el resultado lo dejó atónito. La agresividad y la violencia en el individuo eran prácticamente nulas. El área del cerebro que Stephen había retirado del hombre era ni más ni menos que la responsable de la violencia y la agresividad. Se podría decir que el individuo había vuelto a nacer y estaba a salvo de la epidemia.

Stephen contactó al Patrón para entregarle el reporte de los resultados. El hombre llegó casi de inmediato, radiante, con su séquito de guardaespaldas.

—Señor —dijo Stephen—, la cirugía ha sido un éxito rotundo—. Su hombre se recupera a satisfacción y se encuentra a salvo de la epidemia. Sin embargo, notará algunos cambios en su personalidad que le impedirán volver a usar armas o agredir a otra persona. Se ha eliminado ese impulso de su cerebro.

Sin terminar de entender la explicación de Stephen, el Patrón ingresó al lugar donde se recuperaba el paciente y con solo mirarlo comprendió que se trataba de otra persona.

—¿Qué le ha hecho a mi hombre? —cuestionó—. Lo ha vuelto un idiota. ¿De qué me puede servir un tripudo como ese si no podrá realizar el trabajo en el que se había especializado? Las torturas y las ejecuciones eran sus actividades preferidas. El Cerdo además era el instructor de todos los iniciados en los métodos de tortura y desaparición, que él mismo ideaba. Le voy a dar unas horas para que restablezca las condiciones de mi hombre de confianza. Como lo ha

dejado no lo necesito.

—Me temo que no será posible, señor —respondió Stephen—. Tratándose del cerebro hay algunas posibilidades a la hora de extirpar y extraer, pero ninguna para restablecer conexiones sinápticas o trasplante de alguna de sus partes. El hombre ha perdido esas «facultades» pero ha ganado otras como capacidad intelectual y razonamiento lógico, aunque las empleará en acciones pacíficas.

El Patrón estaba enfurecido. ¡No podía ser posible que además de inepto para la violencia el Cerdo se hubiera vuelto inteligente y racional!

—Quítele la inteligencia y devuélvale la euforia de varón salvaje que poseía —dijo—. No crea que me someteré a su bisturí para que me convierta en eso; lo mejor es que vaya pensando en otra forma de protección contra la epidemia porque ninguno de nosotros se arriesgará a perder la característica de machos capaces de matar sin temores. Mientras hablaba el Patrón tiraba al piso todo lo que encontraba a su paso, cada vez más enfurecido. De pronto sintieron una fuerte explosión que los aturdió a todos. La puerta había sido volada y en cuestión de segundos entraron varios hombres armados de pistolas silenciosas que disparaban dardos paralizantes y hacían perder el conocimiento a las personas. Los individuos estaban vestidos de negro y cubrían sus cabezas con pasamontañas, de manera que era imposible saber de quiénes se trataba. Stephen sintió alivio al creer que venían a rescatarlo hasta que sintió en su muslo el impacto del dardo. Todo en su cabeza giró y por más que intentó sujetarse de una camilla no pudo mantenerse en pie.

## CAPÍTULO XX

Stephen despertó en un cuarto pequeño, pintado de blanco y cuyo único mobiliario era la camilla donde estaba acostada. Intentó levantarse, pero no pudo porque unas correas lo sujetaban. Trató de calmarse para recordar cómo había ido a parar a ese lugar, pero por más que se esforzaba no llegaba a su mente la información de los acontecimientos recientes, ni siquiera lejanos.

Tres individuos ingresaron a la habitación, desataron las correas y sentaron a Stephen en la camilla. Uno de ellos, al parecer un médico, por su atuendo, observó la dilatación de la pupila y midió la presión arterial del científico. Consideró que se encontraba en buen estado. Acto seguido lo levantaron de los brazos y lo hicieron caminar para comprobar si sus movimientos eran coordinados y tenía control sobre los mismos.

Luego fue trasladado a un salón que reconoció al instante. Se trataba del lugar donde había hablado por última vez con el nuevo presidente de Rojo Oscuro. Al momento hizo su aparición el dirigente con la seriedad que lo caracterizaba. — Profesor —dijo el presidente—, como puede observar, lo hemos rescatado sano y salvo de la complicada situación en la que se encontraba. Portar el dispositivo no fue del todo tan malo para usted, pues gracias a él conocimos su posición de manera permanente y pudimos lograr que nuestro escuadrón de asalto lo trajera de regreso junto con la teniente Sook y su paciente.

Como nos encontramos en un periodo donde no se pueden usar armas de fuego utilizamos unos instrumentos que disparan agujas con sustancias que paralizan y dejan inconsciente al adversario por un periodo aproximado de veinticuatro horas. Los tres fueron evacuados del lugar y transportados en uno de los barcos que Rojo nos permite utilizar en aguas internacionales. Lentamente irá recuperando su memoria; algo necesario en estos momentos para que me informe sobre el resultado que esperábamos y al que con seguridad usted ya llegó.

—Señor presidente —dijo Stephen mirándolo directo a los ojos—, en efecto trabajé muy duro y creo que tengo la solución definitiva. Sin embargo, antes de la entrega e implementación del procedimiento debo pedirle que ordene extraer

el dispositivo que insertó en mi boca, lo mismo que en la de Sook.

—Con su dispositivo no hay problema —dijo el mandatario—. Entiendo que extraerlo es menos traumático que colocarlo, aunque admito que en muy pocas ocasiones se ha cumplido el procedimiento de extracción. La mayoría ha tenido que ser accionada por alguna razón y los demás los portan en la actualidad algunos funcionarios del Estado. Es el caso de la señorita Sook, quien deberá mantenerlo mientras permanezca como miembro activo del gobierno. Autorizar el retiro ahora sería como despedirla de su cargo, algo poco viable si consideramos que ella sabe demasiado sobre asuntos de seguridad de Rojo Oscuro. En su caso, procederemos de inmediato a iniciar el desmonte.

—Tengo que insistirle, señor presidente —dijo Stephen—. Como se dará cuenta más adelante, los funcionarios que usted disponga para ser tratados con el mecanismo de protección que he desarrollado, entre ellos la señorita Sook, tendrán un cambio radical en su comportamiento. La modificación de sus conductas le permitirá a usted y a su gobierno confiar de lleno en su lealtad perpetua e inalterable. De hecho, puede ordenar el retiro de todos los dispositivos actuales porque no los volverá a requerir para asegurar la obediencia de la gente.

Los argumentos de Stephen avivaron a tal punto la curiosidad y el ansia en el hombre que este accedió a romper el paradigma y retirar también el dispositivo de boca de Sook con tal de tener en su poder el procedimiento creado por el científico.

El alivio que sintió Stephen al tener un implante molar normal en lugar de uno explosivo fue como el que siente un paciente al que le informan que se ha curado del cáncer. Algo aún más significativo sintió Sook, quien lo portaba desde hacía mucho tiempo y además estaba condenada a llevarlo hasta el final de sus días.

Cuando Stephen estuvo repuesto y sintió que recuperaba de nuevo su libertad acudió donde el hombre de mediana estatura y contextura gruesa sin llegar a la obesidad de su antecesor que lo esperaba sentado cómodamente en su trono. Como si contara con toda la eternidad, el presidente se sirvió un vaso de agua y se dispuso a escuchar al científico con extrema atención.

—Bien, señor presidente —expresó Stephen—, agradezco este momento que me ofrece para explicarle la metodología que le sugiero y por ahora considero más apropiada. Usted deberá seleccionar a los funcionarios que de una u otra manera le podrían suceder en el trono en caso de su ausencia definitiva. Esto

incluye a familiares y a todo el alto mando de su partido. Tendremos que someterlos a todos a una cirugía para intervenir su cerebro. He podido encontrar en la amígdala del cerebro el sitio exacto afectado por la sustancia que provoca las muertes; al extirpar esa mínima porción la persona estará salvada y no podrá ser ajusticiada por la sindéresis.

»Después de la intervención su comportamiento sufrirá algunos cambios benéficos. La lealtad en estas personas estará garantizada; es decir, será a prueba de todo. Usted podrá dormir tranquilo, pues ninguno de ellos tendrá la capacidad fisiológica de atentar ni contra usted, ni contra nadie. Es decir, perderán el sentido de la agresión, de la violencia y de la conspiración. No buscarán el poder porque el cerebro de estas personas no reconoce sus privilegios, simplemente no representa nada para su existencia. En adelante, todo será felicidad, sin importar las condiciones en que vivan. Ahora usted podrá ser el rey único, libre de los temores de ser destronado. Todos los posibles aspirantes estarán viviendo en una realidad diferente, verán el universo de otra manera porque su intelecto se incrementará y prevalecerá en sus mentes. El ego de un intelectual honesto, sincero y munífico, no siente pasión por el poder; por eso, y perdone si le parece un insulto es poco común, por no decir improbable, encontrar un mandatario o político que además de intelectualidad posea las características de honestidad y sinceridad.

»Lo que quiero decir es que ha llegado el momento para que usted cambie la historia del planeta. Por una parte, no debe tener el temor de ser agredido porque ningún gobierno del planeta estará en condición de atacar a nadie. Disponga entonces de las riquezas de su país para fortalecer el bienestar de sus ciudadanos. Termine de una vez con el horror de la injusticia y la anarquía que predominan aquí. Ya no los necesitará».

Envalentonado, Stephen prosiguió:

—Todos sus antecesores han abusado de la nobleza de su pueblo y usted lo sabe mejor que nadie. Llegó la hora y está en sus manos hacer la vida diferente para la gente de esta nación. Lo más importante de todo es que una vez termine nuestra conversación el sueño de todo un pueblo lo podrá realizar usted solo, sin la necesidad de conformar grupos de funcionarios privilegiados y con la capacidad de asesinar hasta a su propia madre con tal de pertenecer al cerrado círculo del partido gobernante. Ahora sí podrá ofrecer y garantizar la igualdad que pregona la constitución política del país, que podrá seguir llamándose Rojo

Oscuro, aunque su nombre podría cambiar a Rosado.

El presidente no aguantó más. Lanzó su vaso de agua al otro extremo de la habitación y explotó:

—Cualquiera ya hubiera sido ejecutado por menos de lo que usted acaba de decir —gritó, ofuscado al extremo por los comentarios de Stephen.

—De acuerdo, señor presidente —respondió Stephen—. Reconozco que son comentarios ofensivos para un dirigente político, pero tenemos que ser muy honestos para aceptar los cambios que sobrevienen en su país y en el planeta. Puedo empezar con las personas que usted seleccione, entre las cuales se hará necesario incluir a Sook.

Contra todos los pronósticos, el presidente accedió a iniciar el tratamiento quirúrgico, al principio con todo el gabinete, luego con los familiares y amigos y poco a poco con la mayoría de la población. La ventaja de iniciar dicho proceso en un país totalitario era que no se consultaba a la gente si estaba de acuerdo o no. Se decretaba el procedimiento y punto.

Stephen acordó con el presidente que se entrenaría a algunos cirujanos para que continuaran la aplicación de la estrategia con todos los funcionarios del gobierno, que eran muchos y luego con las pocas personas que se encontraban en prisión, pues la mayoría de los reclusos pasaba en muy corto tiempo a la pena de muerte. La estrategia del nuevo líder era garantizar la obediencia de su pueblo, pero ya no de manera violenta sino pacífica.

El único inconveniente que tendría que superar tenía que ver con que las habilidades cognitivas de las personas intervenidas quirúrgicamente con el procedimiento presentarían un desarrollo inevitable y esto suponía un tratamiento diferente en donde el respeto a los ciudadanos debería garantizarse. Contaría con una población pacífica, comprensiva y tolerante, pero intelectual. El temor no estaría dirigido a los cazadores ocultos del poder sino al desarrollo del intelecto de la plebe, considerado el peligro más significativo para un gobierno de cualquier tendencia. Funcionarios de todos los rangos junto con sus familiares fueron sometidos a la cirugía. Stephen enseñó la técnica al personal médico de Rojo Oscuro, que se convirtió en el primer país en el mundo en implementar la medida. Todas las personas que tenían implantes bucales explosivos fueron sometidas al procedimiento quirúrgico y los monstruosos artefactos les fueron retirados.

El presidente observó los cambios en las conductas de las personas y se

convenció de que ahora eran diferentes. Servían al Estado sin el interés y la ambición por el poder. El ejército se redujo pues la mayoría de los militares pasaron por el quirófano y la percepción de riesgo bajó. Un cierto porcentaje de las fuerzas militares debería mantenerse, sin embargo, hasta tanto la decisión de implementar la medida no fuera global y desaparecieran todos los ejércitos del planeta.

—He cumplido con el compromiso, señor presidente

—dijo Stephen, al finalizar su labor—. Ahora debo regresar para extender el procedimiento a otras regiones y usted no debe preocuparse por los conflictos con sus vecinos; nadie se atreverá a invadir o atacar. La guerra no es una opción en las circunstancias actuales y pronto, cuando se generalice mi procedimiento, desaparecerá. Con gusto me quedaría para ayudarle en la implementación de la nueva política social que cambiara esta nación, pero estaré observando orgulloso desde afuera el avance y desarrollo de este esplendoroso pueblo.

—Espero que así sea —dijo el presidente—. Este cambio estaba contemplado en nuestra visión de futuro para dentro de cincuenta o más años. La diferencia es que el componente militar era sin duda el más importante y donde concentraríamos gran porcentaje del presupuesto y la formación profesional y social de toda la población. El evento de la epidemia ha acelerado el proceso y siendo honestos, no estábamos preparados para el cambio en la forma en que ha sobrevenido. Si todo resulta como lo ha planteado, Rojo Oscuro le recordará por siempre. Porque, aunque usted no lo crea me siento aliviado de saber que ya no tendremos que usar las penas y castigos con ningún ciudadano de mi país; ese es un gran aporte a mi gobierno. A partir de ahora nadie tendrá temor de haber nacido en este territorio sino que se sentirá el ser más orgulloso del mundo. Disculpe todo lo malo que tuvo que soportar durante su visita a nuestro país; su vuelo le espera y regrese cuando lo estime conveniente.

Si se consideraba que su cerebro no había sido intervenido aún, la disposición por el cambio y el deseo y la esperanza de una próspera nación que manifestaba el presidente sorprendieron de forma muy grata a Stephen. Sería cuestión de tiempo que el mandatario tomara la decisión de pertenecer y vivir en el paraíso de la paz.

Stephen buscó a Sook para despedirse; se le veía por completo diferente. No le conoció una sonrisa tan expresiva mientras estuvo a su lado. Para hacerla más feliz le informó de los cambios que vería muy pronto en su país; la situación se

modificaría para el bienestar de toda la población de Rojo Oscuro. En adelante no solo tendrían la posibilidad de aprender hablar los idiomas que desearan, sino que podrían viajar por el mundo, que había permanecido desconocido y oculto para los habitantes de esta nación.

Pero Sook, tenía una sorpresa adicional. Ya no tendría que preocuparse por quedarse solterona pues había encontrado una pareja con quien se vislumbraba un promisorio y feliz futuro.

## CAPÍTULO XXI

De regreso al cuartel de la Unión de Naciones Stephen fue directo al laboratorio donde esperaba encontrar a Lucine.

Llegó hasta la ventana y a través del cristal, sin que ella lo notara la observó por unos instantes. Vestida con la bata blanca de uso obligatorio para todo el personal estaba concentrada escribiendo y descifrando fórmulas químicas en el tablero. Su figura esbelta y sensual resaltaba en el salón.

Por el efecto telepático del pensamiento Lucine sintió que alguien la observaba desde atrás, así que volteó la mirada y quedó paralizada al ver en la ventana a Stephen. Todas las emociones se cruzaron en su cuerpo, dando paso a las lágrimas en su hermoso rostro. Sus ojos tomaron un brillo de felicidad que conmovió al hombre hasta el punto de provocarle las mismas sensaciones. Ella corrió a su encuentro, seguida por las curiosas miradas de las personas que se encontraban en el lugar.

Lucine se lanzó a los brazos de Stephen y lo besó como si fuera la primera vez. Había pensado que tal vez no lo volvería a ver. El tiempo pareció detenerse y lo único que se movía a gran velocidad eran sus corazones. Permanecieron unidos en ese abrazo eterno. El aroma de la mujer trastornaba la mente de Stephen, no tenía palabras para explicarle cuánto la había extrañado y cómo su vida se había entrelazado con la de ella y se había convertido en su complemento cuántico.

Stephen se dispuso a saludar a todo su equipo; encontró muy repuesta en lo físico y lo psicológico a la doctora Nazomi. Parecía haber superado la pesadilla vivida con los terroristas en Enebro. El trabajo, que ahora realizaba en compañía de Lucine, le había permitido sanar sus heridas y estaba entregada de lleno a la investigación. Sin conocer el origen de la epidemia, no habían podido avanzar en el mecanismo preventivo, pero conocerían el curativo que el científico había desarrollado.

También estaba Devendra, quien había sido incorporada como asistente al grupo de investigación y a la que se le notaba saludable y muy entusiasmada de estar vinculada al proyecto. Ahora se venía una nueva etapa en la que las actividades se verían modificadas ya que se detendría de modo temporal la

búsqueda del antídoto o vacuna para dedicarse a la cirugía del cerebro.

Stephen decidió comunicarse con el presidente de Cerúleo, en donde estaba decidido a continuar la implementación de la medida curativa contra la sindéresis.

—Señor presidente —saludó Stephen—, le tengo muy buenas noticias. Le informo que he encontrado una solución que en su caso resultará muy oportuna. Para explicarle y de ser posible implementarla viajaré a Cerúleo mañana mismo si lo considera conveniente y entonces usted podrá tomar decisiones.

—Profesor —saludó muy complacido el presidente—, he esperado este momento con mucha paciencia y siempre con la esperanza de que usted encontraría la solución para prevenir la epidemia. Lo espero para conocer su propuesta, la cual, estoy seguro, salvará muchas vidas en este país.

La doctora Nazomi y Lucine acompañaron a Stephen en la comisión de viaje al país de la esperanza por la paz. Sin embargo, para prevenir futuros inconvenientes él había propuesto la instalación de un dispositivo en algunas de sus prendas que permitiera conocer de forma permanente la ubicación de los tres y pudiera ser rastreado desde el cuartel general para actuar en caso de ser secuestrados o retenidos una vez más. Era más cómodo y seguro llevar un instrumento en miniatura de posicionamiento global en la suela de las botas que como implante bucal; sobre todo porque no se trataba de un explosivo como el que había tenido que llevar Stephen.

El presidente de Cerúleo los esperaba muy ansioso. Tan pronto los tuvo al frente los saludó muy efusivo y los hizo pasar al despacho privado.

—Estimado profesor —dijo el presidente—, me complace verlo de nuevo y esta vez en compañía de sus hermosas colegas. Tengo mucho que contarle de lo que he podido implementar hasta el momento, basado por supuesto en sus recomendaciones. En primer lugar, he resguardado tanto al personal del ejército como a los miembros de los grupos armados dispuestos a firmar la paz. En un país como el nuestro reducir la delincuencia a los niveles actuales era casi que una misión imposible si se considera además que no hay presencia policial en las calles. Los anuncios difundidos en los medios de comunicación sobre la llegada de la sindéresis nos mantuvieron aterrorizados a todos mientras esperábamos la cura definitiva contra la epidemia. Lo que estamos viviendo en este momento no se había visto ni en las épocas más pacíficas de Cerúleo. Sin embargo, no podré mantener escondidas y protegidas a todas esas personas por mucho tiempo, por lo que la solución que ustedes propongan será aceptada con beneplácito.

—Señor presidente —respondió Stephen—, es muy satisfactorio que su país haya podido conocer la paz, al menos por ahora. No obstante, es lamentable que nuestra civilización haya tenido que sufrir el acontecimiento biológico de la sindéresis para entender que la vida es más agradable en la armonía que en el crimen y la guerra.

»Hemos podido encontrar una solución definitiva para las personas que decidan salvar su vida luego de reconocer haber cometido algún asesinato. Para ello practicaremos un procedimiento quirúrgico muy poco invasivo y de muy rápida recuperación. Se trata de extraer del cerebro el minúsculo sitio donde se inicia el contacto con la sustancia y que desencadena la aniquilación total. Practicada la extirpación el paciente sufrirá algunos cambios en su comportamiento; en especial el de perder para siempre la compulsión que lleva a la violencia y la agresividad».

Las mujeres y el presidente escuchaban con atención la explicación del científico, quien sabía que no necesitaría mucho para convencer al mandatario de iniciar una campaña de cirugías en todo el territorio.

—Para su tranquilidad —dijo Stephen—, logramos la implementación del procedimiento de manera exitosa en Rojo Oscuro y aunque los resultados se observarán dentro de algún tiempo sin duda se presentará un cambio holista, como el que usted pretende implementar en Cerúleo.

»Para iniciar, podemos realizar el procedimiento a los hombres más peligrosos de las prisiones. Después de la cirugía estos individuos podrán ser liberados con total confianza. Es el perdón de la justicia humana y de la universal también; esto le permitirá desocupar las prisiones y liberar del infierno terrenal a miles de personas.

»Luego continuaremos con los políticos».

El presidente, que hasta el momento estaba atento a la información carraspeó su garganta y echó mano al vaso de agua que tenía a su alcance.

—Tendrá que informarles de las dos únicas opciones que tienen —dijo Stephen—: ser alcanzados por la sindéresis o someterse al procedimiento que los volverá inmunes y además personas renovadas. El tratamiento para los insurgentes deberá ser discutido con ellos. Tendrá que mostrarles las bondades del cambio y permitirles apreciar lo que sucede con las personas sometidas a la cirugía. Asumir el procedimiento no solo los salvará de la epidemia, sino que les garantizará que no habrá ninguna ley de penas. Podrán volver a la vida de

ciudadanos y personas de bien sin someterse a juicio alguno. Todo pasará a la historia como una oscura época de Cerúleo que algún día nadie recordará. Luego se intervendrá a los militares para devolverles la posibilidad de continuar prestando los servicios a la patria en oficios más beneficiosos para ellos y para la sociedad en general.

—La idea me parece fabulosa —dijo el presidente—. Pero a diferencia de Rojo Oscuro, donde las órdenes se imponen sin consultar, en Cerúleo es necesario que el congreso de la nación emita la ley que permita hacer la cirugía, incluso a los criminales más peligrosos que se hallan en las prisiones.

Si bien Stephen consideró que de todas maneras los ciudadanos tenían el derecho de abstenerse de la cirugía, esto no sería bueno para el proyecto que él imaginaba. Debía encontrar la manera de generalizar el procedimiento, incluso para las personas inocentes de cualquier crimen.

Stephen se reunió en privado con sus colegas para encontrar una salida que le facilitara al presidente desarrollar la medida en Cerúleo. Había que incentivar a los ciudadanos para que acudiesen de forma voluntaria a cambiar su vida mediante la cirugía.

Luego de discutir varias opciones, presentaron una propuesta al presidente.

—Si el congreso debe legislar en esta materia —dijo Stephen—, entonces tendrá que promulgar una ley que sea obligatoria para los prisioneros, insurgentes en proceso de paz y militares y voluntaria para el común de la gente, en donde se incluyan los políticos si quieren cuidar su imagen. Para que los voluntarios acudan de forma masiva es necesario identificarlos con claridad y beneficiarlos con algunos estímulos que podrán ir en aumento con el tiempo.

»Mis colegas y yo creemos que una marca o tatuaje discreto permitiría identificar a las personas que han sido intervenidas quirúrgicamente en el cerebro. La marca tiene que ser muy especial por cuanto no podrá ser falsificada para obtener los beneficios del Estado; es decir, debe ser elaborada con materiales especiales y permitir su lectura con equipos infrarrojos, rayos X o algo de este tipo».

Con la asesoría de Stephen y sus colegas, el gobierno redactó un proyecto de ley para que el Congreso lo aprobara a la mayor brevedad; algo muy difícil, porque los congresistas solo trabajaban dos días a la semana. Mientras tanto, los científicos se dedicaron a diseñar la marca indeleble que identificaría a los hombres y mujeres inmunes a la sindéresis.

Al comienzo los congresistas se opusieron a la aprobación de la ley debido al

artículo que establecía la obligación de practicarse la cirugía de cerebro como requisito para acceder a los cargos de elección popular y de libre nombramiento y remoción, incluido el de presidente de la República. Para ellos las leyes que aprobaban debían cumplir con dos preceptos: nada que los afectara y mucho que los beneficiara. En esta ocasión el resultado a largo plazo les parecía impredecible y les preocupaba, por lo que fue preciso acudir a estímulos burocrático individuales para facilitar la aprobación de la ley.

Stephen y sus asesoras trabajaron duro en la marca de identificación. Tomaron una idea que ya existía en el mercado y la modificaron para convertirla en un elemento atractivo para toda la población. Solo hacía falta la aprobación presidencial para iniciar la producción y complementar las cirugías con el distintivo.

El presidente citó al consejo de ministros para evaluar la propuesta de Stephen ya que los cambios que sobrevendrían afectarían a todas las carteras ministeriales. Sin protocolos, Stephen se ubicó frente al selecto auditorio e hizo la presentación.

—Respetados señores —expresó Stephen—, mientras sea aprobada la ley que establece la obligación para algunos y la voluntad para otros de practicarse la cirugía de cerebro, mis colegas y yo hemos diseñado el sistema de identificación para los ciudadanos aludidos. Se trata de un tatuaje muy especial que no solo será un orgullo y símbolo de felicidad sino también una garantía de múltiples beneficios en salud y bienestar para el portador.

»Finalizada la cirugía se introducirá en la epidermis de un lugar visible del cuerpo una finísima lámina en oro o platino que contendrá filamentos de silicio con la capacidad de conectarse por medio de impulsos eléctricos con el sistema nervioso del paciente. Para que exista uniformidad en el tatuaje hemos diseñado un símbolo que representa la sabiduría y el conocimiento profundo del ser: es la figura de om Y, la cual se implantará en el lugar que el paciente desee, con la condición de que sea visible. El color también podrá ser escogido por la persona, que deberá llevar el símbolo de por vida.

»El implante del tatuaje será el inicio de una nueva y placentera vida para el portador. A continuación, les voy a mencionar algunos de los beneficios que se obtendrán con el tatuaje, sin contar desde luego los obtenidos con la cirugía del cerebro, que de entrada aumenta la capacidad intelectual de la persona. Adicionalmente, el paciente adquirirá el control sobre los efectos placenteros del

consumo de sustancias de todo tipo, a través de las vías dopaminérgicas y catecolaminérgicas, en especial la vía mesolímbica. Esto significa que por fin la humanidad podrá manejar a su antojo el núcleo accumbens del cerebro y estará en capacidad de frenar las adiciones al tabaco, drogas y alcohol que en la actualidad afectan de manera tan dramática a la población mundial.

»El tatuaje informará a la persona sobre la descompensación en los niveles bioquímicos de todas las sustancias en la sangre. Se trata de un instrumento de análisis permanente que funciona como el tablero del vehículo que muestra el nivel de combustible y alerta para que se suministre cuando está demasiado bajo. Esta información permitirá mantener el peso adecuado de la persona. Al poco tiempo se generará la homeostasis en el organismo».

La concurrencia escuchaba incrédula la información que les presentaba el científico y hasta ese momento todos quisieron poseer ese tatuaje. Pero eso no era todo.

—Como el tatuaje estará conectado en clave cuántica al sistema nervioso —explicó Stephen—, el individuo no volverá a sufrir de estrés ni de insomnio. Estados de ánimo adversos, como la depresión, no volverán a presentarse. Tendrá el control voluntario de los estímulos sexuales; es decir que los problemas de impotencia, eyaculación precoz o inapetencia sexual también se podrán eliminar. La comunicación eléctrica con el cerebro permitirá, además del control del núcleo accumbens, como les mencioné, ejercer influencia sobre regiones del cerebro como la amígdala, la ínsula, la hipófisis y desde luego el putamen, al cual se le ha suprimido el odio para dejar solo el amor. Los temores y fobias adquiridos y desarrollados como patrones mentales del individuo desaparecerán de manera automática.

»Los beneficios sociales del tatuaje constituyen otro aspecto interesante para motivar a la población a practicarse la cirugía. Toda actividad que implique la utilización de dinero se podrá realizar exponiendo el tatuaje a un lector electrónico. Transporte, abastecimiento de combustible, diversión, restaurantes, pago de servicios domiciliarios, impuestos, transacciones bancarias, compras de bienes y servicios, etc.

»Estos son algunos de los beneficios que traerá este revolucionario mecanismo, que convertirá a la población de Cerúleo en pionera de la nueva generación de humanos del planeta. Cuando se globalice la idea los beneficios se incrementarán a tal punto que con seguridad la totalidad de la población accederá al cambio con

mucho agrado y se convertirá en la tendencia general que prolongará la vida, feliz por demás, de nuestra civilización».

El presidente dirigió una mirada a sus ministros y les instó a manifestar las dudas que pudieran tener. Estas fueron sus intervenciones:

Ministro de Salud: «Me parece la idea más innovadora en materia de salud pública que se haya podido concebir. La aplicación de la medida le permitirá al Estado ahorrarse enormes cantidades de dinero por el cambio en los hábitos de las personas. El monitoreo permanente de los niveles sanguíneos evitará la aparición y avance de enfermedades silenciosas. El problema se presentará con el personal médico y paramédico, ya que su trabajo se reducirá en forma considerable. Así mismo se verán afectadas las industrias farmacéuticas, los hospitales, las funerarias, los cementerios y las entidades prestadoras de servicios de salud a las que les entregamos casi todo el presupuesto de salud de la nación».

Ministro de Trabajo: «El aumento de la expectativa de vida de las personas en casi diez años nos obligará a modificar el régimen de pensiones. Aumentará la mano de obra porque ahora tendremos prisioneros e indigentes rehabilitados con el desarrollo de la capacidad cognitiva que los capacita para trabajar, además de los profesionales y técnicos que se forman en las instituciones educativas. Tendremos que crear muchas plazas laborales para suplir las necesidades de todos. El problema está en que las industrias tabacaleras, de bebidas alcohólicas, farmacéutica, de bebidas azucaradas y los bares y cantinas, entre otros, despedirán a muchos trabajadores por la baja o nula demanda de sus productos».

Ministro de Deporte: «Me complace saber que la población cambiará los hábitos nocivos para la salud por la práctica deportiva. Esto nos obliga a construir muchos escenarios deportivos de uso público, fortalecer las escuelas, formar instructores, desarrollar competencias a todo nivel. Muchas de las personas desempleadas en otros sectores podrán vincularse a nuestra cartera, que se convertirá en una de las más dinámicas. El deporte y la cultura serán los ejes del desarrollo de nuestra nación».

Ministro de Defensa: «Quisiera compartir el optimismo que observo en la mayoría de ustedes; sin embargo, la implementación de la medida me dejará sin trabajo. Sin guerras, sin criminales ni bandidos, sin enemigos, sin nadie que atente contra la seguridad del Estado no son necesarias las fuerzas militares. Las cerca de quinientas mil personas que conforman nuestro ejército quedarán disponibles para desarrollar otras labores que requiera el gobierno. Los aviones

se podrán utilizar para vuelos comerciales civiles y los barcos y navíos como cruceros y para planes turísticos. La totalidad de las armas será destruida para construir con el material resultante obras de infraestructura necesarias para el desarrollo del país».

Ministro de Economía y Finanzas: «El gobierno subsidiará el ciento por ciento de los tatuajes para las personas sin recursos. Los millonarios y pudientes costearán el suyo, el cual podrá incluir beneficios adicionales como el servicio de comunicación para hacer y recibir llamadas con el pensamiento o sensores que permitirán conocer el estado del clima en las próximas horas o verificar la presencia de microorganismos o sustancias tóxicas en las verduras y frutas en el supermercado con solo acercar el producto al tatuaje. Mientras más dinero se invierta más aplicaciones se podrán agregar al sello corporal. Los dineros que nos ahorraremos en salud y defensa, así como en la disminución de los salarios y pensiones de congresistas, magistrados y altos funcionarios cubrirán los costos de los programas que desarrollaremos para generar empleo para toda la población».

Todos los ministros hablaron a su turno, algunos sin ocultar su molestia por la disminución de sus salarios y pensiones, pero satisfechos con los cambios y nuevos proyectos. La aprobación del tatuaje fue generalizada. Se aprobaron además algunos lujos adicionales pagos, como poder determinar mediante la emanación química y energética el estado de ánimo de las personas e incluso de sus mascotas.

El presidente costearía a todos sus ministros un mecanismo potencializador de la memoria que permitiría a los funcionarios captar el ciento por ciento de sus órdenes y almacenarlas en el cerebro por largos periodos. Hasta entonces los funcionarios solo captaban la mitad de los mensajes que recibían y cumplían solo la mitad de lo que creían recordar de las órdenes del mandatario.

El presidente omitió contarles a sus ministros que el tatuaje tenía posicionamiento global, por lo que conocería con exactitud la ubicación de cada uno de ellos en cada momento, más por seguridad que por controlar sus movimientos. El hecho de llevar el tatuaje los convertía en personas de plena confianza. No sería necesario utilizar el polígrafo. El engaño y la mentira serían retirados de sus cerebros.

## CAPÍTULO XXII

La cirugía y el tatuaje se impusieron en Cerúleo. Los primeros en recibirlos fueron los integrantes de la cúpula del gobierno, excepto el presidente, que quedaría para el final. Siguió los prisioneros y pordioseros, así como los miembros de las fuerzas policiales, militares y todos los civiles que de una u otra forma tenían que ver con el uso de las armas. En cuanto a los políticos, se vincularon con lentitud. Primero lo hicieron los que querían aparentar y ser populares y luego los que tenían razones para temerle a la sindéresis. En general, a todos les angustiaba perder el apetito de poder. Sus vidas habían girado en torno al engaño y la hipocresía con los electores para conservar los privilegios de la clase dirigente, enriquecerse y heredar el legado a sus hijos y parientes.

Stephen instruyó al personal médico que se requería para continuar trabajando con el resto de la población civil. Cientos de prisioneros volvían a la libertad, a una nueva vida llena de esperanza y felicidad. Ahora gozarían tanto de libertad física como espiritual.

A la insurgencia no le quedó otro camino pues la clase política que combatían había accedido a perder su vocación innata de manipulación de las masas; así que enviaron a todos sus militantes a la cirugía mientras ganaban tiempo para pensar en lo que harían los líderes. Sospechaban que después de la cirugía firmarían a ojo cerrado e incluso sin ningún tipo de compromiso por parte del Estado cualquier documento que contuviera el término «paz» y esto los retenía. Y cuando vieron que la totalidad de los individuos pertenecientes a su grupo poseían y lucían con orgullo los tatuajes se dieron cuenta de que se habían quedado solos y que además estaban bajo el riesgo inminente del ataque de la sindéresis, por lo que no tuvieron otra opción que someterse al procedimiento.

Para este momento Stephen y sus colegas habían decidido regresar a Rojo Oscuro con el fin de complementar el trabajo de la cirugía con la aplicación del tatuaje. La idea de globalizar el dispositivo y compartir los beneficios con toda la humanidad entusiasmaba al grupo de científicos.

En muy corto tiempo las cosas habían cambiado de manera significativa en Rojo Oscuro. La visita a ese país era ahora muy agradable. Ya no se observaban

las caras tristes, serias y melancólicas de otrora, sino que la gente se veía tranquila y feliz. Implementar el mecanismo del tatuaje resultó muy sencillo y al poco tiempo casi toda la población disfrutaba de sus bondades.

Los científicos regresaron al cuartel general de la Unión de Naciones para reunir a todos los líderes y mandatarios mundiales y firmar un acuerdo de aplicación de la cirugía a nivel planetario, sin excepciones. Se debería comenzar por los prisioneros, seguidos de los militares. Cada país tendría sin embargo autonomía para aplicar el procedimiento a todos sus habitantes o solo a los grupos de riesgo.

El planeta vivía un momento de tensa calma, como nunca en la historia de la humanidad. Las guerras, extendidas por todas partes hasta hace algunos meses, se habían detenido. Los soldados fueron retirados de los frentes, los terroristas se agazaparon en sus chiribitiles; los delincuentes, temerosos de la mano invisible de la sindéresis, detuvieron su accionar; todos estos personajes esperaban la vacuna o antídoto contra la sindéresis para poder continuar con el crimen y el horror de la guerra.

Stephen se encargó, con la ayuda de la Unión de Naciones de capacitar al personal médico de todos los estados del mundo. Desde el país más desarrollado hasta el más humilde recibieron los conocimientos necesarios para realizar la cirugía e implementar el tatuaje; al mismo tiempo había logrado extender con acritud la sindéresis por todo el planeta para obligar a los gobiernos a implementar la medida preventiva.

La evaluación de la implementación de la medida a nivel global indicaba que todos los estados la habían acogido. Incluso los mandatarios de la mayoría de los países disfrutaban de los beneficios del tatuaje. Hasta el propio Nick Vujicic, que carecía de miembros inferiores y superiores ubicó el dispositivo multicolor en su frente y lo mostraba con orgullo en todas sus conferencias alrededor del mundo.

## CAPÍTULO XXIII

Debido a la naturaleza violenta y agresiva de los humanos, en todo el mundo existían normas, reglas, leyes, reglamentos y condiciones para el desarrollo de la convivencia. Sin embargo, pasado un tiempo desde la implementación de la cirugía y el tatuaje se pudo prescindir de la mayoría de ellas. La primera en ser eliminada fue la pena de muerte. Las prisiones dejaron de existir, las extremas medidas de seguridad en los aeropuertos se redujeron a una simple reseña para mantener la estadística migratoria del planeta; se eliminaron los visados en todos los países y fue posible viajar con total seguridad a cualquier nación; ya no importaban los cultos, las religiones, las sectas o los dogmas: habían desaparecido con la eliminación de los miedos de las mentes humanas; hasta los países más circunspectos modificaron sus políticas para permitir a las mujeres caminar por las calles sin tener que cubrir sus rostros.

Por primera vez los humanos consideraron la posibilidad de un gobierno global. Para lograrlo se requería de una mentalidad diferente y ya se estaba consiguiendo. Quedaban muy pocos, pero terminarían por unirse a los demás de manera inevitable; al fin y al cabo, castrar la violencia no resultaba tan grave como convertirse en un verdadero eunuco. Además, la medida resultaba muy beneficiosa para la mente humana, no solo por el incremento de la capacidad cognitiva, que había animado a muchos líderes y gobernantes mundiales a adoptarla, sino porque vivir sin conocer el rencor, la envidia y la violencia era un placer inigualable.

Stephen tenía muy claro que él sería el último en practicarse la cirugía. Había que garantizar que todos sin excepción quedaran convertidos. Todavía quedaban algunos rezagos de mandatarios sandios que preferían aferrarse al poder en lugar de compartirlo y adquirir inteligencia y salud mediante la cirugía y el tatuaje.

El personaje más renuente era un presidente que había llegado al cargo por albur, ya que su antecesor lo había designado antes de fallecer de una terrible enfermedad. Este mandatario carecía de todas las facultades para ejercer y su ignorancia y pueriles conocimientos los subsanaba con los supuestos poderes extrasensoriales que alardeaba poseer y le permitían recibir mensajes de su

maestro y antecesor a través de las aves, las cuales le habían indicado que no se debía practicar la cirugía.

La Unión de Naciones convocó nuevamente a los líderes mundiales y le correspondió una vez más a Stephen exponer los pasos finales que la humanidad debía adoptar para entrar en una nueva fase de convivencia mundial. En esta oportunidad, las delegaciones de los jefes de estado se habían reducido a la mínima expresión. Ahora todos prescindían de sus esquemas de seguridad, así que bastaba con uno o dos asistentes por país a las reuniones. El presidente de la Unión de Naciones informó a los asistentes que el motivo principal de la reunión era evaluar la posibilidad de crear un gobierno global; habida cuenta de que las circunstancias habían modificado la forma de pensar de las personas era posible imaginar a la humanidad viviendo y disfrutando fraternalmente del planeta. El hombre recordó a los gobernantes díscolos la necesidad imperante de someterse a la cirugía. Se trataba una decisión mundial y todos deberían cumplirla y gozar de los beneficios implícitos.

Los presidentes de Azul, Verde y Rojo serían los últimos en practicarse la cirugía, en conjunto con Stephen. Más adelante se crearía un gobierno planetario en donde cada presidente cumpliría un periodo de mando de cinco años. Se diseñaría un sistema para que luego de los quince años la presidencia del planeta quedara en manos de un ciudadano, hombre o mujer, de cualquier región del mundo. Como único requisito había que poseer el tatuaje.

Los personajes que carecían aún de este accedieron al fin, incluido el mandatario que hablaba con las aves, quien antes de la intervención distribuyó entre sus familiares el dinero que había saqueado de las arcas de su nación. Cuando por fin se le pudo incorporar el accesorio electrónico su cambio fue tan radical que devolvió hasta el último centavo que había hurtado y se dedicó a trabajar como un honrado maestro. Ahora que su nivel intelectual había subido podía enseñar su idioma natal, algo que antes de la cirugía era imposible de esperar.

La generalización de la cirugía trajo consecuencias como resultado de los cambios en la manera de pensar y actuar de las personas. Muchas industrias y empresas se vieron obligadas a cerrar sus puertas, en especial las que ofrecían productos dañinos para la salud. Se acabó el narcotráfico y con él todas las sustancias ilícitas. Los humanos aprendieron a divertirse sin necesidad de utilizar drogas. Los suicidios se redujeron a cero en todo el mundo. El lujo se redujo

hasta donde los recursos naturales lo permitían sin que se afectara el balance ecológico del planeta.

Entre las primeras decisiones del gobierno global se contaba la de suprimir el uso de los combustibles fósiles. Se pondría en funcionamiento la tecnología de energía limpia e ilimitada que Azul mantenía en secreto y pensaba vender y explotar cuando el planeta hubiera consumido la última gota de petróleo para ser el amo y señor del planeta y toda la civilización.

Se hizo necesario implementar un sistema para el control de la natalidad ya que la esperanza de vida de las personas aumentaría, las guerras no se volverían a presentar y las muertes en accidentes de tránsito se habían reducido de manera drástica porque la gente respetaba como nunca antes las normas y señales de tránsito.

El gobierno global se iniciaría con la presidencia de Azul. El problema era que el mandatario actual no podría ser candidato ya que no cumplía el requisito de poseer el tatuaje que lo habilitaba, por lo que la posesión se efectuaría cuando cumpliera con esa condición. En este punto el presidente captó la astucia de sus homólogos de Verde y Rojo al concederle el honor de iniciar el primer gobierno planetario de la historia de la humanidad. Él tendría que practicarse la cirugía mientras ellos podían esperar.

Todos los humanos podrían ejercer el derecho al voto utilizando el tatuaje. Con un costo mínimo, el planeta conocería en cuestión de minutos el nombre del nuevo mandatario, el cual sería elegido entre cinco candidatos finalistas, que lo único que necesitaban era poner su hoja de vida en conocimiento de toda la población. No serían necesarias las campañas para acceder al cargo pues la gente podría conocer sus capacidades y actitudes reales sin tener que seguir los discursos e intervenciones de los presidenciables, los cuales se usaban anteriormente para engañar y mentirle a los votantes y prometer obras y políticas de las cuales no alcanzaban a cumplir ni siquiera una mínima parte.

La sede del gobierno estaría ubicada en la región que ganara las elecciones, pero habría centros federales en cada continente. Las fronteras serían eliminadas y se desarrollaría un sistema educativo por medio del cual cada persona hablaría como mínimo cinco idiomas. Ahora que la capacidad cognitiva humana había aumentado, esto no significaba un gran desafío.

Aunque el uso del dinero se había restringido de manera generalizada se estableció una única moneda. El sistema bancario mundial moderaría sus

ganancias y operaría bajo las mismas condiciones en todos los países. El tatuaje permitía de manera igualitaria realizar transacciones en cualquier región del planeta. Todos los pagos de bienes y servicios se efectuarían por el mecanismo del dispositivo electrónico, lo que obligaría con mayor razón a incorporarlo al organismo.

Al comenzar el gobierno planetario las personas serían ciudadanos de la tierra; se eliminarían las embajadas y consulados; no se requerirían documentos particulares para visitar o trabajar en cualquier lugar del mundo. El tatuaje permitiría sentirse como en casa, sin importar la región del planeta a donde se viajará. Nadie portaría documentos ni dinero y podría moverse por todas partes sin restricción alguna.

Comenzaría la era del libre comercio interplanetario. Dado que la mente humana estaba acostumbrada a los colores se tomó la decisión de usar para las banderas de los barcos, naves, aviones, naves espaciales, estaciones en órbita, satélites y en general para de todo tipo de identificación de elementos, uniformes y documentos, los colores blanco y negro. Sería el símbolo de la aceptación y unión de los extremos, una manera de entender que cualquier forma de diferencia entre los humanos quedaba abolida. Estos colores eran neutrales y hasta el momento no habían sido utilizados como denominación por ningún país o región.

Abrir las fronteras y permitir el libre comercio requeriría de un control especial en animales y vegetales en sus lugares de origen para evitar la propagación de plagas que pusieran en riesgo la salud y la seguridad alimentaria de la población. Todas las regiones podrían disfrutar de los frutos de la naturaleza cultivados en cualquier parte del mundo; la seguridad alimentaria mejoraría con la diversidad de productos para robustecer la dieta de las poblaciones.

Se acordó que cada país conservaría y extendería sus costumbres y cultura para enriquecer a toda la humanidad. Sería como pertenecer a una misma familia, a una misma tribu, con la diferencia que ahora era más grande.

La tendencia separatista que tomaba fuerza antes de la aparición de la sindéresis se fue desvaneciendo. Nadie volvió a apoyar ideas de conformación de nuevos estados. El nacionalismo sería un recuerdo de la naturaleza obtusa de los humanos de otros tiempos y aunque símbolos como el himno de un país no se podían eliminar de un día para otro, al menos se dejarían de enseñar en las

escuelas.

En los juegos mundiales de cualquier deporte, incluso en las olimpiadas se interpretaría una única melodía que se adoptaría como el himno planetario y las banderas que marcaban territorios y fronteras se remplazarían por las de color negro y blanco. El deporte mediría la capacidad de una persona o de un equipo para enfrentar una competencia, no la de un país o región. Las personas se volverían admiradoras de los equipos y los deportistas que consideraran más preparados. No se volverían a presentar riñas entre aficionados; primero, porque desaparecería la violencia del cerebro humano y segundo porque la humanidad aprendería que perder o ganar en el deporte son las dos caras de una misma moneda: no importa cuál cara caiga, siempre se podrá contar con la moneda. Las competencias se volverían limpias, sin dopaje, trampas o compra de resultados. En adelante siempre ganaría el mejor y el deporte se convertiría en la mejor expresión de salud física y mental de los humanos.

Las cirugías que se habían practicado en el mundo trajeron una consecuencia positiva adicional que Stephen no había dimensionado y era que solucionaban de forma automática los problemas que afectaban otras áreas del cerebro y generaban desórdenes mentales en muchas personas. Psicopatologías como el trastorno antisocial de la personalidad, la esquizofrenia, el trastorno de personalidad múltiple, la paranoia, el síndrome de Cotard, la automutilación, el suicidio, la depresión, las fobias, trastornos del desarrollo, trastornos somatomorfos, trastornos disociativos y en general los delirios y las alucinaciones desaparecieron.

Los dirigentes mundiales dirimirían así mismo otros asuntos relevantes para la convivencia mundial como la unión de parejas entre las diferentes razas en el mundo y el tratamiento que se daría a las relaciones homosexuales; estos comportamientos eran aceptados en algunas regiones, pero en otras estaban prohibidos. El tatuaje solucionaba la primera porque las personas podían conocer con antelación si eran compatibles desde el punto de vista genético y cuáles podrían ser las consecuencias para la descendencia en caso de incompatibilidad. El homosexualismo, en cambio, no se había eliminado con la cirugía y continuaría siendo una decisión voluntaria y libre de cada persona. La comunicación mundial se democratizaría por completo. En ninguna región del planeta se podría restringir internet y la comunicación telefónica global. Los medios de información tendrían plena libertad para transmitir y generar opinión

sin censura alguna. Divulgarían la participación de los delegados de cada país en el gobierno mundial.

La influencia de la sindéresis en los acontecimientos mundiales aceleraría la creación de un gobierno planetario único y federado. Cada país realizaría unas elecciones para escoger a los primeros funcionarios de dicho gobierno, incluso en los países donde se desconocía la práctica de la votación se debería hacerse el ejercicio. No se aceptarían las nominaciones automáticas de reyes, reinas, príncipes, jeques, sultanes, emperadores, comandantes o dictadores. La población podía pensar de manera libre y muy pocos de estos personajes serían elegidos como lo venían siendo. La sindéresis había recuperado el poder para las masas. El gran gobierno de Blanco y Negro quedaría conformado por excelentes mujeres y hombres de cada país. Stephen pensó que si estas personas hubieran gobernado antes la vida en el planeta hubiera sido diferente y quizás ni siquiera se conocería la sindéresis. Faltaba lo más importante, la posesión del presidente con el cual quedaría oficializado el gobierno y se iniciarían las reformas globales.

Pero parecía que el primer presidente planetario designado se empeñara en dilatar su entrada en funciones. El hombre no era menos astuto que sus homólogos de Verde y Rojo y para equilibrar la situación propuso la creación de un vicepresidente por cada continente, cargo que los mandatarios de Verde y Rojo ocuparían en sus respectivas regiones, para el cual debían cumplir la regla *sine qua non* de someterse a la cirugía.

La propuesta resultó ser justa y necesaria a la luz de la humanidad, por lo que los presidentes de Verde y Rojo no tenían otra opción. El nuevo presidente demostraba así que su gobierno sería participativo y holístico. Los cambios tomarían un tiempo, pero se esperaba que en diez años el desarrollo de la humanidad sería tan sustancial como el que se hubiera logrado en setenta de haber continuado sin ellos.

Nadie se hubiera podido imaginar que la humanidad podría vivir en total armonía como empezaba a ocurrir en esta nueva etapa. Todo había sido posible por el sacrificio de millones de víctimas a lo largo de la existencia de la especie humana en toda su historia. La evolución creó y desarrolló la sindéresis hasta que Stephen tuvo la oportunidad de hallarla y hacer dinámica su expresión. Pronto su esencia desaparecería porque no quedaría sobre la faz de la tierra ningún humano sin la intervención quirúrgica del cerebro y el respectivo tatuaje.

Desde el momento de la implantación del tatuaje todas las vivencias de las

personas quedaban registradas. Al morir era posible extraer en forma de archivos de video todos los pensamientos y sentimientos de los fallecidos, incluyendo lo que quisieron decir y nunca dijeron. Con las cenizas se entregaría el dispositivo y si el deseo del difunto había sido el de conservar esa información sus familiares y amigos podían acceder a los archivos y conocer lo que pensaba el desaparecido en una relación de pareja, en una familia o en una sociedad.

El tatuaje no dejaba así de sorprender. Esta última modificación podía evitar que las memorias y los recuerdos de todo tipo que en vida hubiese tenido una persona se perdieran con su muerte. De no ser por la presencia de la sindéresis muy pocos, por no decir que nadie habría aceptado el dispositivo porque la mayoría, a propósito, o no, nos llevamos secretos a la tumba y Stephen no era la excepción. Sin embargo, los prejuicios desaparecerían de la mente humana y no existirían pensamientos perversos de los que acostumbraba la gente a arrepentirse, pero conservaba hasta el final de sus días. El engaño, la mentira y la hipocresía se transformarían en sinceridad, amor y bondad; se actuaría en todo momento en función del bienestar ajeno. Para quien observara el video *post mortem* quedarían solo los recuerdos amables y de felicidad que había quedado registrados desde el implante del tatuaje. Lo oscuro de la vida anterior quedaría en el olvido.

## CAPÍTULO XXIV

El mundo se adaptó con rapidez a las nuevas formas de vida; no se volvió a escuchar el término «terrorismo»; las violaciones y los maltratos desaparecieron de las estadísticas. No importaba cómo concebía cada persona el universo y como actuaba en él; todos comprendían que la manera de ser no era un capricho sino un desarrollo cerebral natural de cada individuo y por lo tanto todas las tendencias, orientaciones sexuales o ideologías se aceptaban y respetaban. Las diferencias entre mujeres y hombres dejaron de existir.

Con este panorama ideal, que su padre jamás hubiera podido imaginar que fuera posible a Stephen solo le quedaba pendiente reunirse con Devendra, Nazomi y Lucine para celebrar la victoria de la sindéresis sobre el crimen. Aunque ellas no conocerían el secreto habían sido fundamentales para que la humanidad se extasiara en la felicidad que generaba la nueva forma de pensar y de sentir.

Antes del encuentro con quienes se habían convertido en sus seres más cercanos Stephen contactó a Sook para averiguar por su suerte. Estaba fascinada con la vida. Tantos momentos en que su único pensamiento era el suicidio y ahora solo quería disfrutar al máximo cada segundo. Como lo había planeado se casó y para el recuerdo envió una foto para que la compartiera con Lucine. Asombrado y muy satisfecho Stephen vio al amable, sonriente, querido y respetuoso esposo que había encontrado la joven mujer. Se trataba nada menos que del Cerdo, que ahora llevaba el dulce y cariñoso nombre de Fito.

Stephen contactó a Lucine para establecer la fecha y lugar de encuentro y se extrañó al enterarse que se encontraba en Azul junto con Nazomi y Devendra. Ahora que no existían fronteras podían disfrutar de los paisajes esplendorosos de Bermellón, Bistre, Borgoña, Ante, Beige, Kaki, Burdeos, Ocre, Siena, Índigo o Concha, por nombrar unos pocos.

Azul siempre sería un buen destino, pero en tiempos de paz, todos los demás debían ser visitados sin falta. Stephen decidió viajar para hablar con el presidente, que ahora lo era de todo el planeta como siempre lo había soñado, aunque que a pesar de todos los pronósticos no apuraba su posesión. Luego se dedicaría a

conocer y disfrutar de todos los rincones del mundo al lado de Lucine. Igual, ya no había necesidad de buscar más vacunas o antídotos. La amenaza había desaparecido.

Al llegar a su encuentro con el presidente Stephen lo encontró practicando golf frente a una pantalla gigante.

No tenía las preocupaciones y ocupaciones complicadas de otrora, cuando la guerra era la agenda principal de la gestión. Por eso tal vez su papada había crecido y ahora parecía como cuello de iguana.

—Se le ve muy bien, señor presidente —saludó Stephen—. Ahora sí tiene usted un cargo envidiable. Es mejor tener tiempo para jugar al golf que para jugar a la guerra.

El hombre detuvo el golpe que preparaba, introdujo el palo en el maletín de golf y se sacó el guante que llevaba en la mano izquierda tirando con parsimonia de cada dedo. Al retirarlo por completo lo lanzó al maletín que contenía los palos. Todo lo hizo en silencio, mientras preparaba las palabras que tenía para Stephen.

—Hemos hablado en varias oportunidades y me temo que esta no será la última vez —dijo en tono sarcástico el presidente—. Me enteré de su rechazo a las postulaciones a los premios Nobel y de que por poco logra convencer a la organización de eliminar el de Paz.

—En un mundo sin guerras —dijo Stephen—, sin violencia y sin armas no existe la necesidad de motivar y premiar a nadie por la dedicación a la paz; en las condiciones actuales la forma de vida pacífica es una condición natural de la humanidad. No hay a quien postular para dicho premio. Cuando Alfred Nobel lo propuso supuso que se otorgaría hasta el final de la civilización. No contempló que los humanos podríamos alcanzar algún día este grado de convivencia y fraternidad.

»Aunque en otros tiempos hubiera sido paradójico, hoy estamos ansiosos de su posesión como presidente mundial, esperanzados en que la sabiduría que le otorgará portar el tatuaje nos conduzca a desarrollar nuestra especie para pensar en la conquista del universo».

—Todo parece perfecto —dijo el presidente—. Ahora veo que no se trata solo de tener el poder sino de poseer el poder total. Esto incluye la sumisión, la reverencia, la obediencia y la veneración; sin ellas el poder no tiene la gracia y el sentido que obligaba incluso a matar para obtenerlo. Por eso no pierdo la esperanza de encontrar una solución alterna a la cirugía y espero que usted

continúe trabajando en ello.

»He logrado —continuó el presidente— concentrar a los mejores científicos y conocedores del tema para que investiguen y obtengan una solución que nos evite cualquiera de las dos alternativas: el ataque de la sindéresis o la cirugía.

—Voy a confesarle algo de lo que me enteré al posesionarme como presidente de Azul —dijo el hombre—. Nuestro gobierno tuvo conocimiento hace algunos años de la investigación de un científico en Cerúleo que buscaba crear un arma biológica capaz de acabar con cualquier ejército enemigo. Enviamos un comando para que recuperara la información y secuestrara al científico para así obtener las fórmulas en las que estaba trabajando; sin embargo, en lugar de hacerlo ellos mismos contrataron a un grupo de bandidos locales que hurtaron documentos inservibles y además asesinaron a quien poseía el secreto. Ahora creemos que la sindéresis es algo parecido a lo que investigaba el infortunado científico y que alguien debió encontrar las fórmulas que nosotros no encontramos.

Stephen permanecía sereno, pero estaba a punto de explotar en su fuero interno. Entendía que debía mantener la calma para no revelar su identidad. Todo se esperaba de esa reunión, pero en ningún momento pensó que conocería a los autores intelectuales de las muertes de sus padres. El destino lo había traído hasta este punto y la forma de perdonarlos y olvidar para siempre sería la práctica de la cirugía al presidente.

—Siempre que juego en esta pantalla —dijo el presidente, mientras tomaba el control para salir del campo de juego— hago hoyo en uno en cualquiera de las dieciocho posiciones. Creo que lo tienen programado porque en el campo no lo he podido conseguir en todos los años que llevo practicando. Voy a enseñarle enseguida unas imágenes ultrasecretas de las cuales no podrá hablar con nadie a partir de este momento.

Dicho esto, el presidente presionó el control para dar inicio a un video que mostraba unas instalaciones donde trabajaban unas personas con trajes herméticos para impedir cualquier tipo de contaminación o contagio. El sitio se veía esterilizado por completo. Había unas cabinas donde se apreciaban unos cerebros humanos que eran manipulados por las personas vestidas con sus trajes aislantes. Se trataba de una sofisticada y muy poderosa industria científica que operaba sin detenerse para buscar la alternativa que este hombre quería obtener.

El presidente detuvo el video y se jactó de tener toda la situación bajo control absoluto mientras miraba a Stephen con una sonrisa triunfal.

—Se trata de unas instalaciones subterráneas —dijo— imposibles de detectar para para cualquier radar o satélite. Dentro hay unas doscientas personas entre científicos, personal de apoyo y logística y un centenar de soldados a quienes no hemos realizado la cirugía que están disponibles para obedecer órdenes en las sea necesario utilizar la fuerza. En cuanto al personal científico, lo integran los que conocen hoy en día de manera más profunda el tema de la sindéresis, solo falta usted.

Volvió a oprimir el control y las imágenes continuaron rodando. Grupos de soldados bien protegidos y unas personas reunidas en un comité científico. Los trajes no permitían identificar a nadie hasta que la cámara enfocó a propósito los rostros. Uno a uno los registró por breves segundos hasta que captó a alguien que Stephen reconoció. Un escalofrío lo volvió a recorrer por todo el cuerpo. Sintió lo mismo que en ocasiones anteriores había experimentado al borde de la muerte con los terroristas. Habían reclutado a Lucine, Nazomi y Devendra. Él sería el siguiente.

—Lo lamento —dijo el presidente—. Sé que son personas muy importantes para usted, pero le prometo que estarán seguras, siempre y cuando empiece a colaborar con nuestra causa.

Ahora que se detenía a pensar por un instante, Stephen recordó que, a pesar de todas las muertes causadas por la sindéresis, él no había sido víctima de su propio invento. Entonces, su padre tal vez conocía el antídoto que todos anhelaban y de alguna manera lo había utilizado para protegerlo. El problema es que no le había dejado las fórmulas. La herencia seguía conservando un misterio. Existía un escudo protector que solo él parecía poseer, pero su origen y forma eran desconocidos. Las circunstancias actuales lo obligaban a empezar de nuevo, esta vez para descubrir el secreto de la protección, tan natural al parecer como la propia sindéresis.

Apesadumbrado por completo, Stephen no pronunció palabra alguna. Como un zombi buscó la salida, atravesó los jardines y fue a parar al malecón.

*Continuará...*

## Contenido

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV